Lucky Starr 3 - Los Océanos de Venus

Isaac Asimov



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Margaret Lesser
y a todas las jóvenes del Departamento.

Librodot

INTRODUCCIÓN

Esta obra se publicó por primera vez en 1954, y la descripción de la superficie de Venus se hizo de acuerdo con los conocimientos astronómicos de aquella época.

Desde 1954, no obstante, el conocimiento astronómico del sistema solar ha avanzado extraordinariamente debido al empleo del radar y los cohetes y satélites artificiales.

A finales de la década de los 50, la cantidad de ondas de radio recibidas desde Venus hizo llegar a la conclusión de que la superficie de dicho planeta era mucho más caliente de lo que se suponía. El 27 de agosto de 1962, un cohete sonda llamado Mariner II fue lanzado en dirección a Venus. El 14 de diciembre del mismo año llegó a 30.000 kilómetros de Venus. Midiendo las ondas de radio emitidas por el planeta, resultó que la temperatura de su superficie en todos sus puntos era considerablemente más elevada que la del punto de ebullición del agua.

Esto significaba que, lejos de tener un océano dominador de toda la superficie, como se describe en esta obra, Venus carecía por completo de mares. Toda el agua de Venus se halla allí en forma de vapor en sus nubes, y la superficie es tremendamente caliente y reseca. La atmósfera de Venus es, sin embargo, más densa de lo que se creía y está compuesta casi por entero de anhídrido carbónico. Tampoco se sabía en 1954 qué tiempo tardaba Venus en girar sobre su eje. En 1964, las ondas de radar, al rebotar sobre la superficie del planeta, demostraron que éste completaba una rotación cada 243 días (dieciocho días más que la duración de su año), y en dirección contraria con respecto a los otros planetas.

Espero que a los lectores les guste esta historia, aunque no desearía que se dejasen engañar al aceptar como datos incontrovertibles parte del material que en 1954 parecía «exacto», pero que en la actualidad ha quedado desfasado.

Noviembre de 1970

Isaac Asimov

1
A TRAVÉS DE LAS NUBES
DE VENUS

Lucky Starr y John Bigman Jones se liberaron de la Estación Espacial número 2, libre de gravedad, y derivaron hacia la astronave de cabotaje que les aguardaba con su escotilla abierta. Sus movimientos poseían la gracia de una larga práctica en condiciones carentes de gravedad, pese a que sus cuerpos parecían gruesos y grotescos dentro del traje espacial que llevaban.

Bigman arqueó la espalda al ascender y alargó la cabeza para contemplar, una vez más, Venus. Su voz sonó alta en los oídos de Lucky a través de la radio del traje.

-¡Espacio! Mira aquella roca, ¿quieres?

Cada centímetro del metro y cincuenta y siete de Bigman estaba en tensión a causa de la emoción provocada por aquel espectáculo.

Bigman había nacido y se había criado en Marte, y nunca había estado tan cerca de Venus. Estaba acostumbrado a los planetas rojizos y a los asteroides rocosos. Incluso había visitado la Tierra verde y azul. Pero aquí, ahora, flotaba algo de un gris y un blanco purísimos.

Venus llenaba ya la mitad del cielo. Estaba a sólo tres mil kilómetros de la estación espacial donde ellos se hallaban. Existía otra estación espacial en el lado opuesto del planeta. Ambas estaciones, actuando como depósitos receptores de las naves espaciales destinadas a Venus, orbitaban en torno al planeta en un período de tres horas, siguiendo una el rastro de la otra como cachorros que quisieran morderse la cola.

No obstante, desde dichas estaciones, a pesar de hallarse tan cerca de Venus, no era posible distinguir nada de la superficie del planeta. No se veían continentes, ni océanos, ni desiertos, montañas o valles. Sólo blancura, una blancura reluciente, con unos intervalos de líneas grises que cambiaban de sitio y forma.

La blancura se debía a la turbulenta capa de nubes que flotaba eternamente sobre Venus, y las líneas grises señalaban las fronteras donde se juntaban las masas nubosas, chocando entre sí. En dichos límites, el vapor se movía hacia abajo, y por debajo de esas líneas grises, sobre la superficie invisible de Venus, llovía.

-No tiene objeto contemplar Venus, Bigman -repuso Lucky Starr Durante largo tiempo, lo verás muy de cerca. Es al Sol al que tienes que dar tu despedida.

Bigman gruñó. Ante sus ojos acostumbrados a Marte, incluso visto desde la Tierra resultaba el Sol enorme y excesivamente brillante. Visto desde la órbita de Venus, era un monstruo hinchado. Brillaba dos veces y media más que en la Tierra, y cuatro más que el que se veía desde Marte. Personalmente, Bigman se alegraba de que las nubes de Venus le ocultasen el Sol. Y también se alegraba de que la estación espacial siempre dispusiera sus paneles orientables de forma que bloqueasen la luz solar.

-Bien, marciano loco, ¿vas a entrar? -preguntó Lucky Starr.

Efectivamente, Bigman se había detenido al borde de la abierta escotilla, sosteniéndose con una sola mano. Estaba contemplando Venus. La mitad visible del planeta se hallaba bajo el resplandor del Sol, pero el lado oriental iba entrando en la noche, cuyas sombras se movían rápidamente en tanto la estación espacial recorría su órbita.

Lucky, moviéndose aún hacia arriba, asió el borde de la escotilla con una mano y apoyó la otra, cubierta por el guante del traje espacial, plana contra el trasero de Bigman. Bajo las condiciones de gravedad, el pequeño cuerpo de Bigman se tambaleó lentamente hacia dentro, mientras que la figura de Lucky se bamboleaba hacia fuera.

Lucky contrajo los músculos del brazo y flotó hacia arriba y adentro con un movimiento fluido, fácil. Lucky no estaba de humor en aquel momento, mas consiguió esbozar una sonrisa cuando encontró a Bigman despatarrado en el aire, con la punta de un

dedo enguantado asestado contra la escotilla interior, sostenido con firmeza. La escotilla exterior se cerró cuando Lucky pasó por ella.

-Oye, gusano -rezongó Bigman-, un día te daré lo que te mereces y te aseguro que...

El aire silbó en el pequeño cubículo, y se abrió la escotilla interior. Dos hombres flotaron rápidamente por ella, esquivando los pies colgantes de Bigman. El primero, un individuo corpulento, de cabello oscuro y enorme bigote, preguntó:

-¿Algún problema, caballeros?

El segundo, más alto y delgado, con cabello rubio y un bigote tan grande como el de su compañero, añadió:

-¿Podemos ayudarles en algo?

-Pueden ayudarnos cediéndonos espacio -repuso Bigman, con aspereza-, y dejándonos quitar estos trajes.

Mientras hablaba descendió al suelo de la cabina y procedió a quitarse el traje. Lucky ya se había despojado del suyo.

Todos pasaron por la escotilla interior, la cual se cerró a sus espaldas. Los trajes espaciales, con la parte anterior helada por el frío del espacio, se estaban cubriendo de escarcha en tanto la humedad procedente del aire caliente de la nave se iba enfriando. Bigman los colocó, fuera del calor de la nave y de su aire húmedo, encima de las estanterías de baldosines, donde se fundiría el hielo.

-Bien, veamos -murmuró el individuo del pelo oscuro-. Ustedes dos son William Williams y John Jones, ¿exacto?

-Yo soy Williams -asintió Lucky, utilizando el seudónimo que en condiciones ordinarias era ya la segunda naturaleza para él.

Los miembros del Consejo de Ciencias acostumbraban rehuir toda publicidad. Y resultaba altamente aconsejable en aquella ocasión, en vista de una situación tan confusa e incierta como era la de Venus.

-Nuestros documentos están en orden -prosiguió Lucky-, según creo, y nuestro equipaje se halla a bordo.

-Todo está en regla -concedió el del cabello oscuro-. Me llamo George Reval, y soy el piloto de la nave. Este es Tor Jolinson, mi copiloto. Despegaremos dentro de unos minutos. Si necesitan algo, díganlo, por favor.

Los dos pasajeros fueron llevados a sus diminutos camarotes, y Lucky suspiró para sí. Jamás se encontraba totalmente cómodo en el espacio, salvo en su propia nave, la velocísima Shooting Starr, que en aquellos momentos descansaba en el hangar de la estación espacial.

-Permítanme advertirles -manifestó Tor, con su profunda voz-, que una vez hayamos salido de la órbita de la estación espacial, ya no estaremos en caída libre, La gravedad volverá a atraer esta nave. Si ustedes sufren de mareo espacial...

-¡Mareo espacial! -exclamó Bigman-. Vamos, sabandija planetaria, de niño aceptaba los cambios de gravedad mejor que tú ahora. -Apoyó un dedo en la mampara, efectuó una lenta voltereta, volvió a tocar la mampara y terminó con los pies a un centímetro del suelo-. Cuando te sientas realmente en forma, intenta esto.

-¡Eh! -exclamó el copiloto, sonriendo-. Tienes mucha bravura en tu cuerpo de medio kilo, ¿verdad?

-¡Medio kilo! -Bigman enrojeció al instante-. ¡Maldito chapucero...

No continuó porque Lucky apoyó una mano en su hombro, y el marciano se tragó el resto del insulto.

-Ya nos veremos en Venus -finalizó Bigman, con un gruñido.

Tor aún estaba sonriendo. Siguió a su jefe al interior de la cabina de mandos, hacia la proa de la nave.

-Oye -le preguntó Bigman a Lucky, desaparecida ya su furia-, ¿y esos bigotes? Nunca los había visto tan grandes.

-Se trata de una costumbre venusiana -repuso Lucky-. Creo que prácticamente todo el mundo los lleva en Venus.

-¿De veras? -se asombró Bigman, acariciándose su labio superior, desprovisto de toda pilosidad-. No sé qué tal me sentaría uno a mí.

-¿Tan grande? -rió Lucky-. Te taparía toda la cara.

Esquivó el puño de Bigman lanzado hacia él en el mismo instante en que el suelo retembló ligeramente bajo sus pies y el Venus Marvel despegaba de la estación espacial. La nave costera volvió su morro hacia la contráctil trayectoria en espiral que la haría descender hacia Venus.

Lucky Starr experimentó en su organismo el inicio de una relajación largo tiempo retrasada, a medida que la nave iba ganando velocidad. Sus ojos pardos estaban pensativos, y su rostro de facciones correctas se hallaba en reposo. Era alto y parecía delgado, aunque bajo aquella engañosa delgadez había unos músculos muy poderosos.

La vida ya le había proporcionado a Lucky muchas cosas buenas y muchas malas. Había perdido a sus padres siendo aún niño, ya que murieron en un ataque pirata cerca del Planeta Venus, al que ahora se acercaba. Fue criado por los amigos más íntimos de su padre, Héctor Conway, en la actualidad presidente del Consejo de Ciencias, y Augusto Henree, jefe de sección de la misma organización.

Lucky fue educado y adiestrado con una sola idea- algún día formaría parte del Consejo de Ciencias, cuyos poderes y funciones lo convertían en la organización más importante, y no obstante, menos conocida de la galaxia.

Hacía sólo un año tras su graduación en la academia, que era miembro con plenos derechos del Consejo, habiéndose dedicado al progreso del hombre y a la destrucción de los enemigos de la civilización. Era el miembro más joven del Consejo y probablemente aún lo sería durante, muchos años.

Sin embargo, ya había ganado las primeras batallas. En los desiertos de Marte y entre las rocas oscuras del cinturón de asteroides, había tropezado y vencido a diversos malhechores.

Pero la guerra contra el crimen y el mal no es un conflicto a corto plazo, y ahora era Venus el planeta que planteaba problemas, problemas particularmente perturbadores, puesto que los detalles estaban sumidos en la niebla.

El presidente del Consejo, Héctor Conway, se había pellizcado el labio antes de declarar:

-No estoy seguro de si se trata de una conspiración de Sirio contra la Confederación Solar o sólo de un pequeño quebrantamiento de las leyes. Pero nuestros agentes locales tienden a considerarlo algo de gravedad.

-¿Han enviado a alguno de nuestros expertos en conflictos? -preguntó Lucky, que poco antes había regresado de los asteroides y escuchaba las noticias con inquietud.

-Sí, a Evans -repuso Conway.

-¿Lou Evans? -preguntó Lucky, relucientes de placer sus negras pupilas-. Fue uno de mis compañeros de habitación en la academia. Es muy bueno.

-¿De veras? El oficial del Consejo en Venus ha solicitado su destitución y que se lleve a cabo una investigación por corrupción.

-¿Cómo? -exclamó Lucky, poniéndose en pie, horrorizado-. Tío Héctor, eso es imposible.

-¿Quieres ir allí y verlo por ti mismo?

-¡Claro que sí! ¡Por todas las estrellas y los asteroides! Bigman y yo despegaremos tan pronto como mi Shooting Starr esté dispuesta para el vuelo.

Y ahora, Lucky miraba pensativamente por el ojo de buey, ya en la última parte de su vuelo. Las sombras nocturnas se habían apoderado de Venus, y durante una hora sólo hubo

oscuridad. Todas las estrellas quedaban bloqueadas por la enorme masa del planeta.

De pronto, volvieron a estar bajo la luz del Sol, aunque el panorama sólo fuese gris. Se hallaban demasiado cerca del planeta para divisarlo en conjunto. En realidad, estaban dentro de la capa nubosa.

Bigman, que acababa de zamparse un respetable bocadillo de pollo con ensalada, se limpió los labios y exclamó:

-Diablos, no me gustaría pilotar una nave a través de este lodazal.

Habían desplegado ya las alas de la nave en la posición extendida para aprovechar la suspensión atmosférica, y existía una diferencia bien definida en el tipo de movimiento de la nave. Era posible sentir el impacto del viento, y los baches formados por las corrientes que elevaban y bajaban el ingenio espacial.

Las naves que surcaban el espacio no eran adecuadas para soportar las perturbaciones de una atmósfera densa. Por este motivo, los planetas como la Tierra y Venus, con profundas capas de aire alrededor, necesitaban estaciones espaciales. Y a ellas llegaban las naves procedentes del espacio galáctico. Desde las estaciones planetarias, las naves de cabotaje, con alas retráctiles, luchaban contra las traidoras corrientes de aire, hacia la superficie del planeta.

Bigman, que podía pilotar una nave desde Plutón a Mercurio con los ojos vendados, se habría sentido perdido ante la primera ráfaga del viento de una atmósfera. Incluso Lucky, que en su intensivo entrenamiento en la academia había pilotado astronaves de cabotaje, habría fruncido el ceño antes de volar por entre las grises nubes que ahora les rodeaban.

-Hasta que los primeros exploradores aterrizaron en Venus -explicó Lucky-, lo único que la humanidad divisaba de este planeta era la capa exterior de nubes. Entonces, poseían unas nociones muy extrañas respecto a Venus.

Bigman no contestó. Estaba contemplando el interior del recipiente de celoplex para asegurarse de que no contenía ningún otro bocadillo de pollo con ensalada.

-Ignoraban a qué velocidad giraba Venus sobre su eje -continuó Lucky-, o si giraba siquiera. No estaban seguros de la composición de la atmósfera venusiana. Sabían que contenía anhídrido carbónico, pero hasta finales del siglo XX, los astrónomos creyeron que Venus carecía de agua. Y cuando las naves empezaron a aterrizar, la humanidad descubrió que no era así.

Se interrumpió. A su pesar, la mente de Lucky volvió a recordar, una vez más, el espaciograma en clave recibido en la mitad del viaje, ya a muchos millones de kilómetros de la Tierra. Era de Lou Evans, su antiguo compañero de habitación, a quien había subeterificado que estaba en camino hacía Venus.

La respuesta era breve, cortante, clara.

«¡No vengas!», decía.

¡Sólo esto! No era el estilo de Evans. Para Lucky, tal clase de mensaje sólo significaba trastornos, grandes trastornos, de modo que no obedeció. Al contrario, movió la aguja del contador de la salida de la energía de la microbatería unos centímetros, y aumentó la aceleración hasta la asfixia.

-Produce una extraña sensación -decía Bigman-, Lucky, pensar que antaño, hace mucho tiempo, la humanidad no podía salir de la Tierra. Que no podía abandonarla por ningún motivo. Que nada sabían de Marte o la Luna, ni de ningún cuerpo celeste. ¡Oh, esto me da escalofríos!

Fue entonces cuando atravesaron la barrera de nubes, y hasta los tristes pensamientos de Lucky se desvanecieron a la vista del paisaje.

Fue algo repentino. Tan pronto estaban aún rodeados por lo que parecía una lechosidad eterna, como en torno suyo sólo hubo aire diáfano, transparente. Más abajo, todo estaba bañado en una luminosidad clara, perlífera. Arriba se veía tan sólo el color gris de la parte inferior de las nubes.

-¡Eh, mira, Lucky! -exclamó Bigman.

Venus se extendía ante ellos durante muchos kilómetros en cada dirección, y había una sólida alfombra de vegetación verde-azulada. En la superficie no se veían depresiones ni elevaciones. Estaba completamente nivelada, como si lo hubiese planeado de tal forma una gigantesca apisonadora atómica. No se distinguía nada de lo que hubiera sido normal en el paisaje terrestre. Ni calles, ni casas, ni ciudades o ríos. Sólo el color verde-azulado, invariable, en tanto abarcaba la vista.

-Es a causa del anhídrido carbónico -dedujo Lucky-. Forma parte del aire de que se alimentan las plantas. En la Tierra sólo hay tres centésimas del uno por ciento en el aire, pero aquí casi el diez por ciento de la atmósfera es anhídrido carbónico.

Bigman, que había vivido durante muchos anos en las granjas de Marte, no conocía al anhídrido carbónico.

-¿Por qué son tan luminosas las nubes? -quiso saber.

-Olvidas un detalle, Bigman -sonrió Lucky-. El Sol brilla el doble aquí que en la Tierra.

Después, al volver a mirar por el ojo de buey, su sonrisa se fue difuminando hasta desaparecer.

-Es gracioso -murmuró.

De repente, se apartó de la ventanilla.

-Bigman -exclamó-, acompáñame a la cabina del piloto.

En dos zancadas estuvo fuera del camarote. En dos más, se halló en la cabina de mandos. La puerta no estaba cerrada, La empujó. Los dos pilotos, George Reval y Tor Johnson, estaban en sus respectivos lugares, con los ojos clavados en los controles. No volvieron la cabeza cuando entró Lucky seguido de Bigman.

-Eh, chicos... -les gritó Lucky.

No contestaron.

Tocó a Johnson en el hombro, y el copiloto movió el brazo con irritación, librándose de la mano de Lucky.

El joven consejero asió a Johnson por el otro hombro.

-¡Coge al otro, Bigman! -ordenó.

El pequeño marciano ya estaba en acción, sin hacer preguntas, atacando con la furia de un ariete.

Lucky lanzó a Johnson lejos de sí. El copiloto trastabilló, se enderezó y cargó al frente. Lucky esquivó el tremendo golpe y asestó un formidable directo a la mandíbula de su contrincante. Johnson cayó al suelo. Casi en el mismo instante, Bigman, con un rápido y hábil retorcimiento del brazo de George Reval, lo arrojó al suelo y le propinó un puñetazo que lo dejó sin respiración.

Bigman arrastró ambos pilotos fuera de la cabina y cerró la puerta. Al volver halló a Lucky manejando febrilmente los mandos.

Sólo entonces pidió una explicación.

-¿Qué ha ocurrido?

-No estábamos planeando -repuso Lucky, torvamente-. Contemplé la superficie y observé que se aproximaba demasiado deprisa. Y sigue lo mismo.

Buscó desesperadamente la palanca que movía los alerones, los paneles que controlaban el ángulo de vuelo. La superficie azul de Venus estaba mucho más cerca. Y subía a su encuentro.

Los ojos de Lucky estaban fijos en el contador de presión. Medía el peso del aire encima de la nave. Cuanto más subía, más cerca estaban de la superficie del planeta. Y ahora subía más despacio. El puño de Lucky se cerró con más fuerza sobre el duorodo, apretando ambos mangos para juntarlos. Debía ser así. No se atrevió a ejercer la presión con excesiva rapidez, de lo contrario los alerones podían romperse a causa de la galerna que azotaba la nave. Sin embargo, sólo quedaban por cubrir doscientos metros hasta la altitud cero.

Lucky hinchó las aletas de la nariz, y tensó las venas de su cuello, maniobrando los alerones contra el vendaval.

-Nos estamos nivelando -jadeó Bigman-, nos estamos nivelando...

Pero faltaba sitio. La superficie verde-azulada subió raudamente hasta llenar toda la visión del mirador. Luego, con una velocidad inaudita y un ángulo excesivamente abierto, el Venus Marvel, con Lucky Starr y Bigman Jones a bordo, chocó con la superficie del planeta Venus.

2
BAJO LA CÚPULA MARINA

De haber sido la superficie de Venus lo que aparentaba a primera vista, el Venus Marvel se hubiese estrellado y ardido hasta convertirse en un montón de cenizas. Y la carrera de Lucky Starr habría concluido en aquel instante.

Por fortuna, la densísima vegetación que estaba a la vista no era espesura, sino algas. La superficie de Venus no estaba formada por suelo y rocas, sino por agua: era un océano que rodeaba y cubría completamente a Venus.

La nave, pese a ello, penetró en el océano con tremendo ímpetu, destrozó un enjambre de algas filamentosas, y se sumergió hacia las profundidades abisales. Lucky y Bigman fueron arrojados contra los mamparos de la nave.

Una nave ordinaria habría quedado aplastada, pero la Venus Marvel estaba construida para penetrar en el agua a toda velocidad. Sus soldaduras eran resistentes, su forma aerodinámica. Sus alas, que Lucky no había tenido tiempo, ni había pensado en plegar, quedaron torcidas, y la estructura gimió bajo el impacto, aunque la nave continuó útil para su funcionamiento.

Descendió por entre las tinieblas verdinegras del océano venusiano. La difusa luz procedente de arriba quedaba casi completamente obstruida por la barrera de algas. La luz artificial de la nave no funcionaba, pues por lo visto se había estropeado el sistema con el choque del contacto.

Todos los sentidos de Lucky sufrían una gran confusión.

-¡Bigman! -gritó.

No obtuvo respuesta, por lo que extendió los brazos para buscarle al tacto. Su mano rozó el rostro de su amigo.

-¡Bigman! -volvió a llamar.

Palpó el pecho del pequeño marciano, comprobando que su corazón latía con regularidad. Lucky se sintió muy aliviado.

No podía saber qué le había ocurrido a la nave. Sabía que le resultaba imposible dominarla en la completa oscuridad que los rodeaba. Sólo podía esperar que la fricción del agua la detuviese antes de que chocase con el fondo.

Sacó una diminuta linterna del bolsillo de su camisa, una varilla de plástico de unos quince centímetros de longitud, que al ser activada por la presión del pulgar se convertía en un sólido resplandor luminoso, cuyo haz de rayos se ampliaba sin debilitarse apreciablemente con la longitud.

Lucky volvió a tantear en busca de Bigman y le examinó con suavidad. Se veía un chichón en la sien del marciano, pero le pareció que no tenía ningún hueso fracturado.

Bigman parpadeó. Luego, gimió.

-Tranquilo, Bigman -susurró Lucky-. Pronto estaremos bien.

Pero estaba muy lejos de creer tal cosa cuando salió al corredor Si la nave debía llegar de nuevo a puerto, los pilotos tenían que estar vivos y en condiciones de colaborar.

Se hallaban sentados, y parpadearon ante la luz de la linterna de Lucky, cuando éste cruzó la puerta.

-¿Qué ha ocurrido? -gruñó Johnson-. Tan pronto estuve delante de los mandos sufrí...

En sus ojos no había hostilidad sino sólo pesar y confusión.

La Venus Marvel volvió en parte a la normalidad. Necesitaba una reparación a fondo, pero sus faros de proa y popa volvían a funcionar y las baterías de emergencia podían suministrar toda la energía necesaria para las principales operaciones. Se escuchaba el rumor de la hélice, y el costero planetario desempeñaba, con bastante discreción, su tercera función. Era una nave destinada no sólo a navegar por el espacio y el aire, sino también bajo el agua.

George Reval penetró en la cabina de pilotaje. Estaba abatido y obviamente embarazado. Mostraba una contusión en la mejilla, que Lucky ya había lavado, desinfectado y rociado con koagulum.

-Se han producido algunas grietas, pero ya las he obstruido. Han desaparecido las alas, y las baterías primarias son un montón de chatarra. Necesitaremos reparar la nave a fondo, pero opino que hemos tenido suerte. Realizó usted un buen trabajo, señor Williams.

Lucky asintió modestamente.

-Supongo que podrán contarme qué ocurrió.

-No lo sé -respondió Reval, enrojeciendo-. Me fastidia confesarlo, pero no lo sé.

-¿Y usted? -preguntó Lucky, dirigiéndose al otro piloto.

Johnson, tratando con sus grandes manos de hacer funcionar de nuevo la radio, sacudió negativamente la cabeza.

-Los últimos pensamientos que recuerdo con claridad -expresó George Reval- los tuve mientras nos hallábamos aún en el interior de la capa de nubes. Después no recuerdo nada, hasta que usted me enfocó con la linterna.

- ¿Toman usted o Jolinson cualquier clase de drogas? -quiso saber Lucky.

-No, ninguna -respondió airadamente Johnson.

-Entonces, ¿qué les obligó a perder el conocimiento al mismo tiempo?

-Yo creo saberlo -contestó Reval-. Señor Williams, ninguno de nosotros es un simple aficionado. Nuestros expedientes como pilotos planetarios son de primera categoría. O al menos, lo eran -gruñó-. Probablemente, después de esto nos enviarán a la Tierra.

-Veremos -masculló Lucky.

-Eh -intervino Bigman-, ¿de qué sirve hablar de algo que ya pasó? ¿Dónde estamos ahora? Esto es lo que deseo saber. ¿Y adónde vamos?

-Nos hallamos fuera de rumbo -repuso Johnson-. Es lo único que sé. Tardaremos cinco o seis horas en llegar a Afrodita.

-¡Por el gordo Júpiter y sus diminutos satélites! -exclamó Bigman, mirando las tinieblas circundantes a través del mirador-. ¡Cinco o seis horas en esta negrura!

Afrodita era la ciudad más importante de Venus, con una población de más de un cuarto de millón.

Estando aún a un kilómetro de distancia la Venus Marvel, el mar a su alrededor quedaba iluminado por un verde traslúcido, como reflejo de las luces de Afrodita. En aquella espectral luminosidad, las oscuras y lisas formas de las naves de rescate, que habían zarpado en ayuda de la Venus Marvel una vez efectuado el contacto por radio, se distinguían con claridad. Dichas naves se deslizaban en silencio al lado de la siniestrada.

En cuanto a Lucky y a Bigman, aquélla era la primera visión de una de las ciudades protegidas bajo el agua del planeta Venus. Casi olvidaron la terrible experiencia pasada ante su asombro al divisar el maravilloso objeto que tenían delante.

Desde cierta distancia, la ciudad parecía una enorme burbuja de color esmeralda, algo espectral, que tembleteaba y se estremecía a causa del agua intermedia. Los dos amigos apenas lograban distinguir los edificios y la tela de araña estructural de la armazón que sostenía la cúpula de la ciudad contra el peso de las aguas de encima.

A medida que se aproximaron, la ciudad creció y se vio iluminada con más esplendor. El color verde se aclaró al disminuir la distancia entre la nave y la ciudad. Afrodita se convirtió en algo menos irreal, menos espectral, y más esplendente.

Por fin penetraron por una enorme escotilla hermética, capaz de contener una pequeña flota de mercantes o un acorazado de combate, y la nave tuvo que esperar a que bombeasen el agua al exterior. Una vez hecho esto, la Venus Marvel fue remolcada fuera de la escotilla, para llegar a un campo de elevación de la ciudad.

Lucky y Bigman vieron cómo sacaban fuera su equipaje, estrecharon con gravedad la mano de Reval y Johnson, y cogieron un bólido hasta el hotel Bellevue-Afrodita.

Bigman se asomó a la ventanilla curvada en tanto el helicobólido, con sus giroaspas dando vueltas con majestuosa dignidad, pasaba con ligereza por entre los pilares de la ciudad y encima de los tejados.

-Conque eso es Venus -comentó-. Vaya, no sé si vale la pena efectuar el viaje para esto... ¡Nunca olvidaré aquel océano subiendo hacia nosotros!

-Temo que eso sea sólo el comienzo -rezongó Lucky.

-¿Lo dices en serio? -se inquietó Bigman, mirando a su amigo.

-Depende -se encogió de hombros Lucky-. Veamos qué nos cuenta Evans.

El Salón Verde del hotel Bellevue-Afrodita no era más que lo que proclamaba su nombre. La cualidad de la iluminación y su condición temblorosa les daba a los veladores y a los clientes el aspecto de estar suspendidos debajo del mar. El techo era un cuenco invertido, bajo el cual giraba lentamente un inmenso globo-acuario, sostenido por pilastras y vigas hábilmente colocadas. El agua de su interior estaba adornada con tiras de algas venusianas, entre las cuales se agitaban vívidamente «cintas marinas», una de las formas más bellas de la vida animal del planeta.

Bigman bajó antes con afán de cenar. Se mostró molesto por la ausencia de un menú magnético, perturbado por la presencia de camareros humanos, y resentido por el hecho de que le comunicaran que los comensales del Salón Verde tomaban una comida suministrada por la gerencia y nada más. Sin embargo, se ablandó un poco cuando los entremeses resultaron sabrosos y la sopa excelente.

Después empezó la música, cobrando vida gradualmente la cúpula del techo, momento en que el globo-acuario inició sus suaves revoluciones.

Bigman se quedó boquiabierto, olvidada la cena.

-¡Fíjate! -exclamó.

Lucky estaba mirando. Las cintas marinas eran de diferente longitud entre sí, variando desde hebras de cinco centímetros de largo a cintos anchos y serpenteantes que medían más de un metro de punta a punta. Todas eran muy delgadas, como un papel de fumar. Se movían agitando los cuerpos en una serie de ondulaciones que recorrían toda su longitud.

Todas eran fluorescentes, destellando una luminosidad coloreada. Era una exhibición fantástica. A cada lado de las cintas marinas había unas pequeñas espirales relucientes: carmesí, rosa y naranja; en medio se divisaban algunas luces azules o violetas; y un par de blancos purísimos entre las cintas mayores. Pero todas quedaban un poco oscurecidas por el resplandor verdoso de la luz exterior. Al nadar, aquellas líneas de color chocaban y se cruzaban. Para el espectador asombrado, parecían dejar estelas multicolores que brillaban en el agua, desvaneciéndose sólo para renacer con tintas aún más esplendentes.

Bigman, casi a regañadientes, se concentró en el postre. El camarero lo había llamado «semillas de gelatina», y al principio el marciano miró el plato suspicazmente. Las semillas de gelatina eran unos óvalos anaranjados pegados entre sí, si bien era muy fácil separarlos con la cuchara. Al primer momento, resultaban secas y sin sabor al paladar, pero de repente se transformaban en un líquido espeso y dulzón que era una pura delicia.

-¡Espacio! -exclamó, pronunciando su interjección favorita, el asombrado marciano-. ¿Has probado ese postre?

-¿Qué? -preguntó Lucky, distraídamente.

-Prueba el postre, ¿quieres? Es como el jugo de la piña americana, pero un millón de veces mejor... Eh, ¿qué pasa?

Librodot

-Que tenemos compañía -contestó Lucky, con lentitud.

-Ya. -Bigman efectuó un movimiento como para inspeccionar a los demás comensales.

-Ten calma -le aconsejó Lucky, lo cual hizo inmovilizar al pequeño marciano.

Bigman oyó las suaves pisadas de alguien que se acercaba a la mesa. Trató de mirar de soslayo. Tenía el desintegrador en su habitación, pero llevaba un cuchillo energético en la bolsa del cinto. Parecía un reloj de bolsillo, pero podía partir a un hombre en dos en caso necesario. Lo asió con fuerza.

-¿Puedo sentarme con ustedes, amigos? -inquirió una voz a sus espaldas.

Bigman se volvió en su asiento, con el cuchillo energético listo para asestar un golpe rápido, de abajo arriba. Pero el desconocido no tenía nada de siniestro. Era grueso, si bien las ropas se ajustaban perfectamente a su cuerpo. Su rostro era redondo, y el pelo grisáceo estaba peinado esmeradamente hacia atrás, aunque sin lograr ocultar su incipiente calvicie. Sus ojos eran pequeños, azules y llenos de algo parecido a la amistad. Naturalmente, lucía un gran bigote, al estilo venusiano.

-Siéntese, por supuesto -accedió Lucky.

Su atención parecía concentrada por completo en la taza de café caliente que sostenía con la mano derecha.

El gordo tomó asiento. Descansó las manos sobre la mesa. Así quedó al descubierto una muñeca, levemente sombreada por la palma de la otra. Por un instante, un punto ovalado de la muñeca se ensombreció, volviéndose negro. En su interior danzaron y destellaron unos granitos de luz amarillenta, según el familiar dibujo de la Osa Mayor y Orión. Luego, todo desapareció, y sólo fue una muñeca de aspecto inocente, con el rostro redondo y sonriente del gordo más arriba.

La marca de identidad del Consejo de Ciencias no podía falsificarse ni imitarse. El método de su aparición, controlada por la simple fuerza de la voluntad, era el secreto mejor guardado del Consejo.

-Me llamo Mel Morris -se presentó el gordo

-Me lo imaginé -asintió Lucky-. Tenía su descripción.

Bigman se retrepó en su asiento y devolvió el cuchillo energético a su lugar. Mel Morris era el jefe de la sección venusiana del Consejo. Bigman había oído hablar de él. En cierto modo, se sentía aliviado, y en otro un poco defraudado. Había esperado una pelea, tal vez el lanzamiento veloz de la taza de café al rostro de un contrario, la mesa volcada, y a partir de esto, un bonito jaleo.

-Venus parece un sitio extraordinario y muy hermoso -comentó Lucky.

-¿Se han fijado en nuestro acuario fluorescente?

-Muy espectacular -asintió Lucky.

El consejero venusiano sonrió y levantó un dedo. El camarero le sirvió una taza de café muy caliente. Morris lo dejó enfriar unos instantes.

-Creo que les defrauda verme aquí -observó después-. Aguardaban otra compañía, ¿eh?

-Esperaba sostener una conversación informal con un amigo -concedió Lucky.

-En realidad -dijo Morris-, usted envió un mensaje al consejero Evans para que se reuniese aquí con los dos.

-Veo que lo sabe.

-En efecto. Evans lleva algún tiempo bajo estrecha observación. Por tanto, se interceptan todas las comunicaciones que se le dirigen.

Hablaban en voz muy baja. Incluso Bigman les oía apenas, uno frente al otro, tomando el café y sin demostrar expresión alguna en sus pétreos semblantes.

-Se equivocan en eso -manifestó Lucky.

-¿Habla usted como amigo de Evans?

-En efecto.

-Y supongo que, en su calidad de amigo, él le habrá aconsejado que no viniera a Venus.

-Veo que también lo sabe.

-Exacto. Y ustedes sufrieron un accidente casi mortal al aterrizar. ¿Tengo razón?

-Sí. ¿Quiere dar a entender que Evans temía tal eventualidad?

-¿Temerla? ¡Por todos los espacios, Starr! ¡Su amigo Evans fue quien maquinó el accidente!

3
¡HONGOS!

La expresión de Lucky continuó impasible. Ni siquiera un parpadeo traicionó su preocupación.

-Detalles, por favor -pidió.

Morris volvía a sonreír, la mitad de su boca escondida por el enorme bigote venusiano.

-Aquí no, claro.

-Diga el lugar.

-Un momento, -Morris consultó su reloj-. Dentro de un minuto empezará el espectáculo. Habrá baile con luz marina.

-¿Luz marina?

-El globo de ahí arriba se iluminará con luz verde. Y la gente saldrá a la pista a bailar. Nosotros nos levantaremos entonces y saldremos de aquí calladamente.

-Por lo que dice, parece como si por el momento estuviésemos en peligro.

-Lo están ustedes -convino Morris, con gravedad-. Les aseguro que desde que han llegado ustedes a Afrodita, nuestros agentes no les han perdido de vista.

De pronto, sonó una voz potente. Parecía venir del jarrón de cristal colocado en el centro de la mesa. Pero por la dirección en que todo el mundo volvió la cabeza, era obvio que procedía de los jarrones de todas las mesas.

-Damas y caballeros, bien venidos al Salón Verde. ¿Han cenado bien? Para aumentar aún más su placer, la gerencia se honra presentando los ritmos magnetónicos de Tobe Tobías y sus...

Mientras la voz hablaba, se apagaron las luces y el resto de las palabras quedó ahogado por el suspiro general de admiración exhalado por los comensales, la mayoría de los cuales eran turistas de la Tierra. El globo-acuario del techo se transformó de repente en una enorme esmeralda verde, y las cintas marinas resplandecieron con bellísimas tonalidades. El globo adoptó un aspecto tallado, con múltiples facetas, de modo que al girar, el juego de luces y sombras resultaba casi hipnótico. El sonido de la música, surgiendo casi por completo de las extrañas y roncas cajas de resonancia de una gran variedad de instrumentos magnetónicos, aumentó de volumen. Las notas eran producidas por varillas de formas distintas, movidas según pautas muy hábiles a través del campo magnético que rodeaba a cada instrumento.

Los clientes, hombres y mujeres, se levantaron para bailar. Hubo el alboroto de sillas y pies, y algunas risas y susurros. Un roce en su brazo hizo que Lucky se pusiese en pie, siendo imitado por Bigman.

Los dos siguieron a Morris en silencio. Una a una, varias figuras de rostros graves les fueron siguiendo. Era como si se hubieran materializado de los cortinajes. Les seguían a cierta distancia para aparentar inocencia, pero Lucky estuvo seguro de que cada cual tenía la mano derecha muy cerca de la culata del desintegrador. No cabía la menor duda. Mel Morris, de la sección venusiana del Consejo de Ciencias, se tomaba la situación muy en serio.

Lucky examinó el apartamento de Morris con aprobación. No era lujoso, pero sí cómodo. En él se podía olvidar que a un centenar de metros había una cúpula traslúcida más allá de la cual se extendía un océano carbonatado y poco hondo, de cien metros de profundidad, seguido por ciento cincuenta kilómetros de atmósfera extraña, irrespirable.

Lo que más entusiasmó a Lucky fue la colección de libro-películas que llenaban una estantería.

-¿Es usted biofísico, doctor Morris? -inquirió Lucky, utilizando de manera automática el título profesional.

-Sí.

-Yo también realicé pruebas de biofísica en la academia -explicó Lucky.

-Lo sé. Leí su expediente. Y su tesis. Buen trabajo. A propósito, ¿puedo llamarle David?

-Sí, es mi nombre propio -concedió el terráqueo-, aunque todo el mundo me llama Lucky.

Bigman, mientras tanto, había abierto una de las cajas de película, desenrollando una para exponerla a la luz. Se estremeció y volvió a dejarla donde estaba.

-Pues usted no parece un científico -le espetó a Morris.

-Supongo que no -asintió el biofísico-. Lo cual me ayuda bastante.

Lucky comprendió a qué se refería. En aquella época en que la ciencia realmente abarcaba a toda la sociedad y la cultura humanas, los científicos no podían recluirse en sus laboratorios. Por este motivo, había nacido el Consejo de Ciencias. Originalmente, sólo fue una organización asesora para ayudar al gobierno en los temas de importancia galáctica, en que sólo los científicos más enterados podían poseer información suficiente para adoptar decisiones inteligentes. Mas con el paso del tiempo se había convertido en una agencia contra el crimen, un sistema de contraespionaje. En sus manos se hallaban los hilos gubernamentales casi por entero. A través de sus actividades podría levantarse algún día un gran Imperio de la Vía Láctea, en el que todos los hombres viviesen en paz y armonía.

Por consiguiente, en su calidad de miembros del Consejo, todos los científicos tenían que cumplir muchos deberes sin relación apenas con la ciencia pura, y era mejor, debido a esto, que no parecieran precisamente científicos..., siempre que poseyesen un cerebro lleno de datos y conocimientos de este tipo.

-Bien -le apremió Lucky-, ¿le molesta empezar a trazarme un cuadro de lo que pasa aquí?

-¿Qué le contaron en la Tierra?

-Sólo un esquema. Preferiría conocer el resto por una persona como usted, situada en el centro del asunto.

-¿Una persona situada en el centro del asunto? -sonrió Morris, con cierta ironía-. No suele ser ésta la actitud de los funcionarios del departamento central. Siempre envían a sus propios agentes, con lo cual llegan hombres como Evans.

-Y como yo -añadió Lucky.

-Su caso es un poco diferente. Todos conocemos sus últimas hazañas en Marte el año pasado , y también lo que hizo en los asteroides .

-Pues si cree saberlo todo -intervino Bigman-, tendría que haber estado a su lado.

Lucky se ruborizó ligeramente.

-Eso no importa ahora, Bigman -objetó acto seguido-. No empieces con tus cuentos.

Se hallaban los tres repantigados en muelles sillones. Eran unos muebles de fabricación terrestre, muy cómodos. Asimismo, había algo en el sonido reflejo de las voces que al oído entrenado de Lucky le dio a entender que el apartamento estaba aislado y a prueba de espías.

Morris encendió un cigarrillo y ofreció el paquete, pero no le fue aceptado.

-¿Qué sabe usted de Venus, Lucky? -preguntó después.

-Lo corriente que se aprende en la escuela -sonrió el joven-. Para resumir, que es el segundo planeta más cercano del Sol, a unos cien millones de kilómetros del mismo. Que es el globo más próximo a la Tierra, ya que en su momento de máxima aproximación sólo dista de ésta cuarenta millones de kilómetros. Que es un poco más pequeño que la Tierra, con una gravedad de cinco sextos respecto a la terráquea. Que gira en torno al Sol en siete meses y medio, y que sus días tienen treinta y seis horas de duración. Su temperatura superficial es algo más elevada que la de la Tierra, aunque no mucho debido a las nubes. Y también por este motivo, carece de estaciones. Está cubierto por un océano que, a su vez, está lleno de algas y

plantas marinas. Su atmósfera se compone principalmente de anhídrido carbónico y nitrógeno, por lo que resulta irrespirable ¿Qué le parece, doctor Morris?

-Sobresaliente -sonrió el biofísico-, pero yo le preguntaba por la sociedad venusiana y no por el planeta.

-Ah, esto ya es más difícil. Sé, claro está, que los seres humanos habitan en ciudades protegidas por inmensas cúpulas en las partes menos profundas del océano, y, según he podido ver por mi mismo, que la vida de las ciudades de Venus está muy avanzada, mucho más que en Marte, por ejemplo.

-¡Oye, tú! -se indignó Bigman.

-¿No está de acuerdo con su amigo? -preguntó Morris, volviendo sus ojillos hacia el marciano.

-Pues..., tal vez sí -vaciló el copiloto de Lucky-, pero no tenía por qué decirlo.

-Venus es un planeta bastante desarrollado -sonrió Lucky al escuchar a su amigo-. Creo que contiene unas cincuenta ciudades en total, con una población conjunta de seis millones. Sus exportaciones son de algas secas, que creo es un fertilizante excelente, y bloques de hongos deshidratados para el forraje animal.

-No está mal -aprobó Morris-. ¿Qué les ha parecido la cena en el Salón Verde, caballeros?

-Excelente -repuso Lucky, después de una pausa de sorpresa ante el súbito cambio de tema-. ¿Por qué lo pregunta?

-Lo sabrá dentro de un momento. ¿Qué comieron?

-No lo sé con exactitud -confesó Lucky-. El menú de la casa. Supongo que sería una especie de guiso de ternera con una salsa muy sabrosa y una verdura que no reconocí. También hubo ensalada de frutas, creo, y antes una variedad picante de jugo de tomate.

-¡Y semillas de gelatina como postre! -agregó Bigman.

-Naturalmente, están equivocados -rió cordialmente Morris- No hubo ternera, ni fruta, ni tomates. Ni siquiera café. Sólo han comido una cosa. Una sola cosa: ¡hongos!

-¿Qué? -exclamó Bigman.

Por un momento, Lucky también se sintió sobresaltado.

-¿Habla en serio? -inquirió, enarcando las cejas.

-En serio. Es la especialidad del Salón Verde.

Nunca lo pregonan, de lo contrario los terráqueos se negarían a comerlo. Más tarde, no obstante, les habrían preguntado minuciosamente si les había gustado o no tal o cual plato, cómo pensaban que podían perfeccionarse y así. El Salón Verde es la estación experimental más valiosa de Venus.

-¡Los demandaré ante los tribunales! -gritó Bigman, haciendo mil muecas-. ¡Llevaré el caso ante el Gran Consejo! No es posible alimentar a las personas sólo con hongos, sin advertirlas, como si se tratase de un caballo o una vaca...

Terminó su explosión tartamudeando palabras inconexas.

-Empiezo a suponer -razonó Lucky- que los hongos tienen alguna relación con la ola de crímenes que azota Venus.

-¿Empieza a creer solamente? -preguntó Morris con sarcasmo-. Entonces no ha leído los informes oficiales. No me sorprende. En la Tierra piensan que aquí exageramos. Le aseguro que no. Y no se trata solamente de una ola de crímenes. ¡De hongos, Lucky, de hongos! Este es el meollo de todo lo que sucede en este planeta.

Una mesa rodante autopropulsada había aparecido en el salón con un colador burbujeante y tres tazas de humeante café encima. La mesita se detuvo primero ante Lucky y luego ante Bigman. Morris aceptó la tercera taza, se la llevó a los labios y se secó el bigote con satisfacción.

-En su lugar, caballeros -aconsejó-, yo añadiría leche y azúcar.

Bigman olió suspicazmente su taza.

-¿Hongos? -preguntó, mirando a Morris de modo huraño.

-No, esta vez es café auténtico. Lo juro.

Por un momento, bebieron en silencio.

-Venus, Lucky -empezó después Morris-, es un mundo caro de mantener. Nuestras ciudades han de extraer el oxígeno del agua, y esto significa enormes estaciones electrolíticas. Cada ciudad necesita tremendas vigas y pilastras energéticas para, sostener las cúpulas contra millones de tonelada de agua. La ciudad de Afrodita gasta tanta energía en un año como todo el continente sudamericano, a pesar de contar sólo con una milésima parte de su población.

Morris hizo una pausa para tomar un nuevo sorbo de café.

-Como es natural, tenemos que ganar lo que cuesta esta energía. Así, exportamos productos a la Tierra a fin de obtener fábricas de electricidad maquinaria especializada, combustible atómico y otros artículos de primera necesidad. El único producto de Venus es el alga marina, de la que hay cantidades inagotables. Exportamos parte de ellas como fertilizante, mas esto no soluciona nuestro problema de gastos. Sin embargo, la mayor parte de dichas algas la usamos como medios de cultivo de hongos, de los que poseemos miles de variedades.

-Transformar las algas en hongos no significa una gran mejora -refunfuñó Bigman.

-¿No le gustó su cena? -replicó Morris.

-Por favor, doctor Morris, continúe -rogó Lucky.

-Claro está -asintió el biofísico-, el señor Jones tiene ra...

-¡Llámeme Bigman!

-Como guste, Bigman -asintió Morris, contemplando con respeto al pequeño marciano-. Bien, su opinión es correcta respecto a los hongos en general. Nuestras variedades más importantes sólo son aconsejables como alimento animal. Aún así, resultan sumamente útiles. El cerdo alimentado con hongos es más barato y más sabroso que los demás. Los hongos poseen muchas calorías, proteínas, minerales y vitaminas.

Morris se volvió de nuevo hacia Lucky.

-Tenemos otras variedades de mejor calidad, que se emplean como alimentos que haya que almacenar largo tiempo, ocupando poco espacio. Por ejemplo, para largos vuelos espaciales se utiliza con frecuencia la llamada ración. Y finalmente, hay las variedades más refinadas, extremadamente caras, de cultivo muy delicado, que componen los menús del Salón Verde, y que nos permiten imitar o mejorar la comida ordinaria. Por el momento no se producen en cantidades de exportación, aunque esperamos que esto llegará algún día. Bien, Lucky, supongo que se hace cargo del punto central de este asunto.

-Creo que sí.

-¡Yo, no! -exclamó Bigman con belicosidad.

Morris se dispuso a explicar la cuestión.

-Venus gozará de un monopolio sobre estas variedades de lujo. No las poseerá ningún otro planeta. Sin la experiencia venusiana en zymocultura...

-¿En zymo... qué? -se extrañó Bigman

-En el cultivo del hongo. Sin la experiencia de Venus en este aspecto, ningún otro planeta podría criar hongos de esta clase o mantenerlos una vez obtenidos. De modo que ya comprenderán que Venus podría edificar un comercio sumamente provechoso en variedades de hongos como artículos de lujo con toda la galaxia. Esto no sólo sería importante para Venus, sino también para la Tierra... para toda la Confederación Solar. Nosotros componemos el sistema más poblado de toda la galaxia, y el más antiguo. Si pudiéramos cambiar un kilo de hongos por una tonelada de trigo, todo iría mejor para nosotros.

Lucky había escuchado con paciencia el discurso de Morris.

-Por el mismo motivo -comentó-, sería interesante para una potencia extranjera, ansiosa de debilitar a la Tierra, destruir el monopolio de Venus en los hongos.

-Exacto. Ojalá pudiese convencer al resto del Consejo de este peligro viviente y omnipresente. Si nos robasen alguna variedad de hongos de cultivo junto con algún

conocimiento sobre nuestros descubrimientos en este aspecto, los resultados serían catastróficos.

-Muy bien -concedió Lucky-, así llegamos al punto importante: ¿se han producido robos en este sentido?

-Aún no -repuso Morris con gravedad-. Pero hace ya seis meses que sufrimos una racha de sucesos raros, accidentes extraños, incidentes insólitos. Algunos sólo son enojosos, o incluso divertidos, como el caso del viejo que tiró monedas de semicrédito a los niños, y después acudió a la policía afirmando que le habían robado. Cuando se presentaron los testigos demostrando que él mismo había regalado el dinero, casi se volvió loco de furor, insistiendo en que aquello era mentira. También ha habido accidentes más graves, como la ocasión en que un operario de una cinta transportadora soltó una bala de media tonelada de algas en un momento inadecuado y mató a dos hombres. Más tarde aseguró que había perdido el conocimiento.

-¡Lucky! -exclamó Bigman muy excitado-. ¡Los pilotos de la nave costera insistieron en que habían perdido el conocimiento!

-Sí -asintió Morris-, y casi me alegro de que ocurriese tal cosa, habiendo sobrevivido ustedes. El Consejo de la Tierra, de este modo, tal vez se hallará más dispuesto a creer que algo grave se oculta detrás de todo esto.

-Naturalmente -intervino Lucky-, usted supone que se trata de hipnotismo.

-Hipnotismo es un término vago, Lucky -sonrió el doctor sin humorismo-. ¿Conoce algún hipnotizador que pueda ejercer su influencia a distancia sobre sujetos involuntarios? No, yo afirmo que alguna persona o algunas personas de Venus poseen el poder de dominar mentalmente y de forma absoluta a los demás seres. Y añado que ejercen este poder, que lo practican, y que cada vez logran mejores resultados en su uso. Cada día que pasa se hace más difícil luchar contra este poder. ¡Y es posible que ahora ya sea demasiado tarde para vencerlo!

4
UN CONSEJERO ACUSADO!

Las pupilas de Bigman llamearon.

-¡Nunca es tarde cuando llega Lucky! ¿Por dónde empezamos, Lucky?

-Por Lou Evans -repuso el terrestre quedamente-. Esperaba que usted lo nombrase, doctor Morris.

Morris juntó las cejas y contrajo el rostro en expresión ceñuda.

-Usted es amigo suyo. Querrá defenderle, lo sé. Bien, no es un relato agradable. No lo sería tratándose de un consejero... de un consejero cualquiera, pero siendo además amigo suyo...

-No deseo actuar por sentimentalismo, doctor Morris -objetó el joven consejero-. Conocí a Lou Evans tan bien como un hombre pueda conocer a otro. Y sé que es incapaz de hacer nada que pueda perjudicar al Consejo de la Tierra.

-Bien, escuche y juzgue por sí mismo. Durante la mayor parte de la gira efectuada por Evans en Venus, no realizó nada. Lo llamaron «enderezador de entuertos», expresión muy bonita y anticuada, pero no hizo nada.

-No se enfade, doctor Morris, pero ¿le molestó su llegada a Venus?

-No, claro que no. Aunque no comprendí el motivo. Aquí en Venus ya tenemos experiencia. Somos personas maduras. ¿Qué cabía esperar de un joven recién llegado de la Tierra?

-A veces, ayuda mucho una visión de fuera. -Tonterías. Repito, Lucky, que el mal estriba en que en la Central de la Tierra no consideran importante nuestro problema. El propósito de enviar aquí a Evans fue que echase una ojeada, se lavase las manos y regresara a la Tierra afirmando que aquí no pasaba nada.

-Conozco bien al Consejo de la Tierra para creer tal cosa. Y usted también.

-Bien -gruñó el venusiano-, hace tres semanas, Evans pidió, verificar algunos datos secretos relativos al cultivo de las variedades de hongos. Y los responsables de esta industria se opusieron a ello.

-¿Se opusieron? -se extrañó Lucky-. ¿A la petición de un consejero?

-Cierto, pero quienes se ocupan de dichas variedades de hongos son muy reservados. No es posible formularles tales demandas. Ni siquiera siendo uno consejero. Y se negaron a ello. Después, me trasladaron la petición de Evans y la rechacé.

-¿Sobre qué base? -inquirió Lucky.

-Evans no quiso contarme sus razones, y como yo soy el consejero decano de Venus, nadie de mi organización puede tener secretos conmigo. Bien, su amigo Evans hizo algo que yo no esperaba. Robó los datos. Utilizó su posición como consejero para penetrar en una zona acotada de las plantas de investigación, y se marchó con varios microfilmes en su maletín.

-Tendría buenos motivos.

-Oh, sí -asintió Morris-, sin duda. Los microfilmes se referían a unas fórmulas nutritivas necesarias para la alimentación y cultivo de una nueva y maravillosa variedad de hongos. Dos días más tarde, un obrero que fabricaba un componente de aquella mezcla introdujo en la misma una pizca de sales de mercurio. El hongo murió, arruinando seis meses de trabajo. El obrero juró no haber hecho tal cosa, pero sí lo había hecho. Nuestros psiquiatras lo psicosondearon. Sí, ya sabíamos cuál iba a ser el resultado. El obrero había padecido un oscurecimiento mental. El enemigo todavía no ha robado la variedad de hongos, pero se está aproximando a ello.

-Comprendo su teoría -Lucky frunció el ceño-. Lou Evans se ha pasado al enemigo, sea éste quien sea.

-Los habitantes de Sirio, estoy seguro.

-Tal vez -admitió Lucky. Los habitantes de los planetas del sistema de Sirio habían sido, desde hace muchos siglos, los enemigos mortales de la Tierra. Sí, era fácil acusarles a ellos-. Tal vez. Lou se pasó a ellos y accedió a conseguirles datos que les permitiese crear conflictos en el interior de las factorías de hongos. Al principio, pequeños problemas, que darían paso a otros mayores.

-Sí, ésta es mi teoría. ¿Puede usted ofrecer otra?

-Veamos. ¿No podría el consejero Evans estar bajo dominio mental?

-No es probable, Lucky. Actualmente, tenemos ya muchos casos en nuestros archivos. Ninguno de los que han padecido este dominio ha perdido el sentido durante más de media hora, y todos han presentado indicios de la psicosonda de períodos de amnesia total. Para hacer lo que hizo, Evans habría debido estar al menos dos días sometido al dominio mental, y además no dio señales de amnesia.

-¿Lo examinaron?

-Ciertamente. Cuando encontramos a un hombre con material secreto en su poder, atrapado en el acto, hay que adoptar severas medidas. Aunque fuese cien veces consejero. Sí, fue examinado y yo, en persona, lo sometí a prueba. Cuando quebrantó el sondeo para enviar un mensaje con su propio equipo, intervinimos su teleondímetro para asegurarnos de que no volvería a repetir tal cosa... o al menos, sin que nosotros interceptásemos los mensajes emitidos o captados. El mensaje que le envió a usted fue el último. Y terminarnos el juego con él. Ahora está encerrado. Y yo estoy preparando mi informe para el Centro, cosa que debí hacer mucho antes. Por esto, solicito que destituyan a Evans del departamento y sea procesado por corrupción, o quizá por alta traición.

-Antes de enviar el informe... - sugirió Lucky.

-¿Sí?

-Permita que hable con Evans.

Morris se puso en pie, sonriendo con ironía.

-¿Eso desea? Muy bien. Le llevaré a su lado. Está en este mismo edificio. En realidad, me gustaría escuchar su defensa.

Descendieron por una rampa, y los guardias se ponían firmes y saludaban.

Bigman los miró con extrañeza.

-¿Es esto acaso una prisión?

-Una especie de cárcel en estos pisos -afirmó Morris-. En Venus construimos los edificios para diversos propósitos a la vez.

Penetraron en un cubículo y, de repente, sin previo aviso, Bigman prorrumpió en una sonora carcajada.

-¿Qué te pasa, amigo? -preguntó Lucky, sin lograr reprimir una sonrisa.

-Poca cosa... nada. Es que resulta todo muy gracioso -jadeó el pequeño marciano, con lágrimas en los ojos- Sí, estás muy gracioso con el labio superior desnudo, después de tantos bigotazos como acabo de ver... Pareces deforme. Es como si alguien hubiese cogido una electropodadera y te hubiese cortado el bigote que deberías lucir.

Morris sonrió ante estas palabras y se pasó el dorso de su velluda mano por el bigote, conscientemente orgulloso de aquel adorno capilar.

-Sí, es gracioso -Lucky ensanchó su sonrisa- Y yo pensaba exactamente lo mismo de ti, Bigman.

-Aguardaremos aquí -les advirtió Morris-. Ahora vendrá Evans.

Su índice se apartó de un botón de la pared.

Lucky examinó la estancia. Era mucho más pequeña que el salón de Morris, y también más impersonal. Los únicos muebles eran unas butacas y un sofá tapizados, una mesita en el centro del cuarto y otras dos más altas cerca de las falsas ventanas. Detrás de cada una de éstas había un paisaje marino hábilmente pintado. Una de las mesas sostenía un acuario; en la otra se hallaban dos platos con guisantes secos uno y una sustancia negra y grasienta el otro.

La mirada de Bigman siguió automáticamente la de Lucky por el aposento.

-Oye, Lucky -preguntó de pronto-, ¿qué es esto? -casi corrió hacia el acuario y se inclinó para mirar en su interior-. Mira esto, ¿qué es?

-Una de las V-ranas domésticas que la gente tiene aquí -aclaró Morris- Este es un, buen ejemplar. ¿No habían visto ninguno?

-No -respondió Lucky.

Fue hacia el acuario, que medía medio metro cuadrado por uno de profundidad. El agua estaba medio llena de algas plumosas.

-No muerde, ¿verdad? -inquirió Bigman, agitando el agua con un dedo índice e inclinándose más.

La cabeza de Lucky se juntó a la de su amigo. La V-rana les miró con solemnidad. Era un bicho pequeño, de unos -veinte centímetros de longitud, con una cabeza triangular en la que abultaban dos ojos negros. Se apoyaba en seis pies membranosos muy cerca del cuerpo. Cada pie tenía tres dedos largos delante y otro detrás. Su piel era verdosa, como la de una rana terrestre, y mostraba unas aletas rizadas que vibraban rápidamente, ondulando a lo largo de la línea central de su dorso. En vez de boca tenía un pico fuerte, curvado, como el de los loros.

Mientras Lucky y Bigman la contemplaban, la V-rana empezó a ascender en el agua. Sus pies continuaron apoyados en el suelo del acuario, pero sus patas se extendieron como zancos altísimos, al enderezarse, sus innumerables articulaciones. Dejó de elevarse cuando su cabeza estaba a punto de aflorar a la superficie del agua.

Morris, que estaba con ellos, contemplando afectuosamente al animal, murmuró:

-No le gusta salir del agua. Hay demasiado oxígeno en el aire. Les gusta el oxígeno, pero con moderación. Son unos seres blandos y amables.

Bigman estaba entusiasmado. Prácticamente, en Marte no existía ningún animal nativo, por lo que los seres vivos de esta clase eran una novedad para él.

-¿Dónde viven? -quiso saber.

Morris metió un dedo en el agua y acarició la cabeza de la rana venusiana. Esta se lo permitió, cerrando los ojos con movimientos espasmódicos, lo que podía significar el deleite que experimentaba ante aquella caricia.

-Se reúnen en gran cantidad en los bosques de algas -explicó Morris-. Y se mueven como formando una selva. Sus largos dedos pueden sostener tallos de algas, y con sus picos desgarran las espesuras más densas. Probablemente podrían hacer un profundo corte en el dedo de un hombre, pero, que se sepa, jamás ha intentado morder ninguna. El hotel dispone de una colección muy completa grupos familiares, en exposición. ¿No la han visitado?

-No tuvimos tiempo de nada -respondió Lucky.

Bigman se acercó a la otra mesa, cogió un guisante, lo mojó en la grasa negra y lo sostuvo tentadoramente ante la rana. Esta sacó la cabeza del agua y con el pico le quitó el guisante al marciano, que rió encantado.

-¿Han visto? -exclamó.

Morris sonrió amorosamente como ante la travesura de un niño.

-¡La muy bribona! Come eso todo el día. Miren como lo engulle.

La V-rana estaba masticando. Por un costado del pico se escurrió una gotita negra, y al momento el animal plegó sus patas y se agachó en el agua. Abrió el pico y atrapó la gota negra.

-¿Qué sustancia es ésa? -se interesó Lucky.

-Guisantes empapados en grasa vegetal. La grasa es una exquisitez para ellas. Difícilmente pueden encontrar hidrocarburos puros en su ambiente natural. Y les gusta tanto que no me extrañaría que se dejasen atrapar para conseguirla por este sistema.

-¿Cómo las capturan?

-Cuando los pesqueros recogen las algas, siempre hay V-ranas en la pesca. Y otros animales.

-Eh, Lucky, me gustaría pescar una y... -empezó a decir Bigman.

Se vio interrumpido por la entrada de dos guardias. Entre ambos iba un joven rubio y esbelto.

Lucky se puso en pie.

-¡Lou Lou, viejo amigo! -exclamó, extendiendo la mano muy sonriente.

Por un momento pareció como si el otro quisiera contestar. Por sus pupilas cruzó un destello gozoso.

El destello se extinguió rápidamente. Sus brazos continuaron caídos a los costados.

-Hola, Starr -articuló lentamente.

Lucky retiró la mano con extrañeza.

-No nos habíamos visto desde que nos licenciamos -dijo.

Una pausa. ¿Qué más se le puede decir a un viejo amigo?

El rubio consejero no parecía darse cuenta de lo incongruente de la situación.

Han ocurrido algunos cambios desde entonces -murmuró, aludiendo con un gesto a los guardias y sonriendo con humor macabro-. ¿Por qué has venido? -añadió, apretando los labios espasmódicamente-. -¿Por qué no me hiciste caso? Te lo ordené.

-No puedo cruzarme de brazos cuando un amigo está en un aprieto, Lou.

-Hay que esperar a que le pidan ayuda a uno, Lucky.

-Creo que estamos perdiendo el tiempo -intervino Morris-. Usted, Lucky, piensa en él como consejero. Yo afirmo que es un renegado.

El grueso venusiano pronunció la palabra por entre sus apretados dientes como un trallazo. Evans enrojeció, pero no dijo nada.

-Necesito una prueba hasta el último átomo -le reconvino Lucky-, antes de admitir este insulto en relación con el consejero Evans.

Subrayó la palabra «consejero».

Lucky tomó asiento. Durante un largo instante contempló a su amigo y éste desvió la mirada.

-Doctor Morris -prosiguió Lucky-, ordene que se retiren los guardias. Yo me hago responsable de la seguridad de Evans.

Morris enarcó as cejas, pero al cabo de un segundo hizo un gesto a los guardias.

-Si no te molesta, Bigman -continuó Lucky-, pasa al cuarto contiguo, ¿quieres?

Bigman asintió y salió.

-Lou, estamos los tres solos -manifestó Lucky tras una breve pausa-. Tú, el doctor Morris y yo, nada más. Tres miembros del Consejo de Ciencias. Bien, empecemos por el principio. ¿Te llevaste datos secretos relativos a la fabricación de hongos de los archivos?

-Sí -admitió Lou Evans.

-Entonces, tuviste buenos motivos para ello. ¿Cuáles?

-Óyeme. Yo robé los papeles. Los robé. Lo admito. ¿Qué más quieres? No tuve ningún motivo. Simplemente, lo hice. Y ahora, olvida este asunto. Déjame en paz. Déjame tranquilo.

Le temblaban los labios.

-Usted ha querido escuchar su defensa -intercaló Morris-. Aquí la tiene, Lucky. No hay ninguna.

-Supongo que sabes -insistió Lucky- que se produjo un accidente en la fábrica, accidente relacionado con la variedad de hongos cuya documentación te habías llevado poco antes.

-Sí, lo sé -asintió Evans.

-¿Cómo lo explicas?

-No tengo explicación.

Lucky estaba estudiando a Evans, buscando alguna señal del joven simpático, humorista y de nervios de acero que recordaba de la academia. Aparte el nuevo bigote, de acuerdo con el estilo de Venus, el hombre que Lucky tenía delante apenas se parecía al muchacho de aquellos tiempos, aparte del aspecto físico. Las mismas extremidades largas, el cabello rubio muy corto, la barbilla angulosa, puntiaguda, el estómago liso, el cuerpo atlético. Pero en lo demás... Los ojos de Evans se movían angustiosamente de un punto a otro; sus labios temblaban, estaban resecos; las uñas mordidas, raídas casi.

Lucky luchó consigo mismo antes de plantear la pregunta siguiente. Estaba hablando con un amigo, un hombre al que había conocido bien, un hombre cuya lealtad jamás había sido puesta en duda, y por la cual él habría apostado la vida.

-Lou -preguntó en voz baja-, ¿te has vendido?

-No hay respuesta -replicó Evans con voz neutra.

-Lou, vuelvo a preguntártelo. Primero quiero que sepas que estoy de tu parte, a pesar de tus acciones. Si has traicionado al Consejo debe de existir un motivo. Dinos cuál es. Si te han droga¬do o forzado, ya física, ya mentalmente, si te han hecho objeto de una extorsión o si han amenazado a algún familiar tuyo, dínoslo. Por favor, Lou, aunque te hayas visto tentado con ofertas mone¬tarias o de poder, aunque se trate de algo tan brutal como esto, dínoslo. No existe ningún error que no pueda repararse con la sinceridad. ¿Y bien...?

Por un momento, Lou Evans pareció conmo¬vido. Sus pupilas azules contemplaron a su amigo con pesar.

-Lucky, yo... -de pronto se extinguió aquel impulso y exclamó-: ¡No hay respuesta, Starr, no hay respuesta!

Ya está bien, Lucky -comentó Morris, cru¬zándose de brazos-. Esta es su actitud. Sólo que él posee cierta información que nosotros necesi¬tamos y que, por Venus, la obtendremos de un modo o de otro.

-Aguarde -rogó Lucky.

-No podemos aguardar -replicó Morris-. Métase esto en la cabeza. No hay tiempo. No hay tiempo en absoluto. Esos pretendidos accidentes son cada vez más graves a medida que el enemigo se aproxima a su objetivo. Necesitamos saberlo todo ahora.

Y su gordezuelo puño se abatió sobre el brazo de su butaca, en el instante en que el comunica¬dor hacía sonar una señal.

-¡Llamada de emergencia! -gritó Morris frunciendo el ceño-. ¿Qué diablos espaciales...?

Conectó el circuito y se llevó el receptor al oído.

-Morris al habla. ¿Qué ocurre...? ¿Cómo... ¿CÓMO?

Soltó el receptor y en su rostro, cuando lo volvió hacia Lucky, se veía la palidez de un ca¬dáver.

-Hay un hombre hipnotizado en la escotilla número veintitrés -casi se ahogó al decirlo.

Lucky tensó su ágil cuerpo como un muelle de acero.

-¿A qué escotilla se refiere? ¿A alguna de la cúpula?

Morris asintió y consiguió explicar, después de aclararse la garganta:

-Ya dije que estos accidentes son cada vez más graves. Esta vez se trata de la cúpula marina. Ese hombre está en una escotilla... ¡y en cual¬quier momento puede dejar penetrar el océano en Afrodita!

5
¡CUIDADO CON EL AGUA!

Desde el autogiro, que iba a toda velocidad, Lucky captó vislumbres de la poderosa cúpula de arriba. Una ciudad construida bajo el agua, reflexionó, requiere milagros de ingeniería para que resulte práctica.

En muchos lugares del sistema solar había ciudades bajo cúpulas. Las más antiguas y famosas eran las de Marte. Pero en aquel planeta, la gravedad era sólo dos quintos de la normal de la Tierra, y la presión sobre las cúpulas marcianas era sólo la de una atmósfera tenue, rarificada.

En Venus, la gravedad era cinco sextos de la normal de la Tierra, y las cúpulas venusianas estaban debajo del agua. Aunque todas estaban asentadas en mares superficiales, de modo que sus cúspides casi afloraban fuera del agua en las mareas bajas, todavía era cuestión de soportar millones de toneladas de agua.

Lucky, como la mayoría de terráqueos (y también de los venusianos, en realidad), tendía a no conceder importancia a estos logros de la humanidad. Pero ahora, con Lou Evans de nuevo en prisión y el problema que se relacionaba directamente con él momentáneamente olvidado, la fértil mente de Lucky reflexionaba arduamente, memorizando todos sus conocimientos en este asunto.

-¿Cómo se sostiene la cúpula, doctor Morris? -inquirió.

El grueso venusiano había recobrado su compostura. El autogiro se dirigía raudamente al sector amenazado. Sus palabras sonaron duras, inquietas.

-Mediante campos de fuerza diamagnética en estructuras de acero -explicó-. Parece como si fuesen las columnas de acero las que sostienen la cúpula, pero no es así. El acero no es bastante fuerte. En realidad, la resistencia se debe a los campos de fuerza.

Lucky contempló las calles llenas de gente y de vida.

-¿Se habían producido anteriormente accidentes de este tipo? -indagó.

-¡Gran espacio! -exclamó Morris-. No como éste. Llegaremos allí dentro de cinco minutos.

-¿Se adoptaron precauciones contra los accidentes? -quiso saber Lucky.

-Naturalmente. Poseemos un sistema de alarma y reajustadores de campos automáticos a toda prueba, por lo que se ha podido comprobar. Además, toda la ciudad está construida por segmentos. Cualquier fallo local en la cúpula hace descender mamparas de transita, apoyados por campos de fuerza subsidiarios.

-Entonces, esta ciudad no puede quedar destruida aunque el océano se precipite dentro. ¿Sabe todo eso la población?

-Ciertamente. La gente sabe que estamos protegidos, aunque podría quedar arruinada una buena parte de la ciudad. Se perderían vidas, y los daños materiales serían espantosos. Peor aún, si es posible dominar a algunos hombres para que provoquen esta clase de accidentes en esta ocasión, tal vez no sea difícil repetirlo.

Bigman, que era el tercer ocupante del autogiro, miró ansiosamente a Lucky. El alto terráqueo estaba absorto y sus cejas se hallaban unidas en un grave fruncimiento.

-¡Ya hemos llegado! -anunció de pronto Morris.

El autogiro moderó la marcha hasta detenerse en seco.

El reloj de Bigman señalaba las dos y cuarto, lo cual no significaba nada. La noche de Venus duraba dieciocho horas, y bajo la cúpula no había día ni noche.

Las luces artificiales resplandecían como de costumbre. Los edificios ofrecían la misma claridad. Si la ciudad parecía distinta en algo, era sólo en los actos de sus habitantes. Estos surgían en grandes grupos de las diversas secciones de la ciudad. La noticia de la crisis se había propagado por la magia misteriosa de la voz humana, y todo el mundo acudía a presenciar la catástrofe, muertos de morbosa curiosidad, como si se tratase del desfile de un circo, o como cuando los hombres se dirigían en la Tierra a un concierto magnetónico.

Los policías intentaban contener a la muchedumbre, y les costó bastante abrir paso a Morris y sus dos acompañantes. Ya había descendido un tabique de transita, bloqueando la sección amenazada por la tromba de agua.

Morris guió a Lucky y Bigman a través de una ancha portalada. El rumor de la multitud quedó ahogado a sus espaldas. Dentro del edificio, un hombre avanzó rápidamente hacia Morris.

-Doctor... -empezó.

Morris levantó la mirada y procedió a efectuar las presentaciones.

-Lyman Turner, ingeniero jefe. David Starr, del Consejo. Bigman Jones.

Luego, a una señal procedente del otro lado de la estancia, echó a correr con sorprendente velocidad para su mole.

-¡Turner se ocupará de ustedes dos! -gritó por encima del hombro.

-¡Eh, un momento, doctor Morris! -le llamó Turner, sin que el otro le hiciera caso.

Lucky le hizo un gesto a Bigman, y el pequeño marciano siguió velozmente al consejero venusiano.

-¿Va en busca del doctor Morris? -preguntó Turner, con cierta inquietud, acariciando una caja rectangular que llevaba suspendida al hombro por una correa.

Tenía un rostro demacrado y cabello rojizo castaño, una prominente nariz ganchuda, una serie de pecas, y una boca ancha. Su semblante mostraba una expresión preocupada.

-No -explicó Lucky-. Morris tal vez tenga necesidad de mi amigo. Y le he pasado a éste la consigna de que no le pierda de vista ni un solo instante.

-No sé de qué servirá eso -rezongó el ingeniero-. No sé de qué servirá.

Encajó un cigarrillo entre sus labios, y distraídamente le ofreció otro a Lucky. La negativa del terráqueo pasó inadvertida unos momentos, en tanto Turner continuaba de pie, sosteniendo el paquete de plástico de los cigarrillos a la longitud del brazo, perdido en sus tumultuosos pensamientos.

-Están evacuando el sector amenazado, ¿verdad? -inquirió Lucky.

Turner retiró el paquete de cigarrillos con cierto sobresalto y chupó ferozmente el que tenía entre los labios. Por fin lo dejó caer y lo aplastó con la suela del zapato.

-Sí -asintió-, pero no sé...

Dejó la frase sin terminar.

-Esta divisoria de transita -continuó Lucky-, es muy segura, ¿eh?

-Sí..., sí... -musitó el ingeniero jefe.

-Pero usted no está satisfecho -insistió Lucky, tras una pausa-. ¿Qué quería decirle al doctor Morris?

El ingeniero miró fugazmente a Lucky y luego a la caja negra que llevaba.

-Nada -repuso-. Olvídelo.

Estaban solos en un rincón de la habitación. De pronto, entraron varios hombres con trajes presurizados y los cascos en la mano, secándose el sudor que perlaba sus frentes. Parte de sus comentarios llegaron a los oídos de Lucky.

-... no quedan más de tres mil personas. Estarnos utilizando las escotillas de emergencia...

-... no logro alcanzarle. Lo he intentado todo. Su esposa está ahora en los etéricos suplicándole...

-... Maldición, tiene la palanca en la mano. Sólo tiene que empujarla y...

-Si pudiésemos acercarnos lo bastante para disparar un desintegrador... Si supiéramos que no ha de vernos antes y...

Turner parecía escuchar aquellos comentarios con turbia fascinación, pero no se movió del rincón. Encendió otro cigarrillo que aplastó al momento.

-¡Mire esa multitud! -exclamó ferozmente-. ¡Para ellos es una diversión! ¡Una excitación! Oh, no sé qué hacer. Le aseguro que no sé qué hacer.

-¿De qué se trata? -la voz de Lucky contenía autoridad.

Turner contempló la caja negra como si la viera por primera vez.

-Es mi computadora. Un modelo portátil especial, diseñado por mí -por un momento, el orgullo ahogó sus preocupaciones-. En toda la galaxia no hay otra igual. Siempre la llevo conmigo. Por esto sé...

Calló otra vez.

-Está bien, Turner -le espetó Lucky con tono duro-. ¿Qué es lo que sabe? Vamos, empiece a hablar. ¡Deprisa!

La mano del joven consejero se apoyó en el hombro de Turner y su presión aumentó un poco.

Turner levantó la vista' sobresaltado, pero la mirada sosegada del terráqueo ahuyentó sus temores.

-¿Cuál es su nombre, por favor? -preguntó.

-David Starr.

-¿El mismo a quien llaman Lucky Starr?

-El mismo.

-Está bien, se lo contaré, pero no puedo hablar muy alto. Es peligroso.

Empezó a susurrar, y Lucky inclinó la cabeza hacia él. Los dos se olvidaron por completo de los atareados individuos que entraban y salían de la estancia.

Las palabras de Turner surgían de entre sus labios como si estuviera contento de librarse de ellas.

-Los muros de la cúpula son dobles. Cada uno está hecho de transita, que es el plástico de silicona más duro y resistente que conoce la ciencia. Y está respaldado por las pilastras de fuerza. Por consiguiente, pueden soportar inmensas presiones. La transita es totalmente insoluble. No se agrieta. Ni crece en ella ninguna forma de vida. No cambia químicamente como resultado de las modificaciones en el océano venusiano, Entre las dos partes del doble muro hay anhídrido carbónico comprimido. Esto serviría para neutralizar la onda de choque si cediera la pared exterior, y como es natural, la interior es lo bastante resistente como para contener el agua. Finalmente, existe una colmena de divisorias entre los muros, de modo que sólo pequeñas porciones de la parte intermedia quedarían inundadas en caso de un alud.

-Es un sistema muy elaborado -reconoció Lucky.

-Demasiado -asintió Turner con amargura-. Un terremoto, o venusmoto, como quiera llamarlo, podría partir la cúpula en dos, pero no destruiría nada más. Y en esta zona del planeta no se producen venusmotos. Más aún -añadió, encendiendo otro cigarrillo con manos temblorosas-, cada metro cuadrado de la cúpula se halla unido por un cable a unos instrumentos que constantemente miden la humedad existente entre las paredes. A la menor señal de rotura, las agujas de tales instrumentos saltarían. Aunque la rotura fuese

microscópica, totalmente invisible, saltarían lo mismo. Y entonces sonarían timbres y campanas de alarma. Todo el mundo gritaría: «¡Cuidado con el agua!»

Turner sonrió torvamente. Luego prosiguió:

-¡Cuidado con el agua! Qué risa... Llevo diez años en mi labor, y en todo ese tiempo los instrumentos solamente han dado la alarma cinco veces. Y en todas ellas, las reparaciones se han ejecutado en menos de una hora. Se clava una campana de buzo en la parte afectada de la cúpula, se bombea el agua hacia fuera, se efectúa una soldadura en la transita, se añade otra gota de esta sustancia y se deja enfriar. Después, la cúpula queda más fuerte que antes. ¡Cuidado con el agua! Jamás hemos padecido una sola filtración.

-Entiendo -dijo Lucky-. Bien, vamos ahora al punto importante.

-Es altamente confidencial, señor Starr. Nosotros hemos separado este sector peligroso, pero ¿qué resistencia tiene la divisoria? Siempre contamos con que el muro exterior sufra una filtración gradual. El agua penetraría gota a gota, y nos sobraría incluso tiempo para localizar la grieta y obturarla. Jamás se nos ocurrió pensar que algún día pudiera abrirse por completo una escotilla. Entonces, el agua penetraría aquí como una viga de acero, moviéndose a un kilómetro por segundo. Haría impacto con la barrera de transita como una nave espacial a plena aceleración.

-¿No resistiría la divisoria?

-Nadie se ha ocupado de este problema. Nadie ha computado las fuerzas involucradas... hasta hace media hora. Yo lo he hecho, sólo para pasar el tiempo, mientras trataban de remediar la inminente catástrofe. Con mi computadora. Repito que siempre la llevo encima. De modo que efectué ciertas suposiciones y la hice funcionar.

-¿Y el resultado...?

-No estoy seguro. No sé hasta qué punto fueron acertados mis cálculos, pero pienso que la barrera de transita no resistiría la presión del agua. Creo que no. Bien, ¿qué podemos hacer? Si la barrera no resiste, Afrodita será destruida. Toda la ciudad. Usted, yo y un cuarto de millón de personas. Todo el mundo. Esa muchedumbre de ahí fuera que se muestra tan excitada y entusiasmada morirá en masa una vez que la mano de ese individuo empuje hacia abajo la palanca que está empuñando.

Lucky contempló a su interlocutor horrorizado.

-¿Cuánto tiempo hace que sabe esto?

-Media hora -respondió el ingeniero a la defensiva-. ¡No podemos repartir trajes submarinos a un cuarto de millón de personas! Pensaba contárselo a Morris, y proteger tal vez a ciertas personalidades de la ciudad, o a las mujeres y los niños. No sabría cómo escoger a los que deberían salvarse, pero pienso que habría que actuar lo antes posible. Hacer algo. ¿Qué opina usted?

-No lo sé.

-Tal vez si me pusiera un traje submarino -prosiguió el ingeniero, con tono apremiante-, lograría salir de aquí, de la ciudad. Ante el peligro, los guardias no deben de estar en sus puestos y...

Lucky se apartó del tembloroso ingeniero y entrecerró los ojos.

-¡Gran Galaxia! ¡He estado ciego! -exclamó de pronto.

Dio media vuelta y salió de la habitación como una flecha, su cerebro atormentado por una idea desesperada.

6
¡DEMASIADO TARDE!

Bigman se sintió mareado con tanta confusión. Yendo lo más pegado posible a los talones del inquieto Morris, fue trotando de grupo en grupo, escuchando conversaciones en voz baja que no siempre entendía a causa de su ignorancia del planeta Venus.

Morris no podía descansar. Cada nuevo minuto se presentaba un hombre, un nuevo informe, una nueva decisión. Sólo hacía veinte minutos que el marciano iba detrás del consejero de Venus, y ya había oído proponer y descartar una docena de planes.

Un individuo que acababa de llegar del sector amenazado manifestaba en medio de sonoros jadeos:

-Lo tienen enfocado con los rayos espías, y podemos distinguirlo. Está sentado con la palanca en la mano. Ahora hemos dirigido hacia él la voz de su esposa a través de los etéricos, luego por medio del sistema de discursos públicos, y por fin mediante el altavoz exterior. Creo que no la oye. Al menos, no se mueve.

Bigman se mordió el labio. ¿Qué haría Lucky de estar allí? La primera idea que se le ocurrió a Bigman fue situarse detrás del individuo de la escotilla, que se llamaba Poppnoe, y matarlo. Pero ésta había sido la primera idea de todo el mundo, descartada por todos al momento. El hombre de la palanca se había encerrado, y las cámaras de control de la cúpula habían sido cuidadosamente diseñadas para impedir cualquier forma de intromisión. Todas las entradas estaban completamente unidas por cables a los timbres y sirenas de alarma, mediante una corriente interior. Ahora, esta precaución podía resultar fatal, no protegiendo a Afrodita, sino colocándola bajo un enorme peligro.

Al primer timbrazo, a la primera señal lumínica, Bigman estaba seguro de que el hombre haría funcionar la palanca y el océano de Venus entraría en tromba en la ciudad. No, no podía correr ese riesgo mientras la evacuación no fuese completa.

Alguien sugirió el gas ponzoñoso, pero Morris sacudió negativamente la cabeza sin más explicaciones. Bigman creyó saber qué pensaba el venusiano. El individuo de la palanca no estaba enfermo, ni loco, ni era un malvado nato, sino que se hallaba sometido a control mental. Esto significaba que existían dos enemigos: Poppnoe en la palanca, considerado en sí mismo, que tal vez se debilitaría por el efecto tóxico del gas hasta no poder mover la palanca físicamente, pero antes de eso, la debilitación se reflejaría en su cerebro, y los hombres que le controlaban harían funcionar los músculos de su brazo con la máxima rapidez.

-¿A qué esperan? -gruñó Morris en voz baja, en tanto el sudor resbalaba a chorros por sus mejillas-. Si pudiera apuntar un cañón atómico hacia allí...

Bigman comprendió que esto también era imposible. Un cañón atómico apuntado contra aquel individuo, incluso desde la mayor distancia posible, liberaría suficiente energía para atravesar medio kilómetro de arquitectura, y dañaría la cúpula de tal forma que seguramente atraería velozmente el peligro que trataban de evitar.

«¿Dónde está Lucky?», pensó.

-Si no es posible llegar hasta ese tipo -observó en voz alta-, ¿qué hay de los controles?

-¿A qué se refiere? -quiso saber Morris.

-Me refiero a atacar la palanca. Hace falta fuerza mecánica para abrir la escotilla, ¿verdad? Bien, ¿y si cortásemos dicha fuerza?

-Buena idea, Bigman. Pero cada escotilla posee su propio generador de fuerza para un caso de emergencia.

-¿No puede ser paralizado desde fuera?

-¿Cómo? Ese individuo está encerrado en un lugar donde cada decímetro cúbico está sembrado de alarmas.

Bigman levantó la vista y, mentalmente, creyó divisar el poderoso océano que les cubría.

-Sí, ésta es una ciudad encerrada en sí misma, como las de Marte -masculló-. Nosotros tenemos que bombear el aire. ¿No lo hacen también ustedes?

Morris se llevó un pañuelo a la frente y la enjugó lentamente. Miró fijamente al pequeño marciano.

-Sí. Se refiere a los conductos de ventilación, ¿eh?

-Claro. Tiene que haber uno que dé directamente a la escotilla, ¿no?

-Sí.

-¿Y no hay algún punto a lo largo de la conducción donde sea posible arrancar un cable o algo?

-Un momento. Una microbomba enviada por el conducto, en lugar del gas venenoso de que hablábamos...

-No sería segura -objetó Bigman con impaciencia-. Envíe un hombre. Para una ciudad submarina, los conductos han de tener un diámetro bastante grande. ¿No cabría un hombre?

-No son tan grandes -refunfuñó Morris.

Bigman tragó saliva penosamente. Le costaba mucho hacer la siguiente observación.

-Yo no soy demasiado alto... Tal vez cabría.

Morris, contemplando al marciano con los ojos muy abiertos, exclamó:

-¡Por Venus! ¡Claro que cabría! ¡Cabría! ¡Venga conmigo¡

Por el aspecto de las calles de Afrodita, parecía como si ni un solo hombre, mujer o niño de la ciudad durmiese. Fuera de la barrera de transita y rodeando el «centro de rescate», la gente embotellaba cada avenida, convergiendo hacia allí, y transformando las calles en negras masas de humanidad parloteante. Se habían colocado cadenas y, detrás de ellas, los policías provistos de armas antidisturbios se paseaban incansablemente.

Lucky, que al salir del Centro se encontró ante una impresionante barrera humana, vio frenada su carrera por aquellas cadenas. Ante su mirada estallaron un centenar de impresiones. En el cielo de Afrodita, sin soporte visible, se veía el brillante signo, en caracteres de lucita, que giraba lentamente:

BIEN VENIDO A AFRODITA,
EL RINCON MÁS HERMOSO DE VENUS

Muy cerca, unos hombres se movían en fila, Llevaban objetos extraños: carteras repletas, joyeros, ropas echadas al hombro. Uno a uno, subían a los aerocoches. Era obvio qué y quiénes eran: refugiados de la zona amenazada, que pasaban por la puerta de emergencia con todo lo que podían acarrear de importancia personal. La evacuación se hallaba en marcha. En la fila no había mujeres ni niños.

-¿Puedo utilizar algún aerocoche? -le gritó Lucky a un policía.

El aludido levantó la cabeza.

-No, señor, todos están ocupados.

-Asunto del Consejo -replicó Lucky con impaciencia.

-No puedo complacerle. Esos individuos han acaparado todos los transportes aéreos de la ciudad.

Su pulgar indicó la fila de hombres que avanzaban a cierta distancia.

-Es importante. He de salir de aquí.

-Pues tendrá que ir andando -respondió el policía.

Lucky apretó los dientes. No había forma de pasar a través del gentío a pie o sobre ruedas. Tenía que hacerlo por el aire y ahora mismo.

-¿No hay nada por aquí que pueda usar? ¿Nada?

No se dirigía al policía, sino a su propia impaciencia, iracundo por verse vencido de manera tan simple por el enemigo.

-A menos que utilice un brincador... -el policía se encogió de hombros.

-¿Un brincador? ¿Dónde está? -los ojos de Lucky llamearon.

-Era una broma -sonrió el policía.

-No para mí. ¿Dónde está el brincador?

Había varios en el sótano del edificio del que acababa de salir. Estaban desarticulados. Lucky logró que cuatro hombres le ayudasen, y la máquina de mejor aspecto fue ensamblada fuera del local. La gente que se hallaba más cerca contemplaba la operación con curiosidad, y algunos gritaron burlonamente:

-¡Salta, salta, brincador!

Era el viejo grito de las carreras de brincadores. Cinco años atrás fueron la monomanía de todo el sistema solar: carreras sobre pistas de obstáculos. Mientras duró aquella locura, Venus fue el planeta más entusiasmado de todos. Probablemente, la mitad de los edificios de Afrodita tenían brincadores en sus sótanos.

Lucky comprobó la microbatería. Estaba bien. Embragó y el giroscopio empezó a girar. El brincador se enderezó al instante y permaneció erguido sobre su única pata.

Los brincadores constituían la forma de transporte más grotesca de todas las inventadas. Consistían en una estructura curvada, lo bastante grande para contener a un hombre en los mandos. Arriba había un rotor de cuatro aspas, y abajo una sola pata de metal con la punta de goma. Parecía una gigantesca ave zancuda, dormida sobre una pata doblada bajo su cuerpo.

Lucky accionó la palanca de saltos y la pata se plegó. El cuerpo se hundió hasta que estuvo apenas a dos metros del suelo, mientras la pata ascendía por el tubo hueco que atravesaba el brincador por detrás del cuadro de mandos. La pata fue soltada en el momento de mayor retroceso con un audible clic, y el brincador saltó diez metros en el aire.

Las aspas giratorias lo mantuvieron en el aire varios segundos en lo más elevado del salto. Durante dichos segundos, Lucky obtuvo una visión de la gente que tenía inmediatamente debajo. La muchedumbre se extendía durante un kilómetro, lo cual significaba varios saltos. Lucky apretó los labios. Perdería unos minutos preciosos.

El brincador ya descendía, su larga pata extendida. La gente que estaba debajo trató de apartarse, pero no hacía falta. Cuatro chorros de aire comprimido apartaron al gentío lo suficiente, y la pata se posó en el suelo sin daño alguno para nadie.

La punta de goma tocó el cemento y retrocedió. Durante una fracción de segundo, Lucky contempló los asustados rostros de la gente. Luego, el brincador volvió a saltar.

Lucky reconoció la excitación de una carrera de brincadores. De joven, había participado en varías. El experto «jinete de brincos» podía hacer girar su curiosa montura de manera increíble, hallando lugar para la pata donde prácticamente no había ninguno. En las ciudades con cúpula de Venus, las carreras habían sido un juego de niños en comparación con las efectuadas en las vastas pistas de terreno escarpado de la Tierra.

En cuatro saltos, Lucky dejó atrás a la multitud. Cerró los motores, y con una serie de saltos pequeños, bien dirigidos, el brincador hizo alto. Lucky saltó al suelo. El viaje aéreo podía ser aún imposible, pero ahora podía utilizar alguna forma de vehículo terrestre.

Sin embargo, perdería más tiempo.

Bigman jadeó y se detuvo un instante para recuperar el aliento. Todo había sucedido con suma rapidez; se había visto precipitado en una marea que todavía le enviaba hacia adelante.

Veinte minutos antes le había hecho a Morris su sugerencia. Y ahora se hallaba encerrado en un tubo que se apretujaba en torno a su cuerpo, envolviéndole en tinieblas.

Continuó avanzando a rastras sobre los codos, hundiéndose cada vez más a lo largo de la conducción. De vez en cuando se detenía para usar la pequeña linterna cuyo cono de iluminación le mostraba unas paredes lechosas al frente, que se iban estrechando hasta juntarse. En una manga, junto a la muñeca, llevaba un diagrama dibujado apresuradamente.

Morris le había estrechado la mano antes de que Bigman, medio trepando, medio saltando, penetrase por la abertura del tubo al lado de una estación de bombeo de aire. Las aspas del enorme ventilador se hallaban paradas, cesando así la corriente de aire.

-Espero que esto no provoque la catástrofe -murmuró Morris al estrecharle la mano al marciano.

Bigman sonrió después y se arrastró hacia la oscuridad, en tanto los demás se apartaban de allí. Nadie creyó necesario mencionar lo más obvio. Bigman iba a pasar al otro lado de la barrera de transita, el lado del que los demás huían ahora. Si en cualquier momento caía la

Librodot

palanca en la escotilla de la cúpula, el agua del océano invadiría aquel conducto, derribando sus paredes como si fuesen de cartón.

Bigman se preguntó, en tanto iba avanzando, si primero oiría un estruendo, si las tumultuosas aguas insinuarían su presencia antes de envolverle. Esperaba que no fuese así. Deseaba no tener que esperar ni un segundo. Si el agua invadía el tubo, deseaba que lo hiciese a la máxima velocidad.

Intuyó que el muro se curvaba. Se detuvo a consultar el plano, mientras la linterna iluminaba el espacio que le rodeaba con un resplandor helado. Era la segunda curva que señalaba el diafragma, y ahora el conducto se curvaba hacia arriba.

Bigman se colocó de costado y se dobló en torno a la curva, arañándose la sien y una mejilla.

-¡Por las arenas de Marte! -exclamó.

Le dolían los músculos de los muslos al tener que forzar las rodillas contra cada lado del conducto para no resbalar de nuevo hacia atrás. Así fue abriéndose paso, centímetro a centímetro, por la suave cuesta interior.

Morris había copiado el plano de las jeroglíficas cartas sostenidas delante de un transmisor visiófono, en el Departamento de Obras Públicas de Afrodita. Había seguido las coloreadas líneas curvas, pidiendo la interpretación de las señales y los símbolos.

Bigman llegó a uno de los puntales de refuerzo que estaban colocados en diagonal a través del conducto. Casi le dio las gracias, por ser algo a lo que podía asirse, aferrar con las manos, utilizar para alejar parte de la presión de sus codos y rodillas lastimados. Guardó de nuevo el plano en su manga y se agarró al puntal con la mano izquierda. Con la derecha encendió la linterna, haciéndola recorrer el puntal de un extremo a otro, y la apoyó contra uno de los extremos.

La energía de la microbatería encerrada en la linterna, que ordinariamente enviaba la electricidad a través de la lamparita del extremo, convirtiéndola en luz, también podía, moviendo de manera distinta su control, formar un campo de fuerzas de radio corto por el extremo opuesto. Dicho campo de fuerzas podía cortar instantáneamente cualquier objeto interpuesto a su paso. Bigman accionó el control del campo de fuerzas, y supo al momento que un extremo del travesaño estaba cortado.

Cambió la linterna de mano. Entonces cortó el otro extremo del puntal. Este quedó suelto en sus dedos. Bigman hizo pasar su cuerpo, asentó los pies y soltó el puntal, que resbaló con estrépito por el tubo.

El agua aún estaba contenida. Bigman, jadeando y retorciéndose, estaba semiinconscientemente enterado de ello. Pasó por otros dos puntales y otra curva. Luego, la cuesta se niveló y por fin llegó a una serie de rebabas claramente marcadas en el plano. En conjunto apenas había recorrido doscientos metros... ¿Cuánto había tardado?

El agua continuaba contenida.

Las rebabas, que en realidad eran unas láminas que sobresalían alternativamente a cada lado del tubo para mantener el aire en turbulencia, eran la última señal. Fue cortando rápidamente las hojas con la linterna, y a partir de la última tenía que contar tres metros de distancia. Volvió a utilizar la linterna, que medía quince centímetros de longitud, por lo que tenía que colocarla a lo largo de la pared veinte veces seguidas para obtener aquella longitud.

Resbaló dos veces, y otras tantas tuvo que retroceder hasta la última rebaba, murmurando en cada ocasión un sinnúmero de: «¡Arenas de Marte! »

A la tercera tentativa logró medir la distancia exacta. Mantuvo el dedo en el sitio indicado. Morris le había dicho que el lugar deseado estaría casi directamente encima de su cabeza. Encendió de nuevo la linterna, pasó el dedo a lo largo de la curvada superficie interna del tubo, y se apoyó de espaldas.

Utilizando la linterna como cortafrío y sosteniéndola lo más cerca que podía juzgar en la oscuridad, a medio centímetro de la superficie (el campo de fuerzas no debía cortar hasta muy lejos), trazó un círculo. Una rueda metálica cayó a sus pies y la empujó a un lado.

Concentró la luz en el conjunto de cables que quedaron al descubierto y lo estudió. Unos centímetros más allá había un cubículo a menos de treinta metros del sitio donde estaba sentado el hombre en la escotilla. ¿Estaría aún allí? Obviamente, todavía no había movido la palanca. De lo contrario, Bigman estaría ya ahogado. ¿Le habían impedido su propósito? ¿De qué manera? ¿Tal vez haciéndolo prisionero?

En los labios de Bigman se esbozó una torva sonrisa al pensar que quizá su esfuerzo dentro de aquel tubo de metal había sido en vano.

Estaba siguiendo el cable. Por allí debía de haber un relé. Suavemente tiró de los cables, primero de uno, después del otro. Se movió uno y quedó a la vista un cono doble, negro, pequeño. Bigman suspiró con alivio. Asió la linterna con los dientes y de este modo tuvo ambas manos libres.

Con cautela, con mucha cautela, retorció las dos mitades del cono en dirección contraria. Las magnoabrazaderas cedieron y las dos mitades se separaron, dejando al descubierto su contenido. Era un interruptor de corriente: dos contactos relucientes, uno encajado en su selector de campo, separado del otro por una fisura casi imperceptible. Bajo un estímulo adecuado, como el tirón de una palanca, el selector de campo irradiaría la energía necesaria para impulsar el otro contacto, enviando energía a través del punto de cierre, y abriendo una escotilla de la cúpula. Y esto tendría lugar en una millonésima de segundo.

Bigman, sudando y temiendo que llegara el momento final ahora, ahora, con su tarea a punto de concluir, buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pedazo de plástico aislante. Estaba blando por el calor corporal. Lo amasó un instante y lo aplicó al punto donde casi se juntaban ambos contactos. Lo mantuvo allí mientras contaba hasta tres y lo retiró.

Los contactos ya podían juntarse, porque entre ambos había una delgada película de aquel plástico, y a través de la misma no podía pasar la corriente.

Ya podían empujar la palanca: la escotilla no se abriría.

Riendo como un loco, Bigman retrocedió por el tubo, llegó a los restos de las rebabas, pasó por los puntales cortados, continuó descendiendo...

Bigman buscó desesperadamente a Lucky por entre la confusión que reinaba en la ciudad. El individuo de la palanca estaba preso, habían le¬vantado la barrera de transita, y la población re¬gresaba a sus hogares (colérica en su mayor par¬te con la administración, por haber permitido que tal cosa sucediera) abandonados poco antes. Para la gente que medrosamente había esperado una catástrofe, la conclusión del temor fue la señal de una gran fiesta.

Al fin, apareció Morris como surgido de la nada y posó una mano sobre un brazo del mar¬ciano.

-Llama Lucky -anunció.

-¿Desde dónde? -se sobresaltó Bigman.

-Desde mi habitación en las oficinas del Con¬sejo. Le he contado la hazaña realizada por usted.

Bigman enrojeció de placer. Lucky estaría or¬gulloso.

-Quiero hablar con él -manifestó.

Pero el rostro de Lucky en la pantalla apare¬ció grave.

-Te felicito, Bigman -aprobó-. Sé que has estado formidable.

-No ha sido nada -dijo Bigman, con modes¬tia, Y tú, ¿dónde has estado?

-¿Está ahí el doctor Morris? -inquirió Luc¬ky-. No le veo.

Morris se acercó al visor.

-Aquí estoy.

-Por las noticias que he oído, ya han captu¬rado al tipo de la palanca.

-Exacto. Gracias a Bigman -asintió Morris.

-Entonces, permita que adivine algo. Cuando se le acercaron, él no intentó mover la palanca. Se entregó sin resistencia.

-Sí. -Morris frunció el ceño, ¿Cómo lo sabe?

-Porque todo el incidente de la escotilla fue una cortina de humo. El verdadero daño se pro¬ducirá en este extremo. Cuando me di cuenta, vo¬lé hacia aquí. Tuve que utilizar un brincador para pasar por entre la multitud, y un venusauto el res¬to del camino.

-¿Y qué? -inquirió Morris, con ansiedad.

-¡Que llegué demasiado tarde! -fue la res¬puesta.

7
PREGUNTAS

La jornada había concluido. La muchedumbre se había dispersado. La ciudad había recobrado su ambiente tranquilo, casi adormilado, sólo con algunos grupos aislados que aún discutían los sucesos de las últimas horas.

Y Bigman estaba furioso.

Junto con Morris había abandonado el lugar de los últimos acontecimientos, en dirección al cuartel general del Consejo. Una vez allí, Morris sostuvo una conferencia con Lucky, conferencia a la que Bigman no pudo asistir, y de la que el venusiano salió con expresión enfurecida. Lucky conservaba la calma, aunque se mostró poco comunicativo.

Incluso cuando volvieron a estar solos, Lucky se limitó a observar:

-Volvamos al hotel. Necesito dormir, lo mismo que tú, después de las fatigas de este día.

Estuvo tarareando la marcha del Consejo, como solía hacer cuando se hallaba sumido en abstracción, y detuvo a un coche de peaje. El vehículo se paró automáticamente cuando la imagen de la mano de Lucky, extendida con los dedos muy separados, quedó registrada en sus discos fotoeléctricos.

Lucky empujó a Bigman ante sí. Luego, giró el numerador para indicar las coordenadas del hotel Bellevue-Afrodita, introdujo en la ranura las monedas y dejó que la computadora funcionara. Con el pie, ajustó la palanca de velocidad, reduciéndola al mínimo.

El auto de peaje empezó a avanzar con un momento suave. Bigman lo habría hallado confortante y apaciguador de no haber experimentado tanta curiosidad.

El pequeño marciano miró de soslayo a su amigo. Lucky parecía solamente interesado en descansar y meditar. Al fin, se recostó en la tapicería y cerró los ojos, dejando que el movimiento del vehículo le adormeciera, en tanto el hotel parecía aproximarse, hasta convertirse en una inmensa boca que los tragó cuando el auto de peaje buscó automáticamente la entrada del andén receptor del garaje del hotel.

Sólo cuando estuvieron en su habitación, explotó Bigman.

-Lucky, ¿qué pasa? -preguntó-. ¡Acabaré loco de tanto dar vueltas a este asunto!

-En realidad -explicó Lucky, despojándose de la camisa-, era cuestión de lógica. ¿Qué clase de accidentes ocurrieron antes del día de hoy como resultado de individuos dominados mentalmente? Un hombre que regaló dinero. Otro que soltó una bala de algas. Un tercero que mezcló veneno en un nutritivo de los hongos. En cada caso, la acción fue nimia, aunque fue una acción. Se hizo algo.

-¿Y bien?

-Pues bien, ¿qué pasó hoy? No algo nimio; al contrario, algo muy grande. Pero no hubo acción. Fue exactamente lo opuesto a la acción: un hombre empuñó una palanca de una escotilla de la cúpula y no hizo nada. ¡Nada!

Lucky desapareció en el cuarto de baño y Bigman oyó la ducha y los respingos ahogados de Lucky bajo los chorros vigorizantes. El marciano le siguió al fin, murmurando furiosamente para sus adentros.

-¡Eh! -le gritó.

-¿No lo entiendes? -le preguntó Lucky, secándose el musculoso cuerpo ante las ráfagas de aire caliente.

-¡Espacio, Lucky! No seas tan misterioso. Ya sabes que no me gustan los secretos.

-En esto no hay nada misterioso. Los mentalistas han modificado su estilo, y tiene que existir algún motivo para ello. ¿No comprendes la razón de que un hombre esté sentado en una escotilla de la cúpula, empuñando una palanca que puede ser mortal y no haga nada?

-Ya dije que no comprendo nada.

-Bien, ¿qué ganaron con esto?

-Nada.

-¿Nada? ¡Gran galaxia! Sólo ganaron que la mitad de la población de Afrodita y prácticamente toda la oficialidad se desplazaran hacia el sector amenazado a toda marcha. A ti, a mí y a Morris también nos condujeron allí. La mayor parte de la ciudad quedó desierta, incluyendo la central del Consejo. Y me vi tan abrumado por el suceso que solamente cuando Turner, el ingeniero jefe de la ciudad, mencionó cuán fácil sería salir de la ciudad con la fuerza de policía tan ocupada y desorientada, se me ocurrió la verdad de lo que estaba pasando.

-Sigo sin entenderlo. Mira, Lucky, si no te explicas mejor, sufriré un ataque de...

-Tranquilo, chico. -Lucky asió al pequeño marciano por un brazo-. Fíjate, regresé a la central del Consejo lo más deprisa posible y hallé que Lou Evans había desaparecido.

-¿Adónde se lo llevaron?

-Si te refieres a los del Consejo, no fueron ellos. Escapó. Noqueó a un guardia, cogió un arma, utilizó su marca de la muñeca para acreditarse como consejero y conseguir un submarino y escapó al mar.

-¿Era esto lo que ellos pretendían hacer?

-Naturalmente. La amenaza contra la ciudad fue solamente una trampa. Tan pronto como Evans estuvo a salvo en el mar, dejaron de controlar al individuo de la escotilla que, naturalmente, se rindió.

-¡Por las arenas de Marte! -exclamó Bigman en el colmo del estupor-. ¡Tanto arrastrarme por ese maldito tubo, para nada! Fui el más idiota de los tontos de todas las galaxias del universo conocido y por conocer.

-No, Bigman, no es así -le consoló Lucky, con seriedad-. Realizaste una magnífica labor, y, el Consejo se enterará de ello.

El pequeño marciano enrojeció de placer, y por un momento su orgullo dominó a todos los demás sentimientos. Lucky aprovechó la oportunidad para meterse en cama.

-Pero, Lucky -exclamó Bigman, de repente-, esto significa... Bueno, si el consejero Evans huyó gracias a un truco de los mentalistas, es culpable, ¿verdad?

-No, no lo es -replicó Lucky, con vehemencia.

Bigman aguardó una explicación, pero Lucky no tenía nada más que decir sobre aquel tema, y el instinto le dijo a Bigman que era mejor dejarlo en el aire. Sólo después de hallarse entre las frías sábanas de plastex, cuando ya se hubo desnudado y duchado a su vez, volvió a insistir.

-¿Lucky...?

-Di, Bigman.

-¿Qué haremos ahora?

-Ir en busca de Lou Evans.

-¿Los dos? ¿Y Morris?

-Ahora soy yo quien está encargado del proyecto. He informado de todo al consejero presidente Conway en la Tierra.

Bigman asintió en la oscuridad. Esto explicaba por qué él no había podido asistir a la conferencia. Aunque hubiese sido doce veces más amigo de Lucky Starr, Bigman no era miembro del Consejo de Ciencias. Y en una situación como aquélla, en la que Lucky tenía que pasar por encima de otro consejero y hablar con la máxima autoridad de la Tierra y al

cuartel central para obtener su apoyo, no estaba permitido, en absoluto, que se hallaran presentes individuos ajenos al Consejo.

Sin embargo, Bigman empezaba a experimentar de nuevo el afán de acción y movimiento. Ahora la aventura tendría lugar en el interior de un océano, en el mayor y más desconocido de todos los planetas interiores.

-¿Cuándo saldremos? -inquirió con excitación.

-Tan pronto como tengan listo el submarino. Sólo que antes visitaremos a Turner.

-¿Para qué?

-Vamos, muchacho, a dormir. Y a callar.

El domicilio de Turner resultó ser un edificio de apartamentos que parecía adecuado para personas situadas en un plano elevado dentro del grupo administrativo de la ciudad. Bigman silbó por lo bajo al pasar por el vestíbulo, con sus paredes revestidas de madera y los paisajes marítimos tridimensionales. Lucky se dirigió hacia un transportador y presionó el botón del apartamento de Turner.

El transportador subió cinco pisos y después se deslizó horizontalmente, impulsado por rayos de fuerza dirigidos, hasta que se detuvo delante de la entrada posterior del apartamento. Salieron del cubículo y éste retrocedió con un suave chirrido, desapareciendo en un recodo del pasillo.

-¡Nunca había visto uno de estos aparatos! -exclamó Bigman.

Lucky apretó el indicador del apartamento.

-Es un invento venusiano -explicó Lucky, mientras aguardaba a que se abriese la puerta-. Los están instalando en los nuevos edificios de apartamentos de la Tierra. Sin embargo, no es posible su instalación en los edificios antiguos a menos que se reconstruyan, dotándoles de entradas especiales en los distintos apartamentos.

El indicador de la puerta adoptó un tono rojizo y ésta se abrió. Una mujer apareció en el umbral. Era joven, esbelta y bonita, con ojos azules y cabello rubio, peinado hacia atrás y con bucles sobre las orejas, a la moda de Venus.

-¿El señor Starr?

-El mismo, señora Turner -se presentó Lucky.

Vaciló un poco antes de pronunciar el «señora». Era demasiado joven para ser un ama de casa.

La joven sonrió amigablemente.

-¿Quieren pasar? Mi esposo les aguarda, pero no ha dormido más que dos horas y aún no está...

Cruzaron el umbral y la puerta se cerró a sus espaldas.

-Lamento molestarles tan temprano -se disculpó Lucky-, pero se trata de una emergencia, aunque creo que no le haremos perder a su esposo más tiempo del necesario.

-Oh, no importa. Lo comprendo.

La joven empezó a dar vueltas por el saloncito, enderezando objetos que no necesitaban ser enderezados.

Bigman miró con curiosidad a su alrededor. El apartamento tenía un aspecto puramente femenino: perfumado, muchos encajes..., incluso ofrecía una apariencia de fragilidad. Luego, cohibido al observar los ojos de la joven fijos en él, tartamudeó:

-Eh... Es un apartamento precioso, señorita..., digo, señora.

-Gracias -rió ella, mostrando un encantador hoyuelo en cada mejilla-. No creo que Lyman esté muy contento por la forma en que lo he arreglado, pero jamás se opone a nada, y a mí me gustan esas fruslerías.

Lucky se adelantó a la respuesta de Bigman, preguntando a su vez:

-¿Llevan mucho tiempo viviendo aquí usted y su esposo?

-Desde que nos casamos. Algo menos de un año. Es un edificio magnífico, el mejor de Afrodita. Posee servicios independientes, un garaje para naves costeras y un telecomunicador

Librodot

central. Incluso tiene cámaras subterráneas. ¡Figúrense, cámaras! Claro que nadie las utiliza. Ni siquiera anoche. Al menos creo que nadie las utilizó, aunque no podría jurarlo porque dormí como un lirón durante todo el tumulto. ¿Se lo imaginan? Ni siquiera me enteré de nada hasta que volvió Lyman a casa.

-Tal vez fuese lo mejor -sonrió Lucky-. Se hubiera llevado un buen susto.

-Oh, pero me perdí toda la emoción del caso -protestó ella-. Todos los inquilinos de este edificio estuvieron en la calle, mientras yo dormía a pierna suelta. Dormí toda la noche. Nadie me despertó. Oh, opino que fue terrible.

-¿Qué fue terrible? -preguntó una voz algo ronca, entrando su dueño, Turner, en el salón.

Llevaba el cabello alborotado y había arrugas en su rostro y sueño en sus ojos. Llevaba su valiosa computadora bajo el brazo y la colocó debajo del sillón en que tomó asiento.

-Perderme todo el jaleo -explicó su joven es¬posa-. ¿Cómo te encuentras, Lyman?

-Bien, considerando lo ocurrido... Y no sien¬tas haberte perdido el jaleo. Me alegro de que no te despertaras... Ah, hola, Starr... Siento haberle hecho esperar.

-Sólo estaremos aquí unos instantes.

La señora Turner se volvió hacia su marido y le pellizcó en la mejilla.

-Será mejor que deje solos a los caballeros, ¿verdad?

Turner le acarició el brazo, y sus ojos la siguie¬ron cariñosamente al salir ella de la estancia.

-Bien, amigos míos -exclamó Turner-, la¬mento que me encuentren de esta guisa, pero tuve varias dificultades con las que luchar en las úl¬timas horas.

-Es natural. ¿Cuál es la situación, actual de la cúpula?

-Hemos doblado la guardia de cada escotilla -repuso Turner, restregándose los ojos-, y es¬tamos haciendo que los controles sean un poco menos independientes. Lo cual significa cambiar la tendencia del siglo pasado. Estamos tendiendo líneas de fuerza a distintos puntos de la ciudad a fin de poder cortar la corriente desde lejos en caso de que vuelva a ocurrir lo de anoche o algo parecido. Y, naturalmente, fortaleceremos las ba¬rreras de transita que protegen las distintas sec¬ciones de la ciudad. ¿No fuman ustedes?

-No -rechazó Lucky, al tiempo que Bigman negaba con el gesto.

-Bien -pidió Turner-, entonces tenga usted la amabilidad de sacar un cigarrillo de ese re¬cipiente que parece un pez. Sí, eso mismo. Fue idea de mi esposa. No hay modo de disuadirla cuando se encapricha de uno de esos aparatitos. Es muy aficionada a ellos. Llevo poco tiempo ca¬sado -Turner se ruborizó levemente-, y temo que la mimo aún demasiado.

Lucky admiró cortésmente el extraño pescado, tallado en un material semejante a piedra, de co¬lor verde, de cuya boca saltó un cigarrillo al pre¬sionar la aleta dorsal.

Turner pareció relajarse con el cigarrillo. Cru¬zó las piernas, moviendo un pie atrás y adelante en un ritmo lento, por encima de la computadora.

-¿Alguna novedad respecto al individuo que se encerró en la escotilla? -quiso saber Lucky.

-Se halla bajo observación. Un loco, claro.

-¿Tiene ficha de desequilibrio mental?

-No, ninguna. Lo comprobé personalmente. Como ingeniero jefe, tengo a mis órdenes al per¬sonal de la cúpula.

-Lo sé. Por eso he venido a verle.

-Bien, ojalá pudiera ayudarle en algo, pero ese individuo no es más que un vulgar emplea¬do. Lleva en nuestra nómina unos siete meses y jamás causó el menor trastorno. En realidad, po¬see un expediente perfecto; es un hombre sosega¬do, obediente, diligente...

-¿Sólo siete meses?

-Exacto.

-¿Es ingeniero?

-Cobra como tal, pero su trabajo consiste principalmente en vigilar la escotilla. Al fin y al cabo, entra y sale de la ciudad bastante tráfico. Hay que abrir y cerrar la escotilla, comprobar los boletines de desembarco y embarco, y llevar el re¬gistro. No sólo se conserva la cúpula por medio de la ingeniería.

-¿Tenía ese tipo alguna experiencia como in¬geniero?

-Siguió un cursillo elemental. Este era su pri¬mer empleo... Oh, es muy joven.

-Tengo entendido -comentó Lucky, después de asentir a las palabras del ingeniero- que han ocurrido varios incidentes raros en la ciudad re¬cientemente.

-¿De veras? -los fatigados ojos de Turner miraron con fijeza a Lucky y se encogió de hombros-. Casi nunca tengo ocasión de ver las cintas de noticias etéricas.

Sonó el telecomunicador. Turner levantó el receptor y lo sostuvo un momento junto a su oído.

-Para usted, Starr.

-Dije que venía hacia aquí -explicó Lucky. Cogió el aparato, pero no se molestó en activar la pantalla ni en elevar el sonido por encima del necesario para su oído ¬Lucky al habla.

Poco después, dejó el receptor y se puso de pie.

-Bien, Turner, nos marchamos ya.

Turner también se levantó.

-De acuerdo. Si puedo ayudarle en algo, venga a verme cuando quiera.

-Gracias. Presente mis respetos a su esposa.

-¿Qué sucede? -quiso saber Bigman, ya fuera del edificio.

-El submarino está a punto -respondió Lucky, parando un venusauto.

Subieron y otra vez fue Bigman quien rompió el silencio.

-¿Descubriste algo hablando con Turner?

-Oh, un par de cosas -repuso Lucky, escuetamente.

Bigman se estremeció con cierta inquietud y cambió de tema.

-Ojalá encontremos a Evans.

-Sí, ojalá.

-¡Por las arenas de Marte, se halla en un verdadero aprieto! Cuanto más pienso en ello, peor lo veo. Culpable o no, es muy duro verse acusado de corrupción por un oficial superior.

Lucky volvió la cabezeea y meeiró fijamente a Bigman.

-Morris no envió ningún informe a la Central terrestre. Pensé que lo habías comprendido por la conversación sostenida ayer con él.

-¿No? -preguntó el marciano, con incredulidad-. Entonces, ¿quién lo envió?

-¡Grandes galaxias! -exclamó Lucky-. ¡Está bien claro! ¡El propio Lou Evans envió el mensaje, utilizando el nombre de Morris!

8
¡CONSEJERO PERSEGUIDO!

Lucky manejó la esbelta- embarcación submarina con creciente pericia cuando se familiarizó con todos los mandos, y empezó a comprender la sensación de estar rodeado por el mar.

Los funcionarios que le entregaron la nave sugirieron con cierta inquietud que escuchase unas prolijas instrucciones referentes a su manejo, pero Lucky sonrió y se limitó a formular unas preguntas, en tanto que Bigman exclamaba con su natural bravuconería:

-No existe ningún aparato que se mueva que Lucky no sea capaz de manejar.

Bravuconería o no, esta declaración se acercaba mucho a la verdad.

La embarcación, llamada Hilda, iba derivando a través del agua con los motores apagados. Así penetró en la oscuridad impenetrable del océano venusiano con gran suavidad.

Navegaban a ciegas. Ni una sola vez había encendido Lucky los poderosos faros del submarino. El radar, en cambio, perforaba la masa marina que se extendía al frente con la máxima delicadeza y la mayor información, más perfecto que la luz.

Junto con las pulsaciones del radar funcionaban las microondas selectivas, destinadas a obtener un reflejo máximo de la aleación de metales que formaba la parte exterior del casco de una nave submarina. Su alcance era de centenares de kilómetros, Y las microondas extendían sus tentáculos de energía en una y otra dirección, buscando la particular estructura metálica que les daría la orientación exacta de su rumbo.

Hasta el momento no habían conseguido ningún mensaje reflejado, y el Hilda se asentó en el limo, a un kilómetro de la superficie, inmóvil con excepción de un lento balanceo debido a las fortísimas corrientes del océano que rodeaba todo el planeta Venus.

Durante las primeras horas, Bigman apenas se había preocupado de las microondas y el objeto de su exploración. Estuvo ensimismado ante el encantador espectáculo entrevisto por los miradores del submarino.

La vida submarina de Venus es fosforescente, y las negras profundidades oceánicas se hallan punteadas por luces de colores, más numerosas que las estrellas en el espacio, más grandes, más brillantes y, sobre todo, movibles. Bigman aplastó la nariz contra el grueso cristal y lo miró todo, fascinado.

Algunas formas de vida eran como pequeños manchones redondos, cuyo movimiento consistía en lentas ondulaciones. Otras eran líneas veloces, fugaces. Y otras eran cintas marinas semejantes a las que Lucky y el marciano habían contemplado en el Salón Verde.

Poco después, Lucky se reunió con su amigo.

-Si no recuerdo mal mi xenozoología...

-¿Tu qué?

-El estudio de los animales extraterrestres, Bigman. Estuve hojeando un libro sobre la vida en Venus. Lo dejé en tu litera por si deseas darle un repaso.

-No importa. Prefiero escuchar tus explicaciones.

-De acuerdo. Podemos empezar con esos pequeños objetos. Creo que son un banco de botones.

-¿Botones? -repitió Bigman. Una pausa-. Oh, sí, ya veo a lo que te refieres.

Se trataba de una serie de óvalos de luz amarilla que se movían por delante del campo visual del mirador. Cada uno ostentaba unas marcas negras en forma de dos líneas paralelas muy cortas. Se movían a sacudidas breves, se asentaban unos momentos en el fondo y volvían a moverse. Las varias docenas que estaban a la vista se movían y reposaban simultáneamente de modo que Bigman tenía la impresión de que los botones no se movían en absoluto, sino que cada medio minuto, aproximadamente, era el submarino el que avanzaba.

-Están poniendo huevos -murmuró Lucky. Calló un instante y añadió-: No conozco casi ninguna de estas especies. ¡Eh, espera! Aquello debe de ser lo que el libro denomina una parcela escarlata. ¿Lo ves? Aquel color rojo oscuro de silueta irregular... Se alimenta de botones. Observa.

Se produjo una fuga general entre las manchas amarillas cuando se dieron cuenta de la presencia de su voraz enemigo, aunque a pesar de su rapidez una docena de botones fueron tragados por la colérica y rojiza parcela escarlata. De pronto, ésta fue la única fuente de luz en el campo de visión del mirador. Los botones habían huido en todas direcciones.

-La parcela tiene la forma de una enorme torta de harina con el borde hacia abajo -explicó Lucky-, según el libro. Apenas tiene más que piel con un cerebro diminuto en el centro. Y sólo tiene un par de centímetros de espesor. Es posible desgarrarla por diversos sitios sin molestarla. ¿Ves qué irregular es la que estamos viendo? Los peces flecha seguramente la han atravesado varias veces.

La parcela escarlata parecía moverse, perdiéndose de vista. Donde había estado no quedó nada, aparte de unos leves destellos de luz amarilla. Poco a poco, los botones volvieron a agruparse.

-La parcela escarlata -expresó Lucky- se instala en el fondo del mar, aferrándose al limo con el reborde, y absorbe y digiere todo lo que abarca con su cuerpo. Existe otra especie llamada anaranjada que es mucho más agresiva. Puede disparar un chorro de agua con fuerza suficiente para hacer que un hombre se tambalee, aunque sólo mide unos treinta centímetros de anchura y tiene el espesor de un papel de fumar. Las grandes son mucho peor.

-¿Qué tamaño alcanza? -quiso saber Bigman.

-No tengo la menor idea. El libro habla de algunos monstruos ocasionales... Por ejemplo, de peces flecha que miden un kilómetro de largo y parcelas que pueden cubrir la ciudad de Afrodita. Aunque no creo que sean casos auténticos.

-¡Un kilómetro de largo! Seguro que no son casos auténticos.

-No seria tan imposible -objetó Lucky, enar¬cando las cejas-. Estas especies de aquí son las del mar poco profundo. Pero el océano venusia¬no tiene, en algunos sitios, quince kilómetros de profundidad. Y hay espacio suficiente para muchos monstruos.

-Mira -murmuró Bigman, con vacilación-, creo que me estás tomando el pelo, ¿sabes? -Dio media vuelta y se apartó bruscamente del mirador-. Echaré una ojeada a ese libro...

El Hilda volvió a avanzar y buscó una nueva posición, en tanto las microondas continuaban su exploración. Se movió de nuevo. Y otra vez. Lentamente, Lucky iba explorando toda la meseta submarina en la que se asentaba la ciudad de Afrodita.

Observaba con mal humor los instrumentos. Su amigo Lou Evans tenía que estar allí. El submarino de Evans no podía navegar por el aire, ni por el espacio, ni siquiera por una profundidad oceánica superior a tres kilómetros, por lo que estaba encerrado dentro de las aguas relativamente superficiales de la meseta de Afrodita.

El primer destello de respuesta captó su vista mientras repetía por segunda vez que su amigo tenía que estar por allí. El alimentador de las microondas inmovilizó el señalizador, y el pip de respuesta animó todo el campo receptor.

Bigman apoyó al momento una mano sobre la espalda de Lucky.

-¡Ya está! ¡Ya lo tenemos!

-Tal vez -masculló Lucky-. Aunque podría tratarse de otro submarino o sólo de los restos de un naufragio.

-Fija la posición, Lucky. ¡Arenas de Marte, fija su posición!

-Ahora mismo, chico... ¡Y adelante!

Bigman sintió la aceleración, y oyó el zumbido de la hélice.

Lucky se inclinó sobre el transmisor de radio y su receptor, y gritó con tono urgente:

-¡Lou! ¡Lou Evans! ¡Aquí Lucky Starr! ¡Contesta a esta señal! ¡Lou! ¡Lou Evans!

Una y otra vez, las palabras resonaban a través del éter. El pip en respuesta a las microondas fue creciendo en volumen, a medida que se iba acortando la distancia entre las dos embarcaciones.

Sin respuesta.

-El submarino que envía los pip no se mueve -observó Bigman-. Tal vez se trate de un navío naufragado. Si en él estuviese tu amigo, trataría de contestar o de alejarse, ¿no es cierto?

-¡Chist! -le hizo callar Lucky. Sus palabras sonaron tranquilas y urgentes cuando volvió a hablar por el transmisor-. ¡Lou, no sirve de, nada que te escondas! Conozco la verdad. Sé por qué enviaste el mensaje a la Tierra en nombre de Morris pidiendo que te obligaran a volver allá. Y sé quién crees que es nuestro enemigo. ¡Lou Evans! ¡Responde a este mensaje!

El receptor chirrió, dejando oír muchos parásitos. Los sonidos surgieron por el receptor, transformándose en palabras inteligibles.

-¡Márchate! ¡Si sabes todo eso, márchate!

Lucky sonrió con alivio. Bigman lanzó una exclamación de alegría.

Librodot

-¡Ya lo tenemos! -agregó luego.

-¡Vamos hacia ti! -anunció Lucky por el transmisor-. ¡No te muevas! Tú y yo destruiremos al enemigo.

-Tú no entiendes... -chirriaron las palabras por el receptor-. Yo trato de... -De pronto, casi un alarido-: ¡Por el bien de la Tierra, Lucky, no te acerques! ¡Márchate!

No hubo más. El Hilda fue avanzando lentamente hacia la posición de Evans. Lucky se inclinó hacia atrás, frunciendo el ceño.

-Si está tan asustado, ¿por qué no huye? -inquirió.

-¡Formidable, Lucky! -exclamó Bigman, sin oírle-. ¡Ha sido magnífico el modo en que le has obligado a hablar!

-No era mentira, Bigman -replicó Lucky-. Conozco la clave de todo este asunto. Y tú también la conocerías sí reflexionases un poco.

-¿De qué estás hablando? -inquirió Bigman, muy intrigado.

-¿Recuerdas la ocasión en que el doctor Morris, tú y yo entramos en la salita para esperar a que trajesen a Lou Evans? ¿Recuerdas lo primero que ocurrió?

-No.

-Que te echaste a reír. Y dijiste que yo estaba muy extraño y deformado sin un bigote. Y yo pensé exactamente lo mismo de ti. ¿Te acuerdas?

-Sí, claro que me acuerdo.

-¿No se te ocurrió pensar por qué tuvimos ambos esa idea Llevábamos viendo individuos bigotudos desde hacia muchas horas. ¿Por qué, pues, de repente, tuvimos la misma idea en aquel momento?

-No lo sé.

-Suponte que la misma idea se le hubiese ocurrido a alguien que poseyese poderes telepáticos. Y suponte que la sensación de sorpresa pasara desde su mente a la nuestra.

-¿Quieres decir que el mentalista, o uno de ellos, estaba con nosotros en aquella habitación?

-Eso lo explicaría, ¿verdad?

-¡Oh, es imposible! El doctor Morris era el único, aparte de nosotros, que... ¡Lucky! ¿No te referirás al doctor Morris?

-Morris llevaba varias horas viéndonos. ¿Por qué de pronto iba a asombrarse de vernos sin bigote?

-Entonces, ¿había alguien escondido?

-Escondido, no -objetó Lucky-. Pero sí había otro ser vivo allí, totalmente a la vista.

-¡No! -gritó Bigman-. ¡Oh, no! -Estalló en una carcajada-. ¡Arenas de Marte! ¿Te refieres a la V-rana?

-¿Por qué no? -observó tranquilamente Lucky-. Probablemente, nosotros éramos los primeros individuos sin bigote que veía en su vida... Y se asombró.

-¡Pero es imposible!

-¿De veras? Hay V-ranas por toda la ciudad. La gente las domestica, las alimenta, las ama... Pero ¿aman en realidad a las V-ranas? ¿O son éstas las que inspiran amor mediante control mental para poder ser alimentadas y mimadas?

-¡Diantre, Lucky! -exclamó Bigman-. No es sorprendente que gusten a la gente. Son estupendas. No es necesario que haya que hipnotizar a nadie para que quiera domesticar esas ranas.

-¿Te gustó espontáneamente, Bigman? ¿Nada te obligó a que te gustase aquella rana?

-Estoy seguro de que nada ni nadie me obligó a que me gustase. Me gustó, sin más.

-¿Te gustó sin más? Y dos minutos después de verla por primera vez, le diste de comer. ¿Te acuerdas?

-No es ningún pecado, ¿eh?

-Ah, pero ¿qué le diste de comer?

-Lo que le gustaba. Un guisante empapado en grasa de...

La voz del pequeño marciano se extinguió.

-Exacto. Aquella grasa olía a grasa de taller. No había el menor error en ello. ¿Y por qué mojaste en ella el guisante? ¿Les das siempre guisantes mojados en grasa a tus animales domésticos? ¿Conoces acaso algún animal doméstico que coma grasa de coches?

-¡Por las arenas de Marte! -gritó Bigman.

-¿No está claro que la V-rana deseaba comer y puesto que tú estabas a su lado, se las ingenió para obligarte a darle un guisante... sin que en ello interviniese tu voluntad?

-Jamás lo hubiese sospechado -rezongó Bigman-. Sí, con tu explicación, la cosa está clara. Oh, qué terrible...

-¿Por qué?

-Es aterrador pensar que las ideas de un animal se introducen en tu cerebro. Parece... una locura.

Su rostro afilado adoptó una expresión de asco.

-Por desgracia la cosa es peor que una locura -comentó Lucky.

Volvió a concentrarse en los instrumentos.

El intervalo entre el pip y el de respuesta reveló que la distancia entre ambas embarcaciones era de menos de un kilómetro cuando con suma rapidez, la pantalla del radar mostró, inequívocamente, la sombra del submarino de Evans.

La voz de Lucky sonó por el transmisor.

-¡Evans, estás ya a la vista! ¿Puedes mover tu embarcación? ¿O está estropeada?

La respuesta se oyó con claridad, en una voz desgarrada por la emoción.

-¡Así me trague la Tierra, Lucky, pero he hecho lo que he podido para advertirte! ¡Estás atrapado! ¡Tan atrapado como yo!

¡Y como para subrayar el gemido del consejero, una ráfaga de un poder inmenso chocó contra el Hilda, haciéndole volcar sobre un costado y causando grandes desperfectos a los motores!

9
EN MEDIO DE LAS AGUAS

Al recordar más tarde lo ocurrido, Bigman consideró los sucesos de las horas siguientes como vistos por el otro extremo de un telescopio, como una pesadilla lejana de acontecimientos muy confusos.

El marciano fue arrojado contra un costado del submarino por el impacto producido por la fuerza de la corriente. Durante lo que le pareció casi una eternidad, aunque en realidad sólo fue un segundo seguramente, estuvo tumbado en el suelo, jadeando,

-¡Los generadores no funcionan! -gritó Lucky desde los controles.

Bigman empezó a intentar ponerse de pie contra la pendiente adoptada por el barco.

-¿Qué ocurrió?

-Que nos han alcanzado. Esto está claro... Pero ignoro cuál es el daño causado.

-Las luces funcionan -observó Bigman.

-Lo sé. He conectado los generadores de emergencia.

-¿Y el impulso principal?

-No estoy seguro. Es lo que ahora estoy com. probando.

Los motores petardearon roncamente en la parte inferior y posterior del submarino. Había desaparecido el suave zumbido, y en su lugar se oía un chirrido de consunción, que hizo apretar los dientes a Bigman, para no sufrir de dentera.

El Hilda se estremeció corno un animal herido y se enderezó. Los motores volvieron a callar.

El receptor de radio resonaba tristemente, Y, de pronto, Bigman reunió fuerzas suficientes para tratar de cogerlo.

-¡Starr! -pregonaba el receptor- ¡Lucky Starr! ¡Aquí Lou Evans! ¡Contesta!

Fue Lucky quien llegó antes al aparato de radio.

-Lucky al habla. ¿Qué nos ha alcanzado?

-Eso no importa -llegó a sus oídos la voz cansada-. Ya no te molestará más. Se contentará con dejarte morir. ¿Por qué no te marchaste? Te lo supliqué...

-¿Está estropeada tu embarcación Evans?

-Llevo varado más de doce horas. Sin luz, ni energía..., sólo la suficiente para que funcione la radio, y se está acabando. Se han roto los purificadores de aire, y el suministro es muy lento. Bien, hasta luego, Lucky.

-¿No puedes salir?

-No funciona el mecanismo de las escotillas. Tengo un equipo submarino, pero si intento salir quedaré aplastado.

Bigman comprendió a que se refería Evans y se estremeció. Las escotillas de las naves submarinas estaban destinadas a dejar penetrar el agua en los compartimientos estancos muy lentamente. Abrir una escotilla en el fondo del mar en un intento de salir del buque significaría la entrada del agua bajo la presión de cientos de toneladas. Un ser humano, aun dentro de una escafandra de acero, quedaría aplastado corno una lata de conservas vacía por una apisonadora.

-Todavía podemos navegar -le dijo Lucky a su amigo-. Voy a buscarte. Uniremos las escotillas.

-Gracias, pero ¿para qué? Si te mueves, volverás a ser derribado; y aunque no sea así, ¿qué diferencia hay entre morir aquí con rapidez o más lentamente en tu embarcación?

-Si hemos de morir, moriremos -replicó Lucky, coléricamente-, pero no un solo segundo más pronto de lo debido. Todos hemos de morir algún día; a esto no hay escape, pero rendirse no es de hombres. -Se volvió hacia Bigman-. Baja a la sala de máquinas y verifica los daños. Quiero saber si puede repararse algo.

En la sala de máquinas, hurgando con la mi¬crobatería «caliente» por medio de los manipula¬dores de larga distancia, que por suerte funcionaban a la perfección, Bigman se dio cuenta de que el submarino avanzaba penosamente por el fondo del mar, y oyó el jadeo de los motores. En una ocasión oyó también una distante explosión, seguida por un chirrido quejumbroso a través de la estructura del barco, como si un gran proyectil hubiera chocado con el fondo marino a cien metros de distancia.

Sintió pararse la embarcación, y el rugido de los motores se convirtió en un ronco zumbido. En su imaginación vio cómo surgía la extensión de la escotilla, aferrándose al otro casco, soldándose fuertemente al mismo. Pudo intuir el agua bombeada por el tubo que unía ambos barcos, y con sus ojos reales vio cómo disminuían las luces de la sala de máquinas cuando la energía producida por los generadores de emergencia alcanzó un peligroso volumen. Lou Evans podría pasar de su barco al Hilda a través de aire seco sin necesidad de protección artificial.

Bigman pasó a la sala de mandos y halló a Lou Evans con Lucky. Tenía el rostro demacrado y fatigado bajo el vello de la barbilla. Pero logró esbozar una sonrisa dirigida al marciano.

-Sigue, Lou -decía Lucky.

-Al principio fue la más loca de las suposiciones, Lucky -_prosiguió Evans su relato-. Empecé a seguir a cada uno de los individuos protagonistas de aquellos raros accidentes. Y lo único que hallé en común en todos ellos fue que eran grandes aficionados a las V-ranas. En Venus, todo el mundo tiene alguna, pero aquellos tipos mantenían varias en sus casas. Naturalmente, no tuve valor para pasar por tonto adelantando mi teoría sin pruebas. Si al menos consiguiese... Bien, decidí tender una trampa a las V-ranas dando a conocer lo que sabía y lo que tal vez otros también empezaban a comprender.

-Y decidiste hacerlo por medio de los datos de los hongos -le interrumpió Lucky.

Librodot

-Era lo más sencillo. Tenía que tratarse de algo que no fuese de conocimiento general; de lo contrario, ¿cómo podía estar seguro de que las V-ranas obtenían la información de mí? Los datos de los hongos eran ideales. Y al no poder obtenerlos normalmente, los robé. Pedí una V-rana al cuartel general, la coloqué junto a mi mesa de trabajo y hojeé los papeles robados. Incluso los leí en voz alta. Cuando dos días más tarde ocurrió un accidente en una fábrica de hongos, en relación con el mismo tema que yo había leído, estuve seguro de que las V-ranas eran las responsables de todo lo ocurrido. Sólo que...

-¿Sólo qué? -le apremió Lucky.

-Sólo que no fui muy listo -confesó Evans-. Les permití entrar en mi mente. Bajé las barreras y les invité a entrar, y ahora no consigo librarme de ellas. Los guardias vinieron en busca de los papeles. Se sabía que yo había estado en aquella fábrica, de modo que un agente muy amable me interrogó. Devolví los documentos sin dificultad y traté de explicar todo el caso. Pero no pude.

-¿No pudiste? ¿Cómo es eso?

-No pude. Fui incapaz de ello físicamente. No salían de mi garganta las palabras adecuadas. No pude decir una sola palabra relacionada con las V-ranas. Incluso experimenté el impulso de matarme, pero lo dominé. No podían obligarme a hacer algo que va en contra de mi naturaleza. Si lograra huir de Venus, si pudiera alejarme de las V-ranas, rompería ese encantamiento, esa presa que han hecho en mí. Bien, pensando esto, hice lo único que tal vez haría que me llamaran de nuevo a la Tierra. Envié una acusación de corrupción contra mí en nombre de Morris.

-Sí, ya lo había adivinado -murmuró Lucky.

-¿Cómo? -se sobresaltó Evans.

-Morris nos contó su versión de tu historia poco después de nuestra llegada a Afrodita. Y terminó diciendo que preparaba un informe para el Consejo de la Tierra. No dijo que hubiera enviado ya uno, sino que lo estaba preparando. Sin embargo, se había recibido ya un mensaje, yo lo sabía. ¿Y quién más, aparte de Morris, conocía la clave del Consejo y las circunstancias del caso? Sólo tú.

-Y en vez de devolverme a la Tierra, te enviaron aquí -exclamó Evans, con amargura-. ¿No fue así?

-Yo insistí en ello, Evans. No podía creer en ningún cargo de corrupción contra ti.

-Fue lo peor que pudiste hacer, Lucky -mur¬muró Evans, apoyando la cabeza entre las manos- Cuando me enteré de que venías, te supliqué que te alejaras de Venus. No podía explicarte por qué. Físicamente, era incapaz de ello. Pero las V-ranas debieron comprender por mis pensamientos que tú eras un individuo temible. Pudieron leer en mi cerebro mi opinión sobre tus capacidades y planearon tu muerte.

-Estuvieron a punto de lograrla -murmuró Lucky.

-Y esta vez lo lograrán. Cosa que lamento de todo corazón, Lucky, pero que no puedo impedir. Cuando paralizaron al individuo de la escotilla, no logré refrenar el impulso de escapar, de huir hacia el mar. Y, claro está, tú me seguiste. Yo fui el cebo y tú la víctima. Traté de nuevo de mantenerte alejado de mí, pero sin poder explicarte los motivos... sin poder explicarlos...

Suspiró largamente, estremeciéndose todo su cuerpo.

-Sin embargo, ahora sí puedo hablar. Me han levantado el bloqueo mental. Supongo que ya no es necesario que desperdicien su energía mental porque ya nos tienen atrapados, porque en realidad estamos ya muertos y no nos temen.

-¡Por las arenas de Marte! -exclamó Bigman, que había escuchado con creciente confusión-. ¿Qué es lo que sucede? ¿Por, qué estamos ya muertos?

Evans, con el rostro oculto entre sus manos, no respondió.

-Estamos debajo de una parcela anaranjada -explicó Lucky, frunciendo el ceño pensativa¬mente-, una gran parcela, en las profundidades venusianas.

-¿Una parcela tan grande como para cubrir nuestro submarino?

-¡Una parcela de tres kilómetros de diámetro! -exclamó Lucky-. Lo que chocó contra el submarino y casi lo aplastó, y lo que nos alcanzó por segunda vez cuando íbamos a reunirnos con el submarino de Evans, fue un chorro de agua. ¡Sólo agua! Un chorro de agua lanzado con la fuerza de una explosión submarina.

-Pero ¿cómo podemos estar debajo de una parcela sin haberla visto?

-Evans supone -explicó Lucky- que la parcela se halla bajo control mental de las V-ranas, y yo opino que tiene razón. Puede disminuir su fosforescencia contrayendo las fotocélulas de su piel. Y ha podido levantar un borde de su cuerpo para dejarnos pasar y ahora nos hallamos debajo de su corpachón.

-Y si nos movemos e intentamos abrirnos paso, la parcela volverá a atraparnos, porque las parcelas jamás fallan en sus blancos.

Lucky meditó unos instantes antes de volver a hablar.

- ¡Oh, no, las parcelas también fallan! Esta falló cuando conducíamos el Hilda hacia tu embarcación Lou, a pesar de que sólo íbamos a un cuarto de la velocidad posible. -Se volvió hacia Bigman, entrecerrando los ojos-. Oye, ¿sería posible reparar los generadores principales?

Bigman casi se había olvidado de los motores. De pronto, recobró el ánimo y respondió:

-Oh... Las microbaterías no han salido demasiado perjudicadas en su alineación, de modo que podré reparar los generadores si hallo las herra¬mientas adecuadas.

-¿Cuánto tardarás?

-Seguramente, varias horas.

-Entonces, manos a la obra. Yo, mientras tanto, me tiraré al agua.

-¿Cómo? -exclamó Evans, sobresaltado.

-Voy a luchar con la parcela -declaró Lucky.

Estaba ya en la gaveta de los trajes submarinos, asegurándose de que los forros con sus diminutos campos de fuerza funcionaban y poseían suficiente energía, verificando asimismo que los cilindros de oxígeno estaban llenos.

Resultó un descanso engañoso hallarse en una absoluta oscuridad. El peligro parecía muy lejano. Y no obstante, Lucky sabía que debajo de él se extendía el fondo oceánico y que a cada lado, arriba y a su alrededor, sólo había un cuenco invertido de carne esponjosa.

La bomba de su traje lanzó agua hacia abajo, y él se elevó lentamente con el arma a punto.

Estaba maravillado por el desintegrador submarino que empuñaba. Por muy imaginativo que fuese el hombre en su propio planeta, la Tierra, parecía como si la necesidad de adaptarse al cruel ambiente de un planeta extraño hubiese multiplicado su ingenio un centenar de veces.

En otros tiempos, el nuevo continente americano había irrumpido en la Tierra con tanta fuerza que las naciones de la antigua Europa no habían podido seguirle el ritmo, y ahora Venus estaba demostrándole sus capacidades a la vieja Tierra. Por ejemplo, con las ciudades bajo cúpulas. En la Tierra, jamás habrían logrado amalgamar tan hábilmente los campos de fuerza con el acero. El mismo traje que llevaba Lucky no hubiese podido resistir la presión de las toneladas de agua de aquel océano ni un solo instante, sin los microcampos de fuerza entretejidos con las hebras del tejido interior. En otros y variados aspectos, el traje era una maravilla de la ingeniería humana. Su aparato deyector para el viaje submarino, su eficiente suministro de oxígeno, sus compactos controles, todo era admirable.

¡Y el arma que empuñaba!

Pero inmediatamente sus pensamientos se dirigieron al monstruo que lo cubría. También era un invento venusiano. Un invento de la evolución del planeta. ¿Podrían subsistir tales monstruos en la Tierra? Ciertamente, no en tierra. El tejido vivo no podría soportar el peso de más de cuarenta toneladas contra la gravedad de la Tierra. Los brontosaurios gigantes

de la Era Mesozoica de la Tierra poseían unas patas como troncos de árbol; y a pesar de ello, estaban obligados a vivir en las marismas para que el agua les ayudara a flotar.

Esta era la respuesta: la flotación en el agua. En los océanos pueden existir seres de cualquier tamaño y volumen. En la Tierra había las ballenas, mayores que cualquier dinosaurio de la prehistoria. Pero esta parcela monstruosa que tenían encima debía pesar doscientos millones de toneladas, calculó Lucky. Dos millones de enormes ballenas no alcanzarían este peso. Lucky se preguntó qué edad tendría. ¿Qué edad ha de tener un ser vivo para llegar a ser como dos millones de ballenas? ¿Cien años? ¿Mil? ¿Quién podía saberlo?

Claro que el tamaño también podía ser su fallo. Incluso en el mar. Cuanto mayor fuese, más lentas serían sus reacciones. Los impulsos nerviosos tardan tiempo, aunque escaso, en viajar.

Evans pensó que el monstruo había tardado en enviarles otro chorro de agua porque, habiéndoles ya estropeado el barco, sentíase indiferente a su destino posterior, o bien pensaban así las V-ranas que controlaban la mente de la parcela gigante. ¡Sin embargo, tal vez no fuese debido a ninguna de ambas cosas! Era posible que el monstruo necesitase tiempo para absorber el agua necesaria para llenar su vejiga. Y también debía necesitar tiempo para apuntar debidamente.

Además, el monstruo no debía de estar muy a gusto. Se hallaba acostumbrado a las profundidades, a las capas acuáticas situadas mucho más abajo, con inmensas toneladas de agua encima. Y en unas aguas tan superficiales para sus necesidades, su eficiencia debía de ser mucho menor. Había fallado en su segundo intento de destruir al Hilda, seguramente a causa de no haberse recuperado totalmente después del primer intento de ataque.

Y ahora estaba aguardando, con toda seguridad llenando su vejiga lentamente; y reuniendo fuerzas, hasta donde se lo permitía el ambiente de aquel mar superficial. Y él, Lucky, un hombre de menos de ochenta kilos tenía que vencer a un monstruo que pesaba doscientos millones de toneladas.

Lucky miró a lo alto. No veía nada. Presionó un contacto del forro interior del dedo medio de la mano izquierda, embutido en el mitón reforzado por un campo de fuerza que rodeaba su mano, y de la punta metálica surgió una lanza de luz blanquísima. La luz penetró el agua, terminando en la nada. ¿Era aquello la carne del monstruo? ¿O sólo el resplandor reflejado por la luz?

El monstruo había lanzado agua tres veces Una, al destrozar el submarino de Evans. La segunda cuando hizo volcar el Hilda. (Aunque con escasa fuerza. ¿Se estaría debilitando la parcela?) Y la tercera lo hizo prematuramente, por lo que falló.

Lucky blandió el arma. Era gruesa, con una culata voluminosa. Dentro de dicha culata había un centenar de kilómetros de cables y un generador en miniatura que podía producir enormes voltajes. Apuntó el arma hacia arriba y apretó e gatillo.

Por un momento... nada, pero Lucky sabía que el cable, delgado corno un cabello, estaba viajando por el agua carbonatada.

De pronto, hizo impacto y Lucky observó los resultados. Ya que en el instante en que el cable hizo contacto, pasó por toda su longitud una corriente eléctrica a la velocidad de la luz, que chocó con la obstrucción con la fuerza de un rayo. El cable destelló con gran brillantez y vaporizó el agua en una especie de escarcha fangosa. Era algo más que vapor de agua, porque se retorció y burbujeó horriblemente cuando el anhídrido carbónico disuelto se desprendió del líquido. Lucky se sintió balanceado entre las rapidísimas corrientes engendradas.

Por encima de todo, por encima del vapor de agua y las burbujas, por encima del tumulto de las aguas y de la línea de fuego, muy tenue, que ascendió hacia lo alto, explotó una bola de fuego. Allí donde el cable había tocado la carne viva, se produjo un estallido de furiosa energía. Abrió un agujero de tres metros de anchura y otros tantos de profundidad en la montaña viviente que cubría a Lucky.

El joven consejero sonrió torvamente. Era solamente el pinchazo de una aguja en comparación con el gigantesco tamaño del monstruo, pero la parcela se resentiría; o al menos,

Librodot

sufriría unos diez minutos, Los impulsos nerviosos debían viajar con gran lentitud por las curvas de su carnosidad. Cuando el dolor llegase al diminuto cerebro de aquel ser, le distraería y dejaría de pensar en el submarino indefenso posado en el fondo del océano, para concentrarse en su nuevo verdugo.

Pero, pensó Lucky ferozmente, el monstruo no le encontraría. En diez minutos ya habría cambiado de posición. En diez minutos...

Lucky no consiguió completar la idea. Aún no había transcurrido un solo minuto desde que el cable había herido al monstruo, cuando éste atacó.

No había transcurrido ni un minuto, cuando los torturados y machacados sentidos de Lucky le dijeron que era conducido hacia abajo, abajo, abajo... en una corriente turbulenta de agua enloquecida...

10
LA MONTAÑA DE CARNE

El choque embotó todos los sentidos de Lucky. Otro traje de metal ordinario habría quedado doblado, aplastado. Otro hombre de menos temple habría sido arrastrado aguas abajo, hacia el suelo oceánico, golpeado y zarandeado hasta morir.

Pero Lucky luchó con desesperación. Forcejeando contra la poderosa corriente, se llevó el brazo izquierdo al pecho para comprobar los cuadrantes que indicaban el estado de la maquinaria del traje.

Exhaló un gemido. Los indicadores estaban parados, y sus delicadas maquinarias eran cosas sin vida e inútiles. Sin embargo, el suministro de oxígeno seguía funcionando (sus pulmones ya le habrían señalado lo contrario en caso de un descenso de presión), y, obviamente, el traje no tenía filtraciones. Sólo podía esperar que la acción de sus propulsores también fuese correcta.

No servía de nada intentar hallar a ciegas el modo de huir de la corriente por medio de la fuerza engendrada por el traje. Con toda seguridad, carecía de dicha fuerza. Tendría que esperar y jugárselo todo a una sola carta: la corriente marina perdía rápidamente velocidad en el descenso. Agua contra agua constituía una enorme fricción. Al borde del chorro acuático, la turbulencia crecía y penetraba hacia el centro. Un chorro de doscientos metros de anchura, tal como surgía de la trompa del monstruo, sólo podía medir veinte metros de diámetro al llegar al fondo, de acuerdo con la velocidad original y la distancia al suelo del océano.

Y dicha velocidad original también disminuiría. Lo cual no significaba que la velocidad final fuese cosa de risa. Lucky ya había experimentado su fuerza de impacto contra el submarino.

Todo dependía de la distancia a que él se hallase del centro del remolino, de la puntería del monstruo.

Cuanto más esperase, mayores serían sus posibilidades... siempre que no esperase demasiado tiempo. Con la mano forrada de metal sobre los mandos de los propulsores, Lucky se dejó llevar hacia abajo, tratando de aguardar con tranquilidad, intentando adivinar a qué distancia se hallaba del fondo, esperando a cada instante el último golpe que ya no sentiría.

De pronto, al llegar a la cuenta de diez, abrió los propulsores. Los diminutos aparatos situados uno encima de cada omóplato empezaron a vibrar aceleradamente a medida que arrojaban sus chorros de agua perpendicularmente a la corriente central. Lucky se dio cuenta de que su cuerpo adoptaba una nueva dirección en su caída.

Si se hallaba en el justo centro, su acción no serviría de nada. La energía que podía bombear no sería suficiente para superar el poderoso impulso hacia abajo. Sin embargo, si no se hallaba en el centro, su velocidad se reduciría considerablemente y la zona de creciente turbulencia tal vez no estuviese lejos.

Librodot

En tanto reflexionaba de este modo, sintió su cuerpo zarandeado y arrastrado con suma violencia, y comprendió que estaba a salvo.

Mantuvo sus; propulsores en funcionamiento, enviando su fuerza hacia abajo, y mientras tanto, concentró la luz de su reflector en la dirección del suelo oceánico. Lo hizo a tiempo de ver cómo el limo, a unos veinte metros más abajo, explotaba y lo oscurecía todo con una nube de lodo.

Se había apartado de la corriente con apenas unos segundos de margen.

Empezó a ascender a toda la velocidad permi¬tida por los propulsores del traje. Tenía una prisa loca. En la oscuridad del interior de su casco (oscuridad dentro de la oscuridad dentro de la oscuridad), apretó los labios hasta convertirlos en una línea estrecha y juntó las cejas.

Estaba intentando no pensar. Ya había reflexionado demasiado mientras se hallaba en el remolino del océano. Había subestimado al enemigo. Había supuesto que era la parcela gigante quien apuntaba hacia él, cuando no era así. ¡Eran las V-ranas en la superficie del agua las que controlaban el cuerpo de la parcela a través de su mente? Las V-ranas habían apuntado. Y no tenían que conocer las sensaciones de la parcela para saber sí había hecho impacto. Sólo necesitaban leer en la mente de Lucky, sólo necesitaban apuntar a la fuente de las ideas de Lucky.

Por tanto, no se trataba ya de pinchar al monstruo para obligarle a alejarse del Hilda, para que descendiera a las abisales profundidades donde podía expanderse mejor. No, era preciso matar a la parcela cuanto antes.

¡Cuanto antes!

Si el Hilda no podía resistir otro impacto directo, lo mismo le ocurría al traje submarino de Lucky. Los indicadores ya no existían; los controles era probable que pronto siguieran el mismo camino. Y los cilindros de oxígeno líquido podían sufrir daños en sus minigeneradores de campos de fuerza.

Lucky continuó ascendiendo hacia el único lugar seguro. Aunque no había visto la trompa de la parcela, tenía razones para creer que se trataba de un tubo extensible y flexible, que podía apuntar en varias direcciones. Pero el monstruo no podría apuntar a su mismo cuerpo. Por un lado, porque así se haría daño. Por otro, porque la fuerza del agua que expelía impediría que la trompa se doblara en un ángulo tan grande.

De modo que Lucky tenía que situarse muy cerca de la capa inferior del animal, donde no podría alcanzarle el chorro de agua; y tenía que hacerlo antes de que el monstruo consiguiera llenar su vejiga de agua para otro soplido.

Lucky dirigió la luz a lo alto. No le gustaba hacerlo, pues sabía por instinto que la luz le convertía en un blanco demasiado visible. Su mente le dijo que su instinto se equivocaba. El sentido responsable de la rápida respuesta del monstruo a su propio ataque no era la vista.

A veinte metros más arriba, aproximadamente, la luz terminó en una superficie gris, surcada por profundas arrugas. Lucky apenas intentó refrenar su velocidad. La piel del monstruo era esponjosa y su propio traje muy duro. Y en tanto iba meditando sobre esta circunstancia, chocó hacía arriba, y sintió cómo cedía la carne del monstruo.

Durante un momento muy largo, Lucky respiró con alivio. Por primera vez desde que había salido del barco, sentíase moderadamente a salvo. Sin embargo, aquel descanso no duró. En cualquier instante, aquel animal podía volver a atacar (o podía hacerlo la mente maestra que lo controlaba) al submarino. Y esto no debía suceder.

Lucky paseó en torno la luz que surgía de su dedo, con una mezcla de admiración y náusea.

En la cara inferior del monstruo había diversos agujeros de unos dos metros de diámetro en los que, según divisó Lucky por el flujo de burbujas y partículas sólidas, penetraba el agua. A mayores intervalos se abrían unas ranuras que se convertían ocasionalmente en fisuras de tres metros de longitud, las cuales dejaban salir regueros de agua.

Aparentemente, el monstruo se alimentaba de esta manera. Vertía jugos digestivos en la porción de océano atrapado bajo su inmensa mole y después succionaba el agua para extraer las sustancias nutritivas contenidas en ella, y más tarde expulsaba el agua, algunos restos y sus propios residuos.

Obviamente, la parcela no podía permanecer largo tiempo sobre un mismo rincón oceánico o la acumulación de sus propios productos residuales tornarían el lugar insalubre. Claro está, e monstruo no habría continuado tanto tiempo en aquel sitio por su propio instinto, pero bajo el control de las V-ranas...

Lucky se movió a sacudidas de manera involuntaria, y a causa de la sorpresa experimentada concentró el cono de luz en un lugar más próximo En un instante de inaudito horror, comprendió e propósito de aquellas profundas arrugas entrevistas en la capa inferior del monstruo. Se estaba formando una enorme en uno de sus costados succionando hacia dentro, hacia la sustancia misma del ser. Los dos lados de la arruga se restregaban entre sí, siendo el conjunto como un mecanismo triturador con el que la parcela rompía y pulverizaba las partículas alimenticias demasiado grandes para poder pasar directamente por sus poros.

Lucky no aguardó más. No podía arriesgar su maltratado traje contra la fantástica fuerza de los músculos del monstruo. Tal vez resistiese e traje en sí, pero no varios de sus delicados mecanismos.

Volvió la espalda a la carne de la parcela, para apuntarla con sus propulsores, a los que dio toda la energía posible. De pronto, se soltó de donde estaba con un retumbante chasquido, y viró en redondo y hacia atrás.

No volvió a tocar aquella piel, sino que planeó y viajó junto a ella, yendo en contra de la gravedad, siempre subiendo, y apartándose de los bordes externos del extraño ser, hacia su centro.

Llegó de repente a un punto donde la cara inferior del monstruo se convertía otra vez en un muro carnoso que se extendía a ambos lados hasta donde alcanzaba la luz. Aquella pared se estremecía, y estaba obviamente compuesta de un tejido más delgado.

Era la trompa.

Lucky estuvo seguro de que lo era: una caverna gigantesca de cien metros de diámetro, de la que surgía el agua con una furia impetuosa. Lucky la rodeó con cautela. Indudablemente, aquél era el lugar más seguro para él, en la base de la trompa, mas pese a ello fue abriéndose camino con mil precauciones.

Sabía lo que buscaba, por lo que se alejó de la trompa, en dirección al lugar donde la carne del monstruo formaba un bulto mayor. Lucky llegó así a la cúspide del cuenco invertido... ¡había llegado a su objetivo!

Al principio, Lucky sólo oyó un rumor prolongado, casi demasiado profundo para captarlo. En realidad, fue la vibración, más que el sonido, lo que atrajo su atención. Luego, observó el abultamiento en la carne del monstruo. Aquel bulto subía y bajaba: palpitaba. Era una masa enorme, que colgaba unos diez metros hacia abajo, casi tan grande como la trompa.

Aquello tenía que ser el centro del organismo; el corazón o su sustituto. Y aquel corazón palpitaba con unos latidos poderosísimos, y Lucky casi se mareó al tratar de imaginárselo. Aquellos latidos debían de durar unos cinco minutos cada uno, durante los cuales debían de pasar miles de metros cúbicos de sangre (o el fluido vital de aquel ser) por las venas, suficientemente grandes como para contener al Hilda. Uno de tales latidos debía de bastar para enviar la sangre a un kilómetro de distancia, ¡da y vuelta.

«¡Vaya mecanismo! -pensó Lucky maravillado-. ¡Si fuese posible capturar vivo uno de tales monstruos y estudiar su fisiología...!»

En aquel abultamiento también residiría el cerebro de la parcela. ¿Cerebro? Tal vez su cerebro no fuera más que un puñado de células nerviosas sin el que el monstruo podría seguir viviendo.

¡Tal vez! Pero no podría vivir sin corazón. Este acababa de completar un latido. El bulto central se había contraído casi hasta la nada. Y el corazón se relajaba para otro latido de cinco minutos o más, momento en que se ensancharía y dilataría al penetrar en él la sangre.

Lucky levantó el arma y con el rayo de luz dirigido al gigantesco corazón, se dejó caer. Sería preferible no acercarse demasiado, aunque por otra parte, no podía fallar el golpe.

Por un momento, experimentó un intenso pesar. Desde el punto de vista científico era casi un crimen matar a uno de los seres más poderosos y raros de la naturaleza.

¿Era este pensamiento uno de los impuestos en su propia mente por las V-ranas desde la superficie del océano, o era sólo producto de su cerebro?

No se atrevió a esperar más. Afianzó la presa en el mango de su arma. El cable surgió. Entró en contacto y los ojos de Lucky quedaron cegados por el destello lumínico que chamuscó ferozmente la pared cercana al corazón del monstruo.

Durante varios minutos, el agua hirvió con las convulsiones de muerte de aquella montaña de carne. Toda su masa se retorció en sus inmensos dolores agónicos. Lucky, zarandeado en todas direcciones, se sintió totalmente indefenso.

Trató de comunicarse con el Hilda, pero la respuesta sólo consistió en crujidos irregulares, siendo obvio que también el submarino se balanceaba alocadamente.

Pero la muerte, cuando sobreviene, debe penetrar finalmente hasta el último gramo de cualquier vida, aunque posea cien millones de toneladas. Por fin, el agua empezó a calmarse.

Y Lucky fue descendiendo lenta, muy lentamente, cansado, casi de forma mortal.

Volvió a llamar al Hilda.

«Está muerto -pensó-. Enviaré el pulso direccional y lo seguiré hasta el fondo.»

Lucky permitió que Bigman le quitara el traje submarino, y hasta logró sonreír cuando el pequeño marciano le contempló sumamente angustiado.

-Pensé que no volvería a verte, Lucky -confesó, tragando saliva ruidosamente.

-Si vas a llorar -rió Lucky-, vuelve la cabeza hacia otro lado. No he salido del océano para mojarme también aquí. ¿Qué tal marchan los generadores principales?

-Bien -intervino Evans-, pero aún pasará algún tiempo antes de que puedan entrar en funcionamiento. La última convulsión marina ha roto una de las soldaduras.

-Bien -exclamó Lucky-, tendremos que servirnos de ellos tal como estén. Las cosas -suspiró al sentarse-, no salieron como yo esperaba.

-¿En qué aspecto? -quiso saber Evans.

-Tuve la idea de pinchar al monstruo para que nos libertase, alejándose de aquí. Esto no sirvió de nada, y he tenido que matarle. Y el resultado es que la masa inerte de su inmenso cuerpo muerto ha caído encima del Hilda, lo mismo que una tienda de campaña al desplomarse por la acción del viento.

11.
¿A LA SUPERFICIE?

-¿O sea que estamos atrapados otra vez? -inquirió Bigman, horrorizado.

-Más o menos -respondió Lucky con frialdad-. Aunque, si quieres, puedes decir también que estamos a salvo. Ciertamente, más a salvo que en ningún otro lugar de Venus. Nadie puede perjudicarnos físicamente con esa montaña de carne muerta encima. Y cuando los generadores funcionen a pleno rendimiento, forzaremos la salida. Bigman, ocúpate de esa maquinaria; y tú, Evans, sirve un poco de café y charlaremos. Tal vez no tengamos ocasión de otra conversación tranquila.

Lucky agradeció aquel respiro, aquel momento en que sólo era posible hablar y reflexionar.

Librodot

Evans, no obstante, estaba trastornado. Sus ojos de color azul estaban arrugados en las comisuras.

-¿Estás preocupado? -le preguntó Lucky.

-Lo estoy. ¿Qué diablos haremos?

-He meditado en esto -dijo Lucky-. Por in¡ parte, opino que lo mejor sería transmitir la historia de las V-ranas a alguien que pueda estar a salvo de su control mental.

-Bien, ¿a quién?

-A nadie de Venus.

-¿Intentas decirme -preguntó Evans, mirando fijamente a su amigo- que todo el mundo está bajo control en Venus?

-No, pero sí que puede estarlo todo el mundo. Al fin y al cabo, existen diferentes métodos por medio de los cuales esos seres pueden manipular los cerebros humanos. -Lucky apoyó un brazo sobre el respaldo del sillón de pilotaje y cruzó las piernas-. En primer lugar, sólo es posible controlar completamente la mente humana durante un período de tiempo muy corto. ¡Control completo! Durante ese intervalo, un ser humano puede verse obligado a ejecutar actos contrarios a su naturaleza, actos que dañen su propia vida y la de los demás: los pilotos de la astronave de cabotaje, por ejemplo, cuando Bigman y yo aterrizamos en Venus.

-Esa clase de control no ha sido el mío -objetó Evans con pesar.

-Lo sé. Esto es lo que no comprendió Morris. Estaba seguro de que tú no te hallabas bajo control sólo porque no presentabas señales de amnesia. Pero existe un segundo tipo de control que es el que tú sufriste. Es menos intenso, ya que la persona conserva la memoria. Sin embargo, por ser menos intenso, no es posible obligar al individuo a que obre en contra de su naturaleza; por ejemplo, no es posible obligarle a matarse. Y no obstante, el poder de ese control dura más tiempo, días y no horas. Las V-ranas ganan en tiempo lo que pierden en intensidad. Bien, tiene que existir una tercera clase de control.

-¿Cuál?

-Un control que sea aún menos intenso que el del segundo tipo. Un control tan suave que la víctima ni siquiera se da cuenta del mismo, aunque lo bastante fuerte para que su mente pueda ser escudriñada a fin de conseguir información. Por ejemplo, tenemos el caso de Lyman Turner.

-¿El ingeniero jefe de Afrodita?

-El mismo. Es un magnífico ejemplo. ¿No lo entiendes? Considera que ayer hubo un hombre en la escotilla de la cúpula, sentado con una palanca en la mano, poniendo en peligro a toda la ciudad, y tan protegido en torno suyo, tan rodeado de alarmas, que nadie podía acercársele sin avisarle, hasta que Bigman se metió por el tubo de la ventilación. ¿No es esto raro?

-No. ¿ Por qué?

-Aquel individuo llevaba en su empleo sólo algunos meses. No era un verdadero ingeniero. Su labor era más bien la de un empleado o un oficinista. ¿Dónde obtuvo la información para protegerse en la escotilla? ¿Cómo conocía tan perfectamente los sistemas de fuerza y alarma de aquella sección de la cúpula?

-Sí -silbó Evans, frunciendo los labios pensativamente-, te concedo un tanto.

-Pero eso no le extrañó a Turner. Antes de salir de la ciudad con este submarino le interrogué al respecto. Claro está, no le di a conocer mi verdadero objetivo. El mismo me contó lo referente a la inexperiencia de aquel sujeto, pero no se dio cuenta de la incongruencia de la situación. Y sin embargo, ¿quién pudo transmitirle la información? ¿Quién, sino el ingeniero jefe? ¿Quién mejor que él?

-Exacto, exacto...

-Entonces, supongamos que Turner se hallaba bajo un control mitigado. Las V-ranas pudieron así obtener tal información de su cerebro. Y pudo ser dominado hasta el punto de no hallar nada raro en la situación. ¿Comprendes mi punto de vista? Bien, tenemos a Morris...

-¿También Morris? -se sobresaltó Evans.

-Es posible. Está convencido de que se trata de los habitantes de Sirio, quienes desean apoderarse de las fórmulas de los hongos. No ve otra cosa. ¿Se trata de un error suyo o ha sido convencido sutilmente? Estuvo dispuesto a sospechar de ti Lou..., muy dispuesto. Y un consejero debería estar menos predispuesto a sospechar de un colega.

-¡Espacio infinito! -exclamó Evans-. Entonces, ¿quiénes están a salvo, Lucky?

-En Venus, nadie -respondió el joven, contemplando su taza vacía-. Esta es mí creencia. Por tanto, tenemos que transmitir la historia y la verdad a otra persona. A alguien que esté fuera de Venus.

-¿Cómo?

-Buena pregunta. ¿Cómo?

Lucky Starr reflexionó largamente sobre el asunto.

-No podemos marcharnos de aquí físicamente -razonó Evans-. El Hilda sólo puede navegar por el océano, y no por la atmósfera y menos por el espacio. Y si regresamos a la ciudad en busca de algo más adecuado, no podremos volver a salir de allí.

-Tienes razón -asintió Lucky-, pero no es preciso que dejemos Venus en carne y hueso. Sólo tiene que salir nuestra información.

-Si te refieres a la radio, no sirve -objetó Evans-. El aparato instalado en este submarino es exclusivamente intra-Venus. No es un aparato subetérico, de modo que no llega a la Tierra. Aquí abajo, en realidad, el instrumento no alcanzaría más arriba del océano. Sus ondas están destinadas a reflejarse en la superficie del agua hacia abajo. Además, aunque pudiéramos transmitir hacía el éter, no llegaríamos a la Tierra.

-No es necesaria tal cosa -replicó Lucky tranquilamente-. Existe algo entre Venus y la Tierra que serviría para el caso.

Por un momento, Evans estuvo petrificado.

-Ah -exclamó tras una pausa-, te refieres a las estaciones espaciales.

-Naturalmente. En torno a Venus hay dos. La Tierra se halla a una distancia de cuarenta a setenta millones de kilómetros, pero las estaciones están solamente a tres mil kilómetros de aquí. Y no pueden tener V-ranas en las estaciones. Morris dijo que no les gusta el oxígeno libre, y no es posible pensar que hayan dispuesto cámaras especiales de anhídrido carbónico para criarlas en las estaciones, considerando la economía que reina en las mismas. Bien, si lográsemos enviar un mensaje a una de las estaciones, para que fuese transmitido a la Tierra, estaríamos salvados.

-¡De acuerdo, Lucky! -gritó Evans con excitación-. Es la única posibilidad. Los poderes mentales de las V-ranas no pueden salvar esos tres mil kilómetros de espacio... -De pronto, su rostro se ensombreció-. No, esto no servirá. La radio de este submarino no puede atravesar la superficie del océano.

-Tal vez no desde aquí. Pero supongamos que subimos a la superficie y transmitimos directamente desde allí a la atmósfera.

-¿A la superficie?

-¿Por qué no?

-Pero están allí... ¡Las V-ranas

-Lo sé.

-Nos controlarán.

-¿De veras? -replicó Lucky-. Jamás han dominado, que yo sepa, a quien las conoce, a quien sabe lo que ha de esperar de ellas, a quien está dispuesto a resistirlas mentalmente. Casi todas las víctimas las mimaban, sin sospechar nada. En tu caso, tú mismo las invitaste a tu cerebro. Y ahora, yo estoy en guardia y no me propongo enviarles ninguna invitación.

-No lo lograrás, repito. Tú no sabes cómo son.

-¿Puedes sugerir una alternativa?

Antes de que Evans pudiera responder, entró Bigman bajándose las mangas.

-Todo listo -anunció-. Salgo fiador de los generadores.

Librodot

Lucky asintió y se instaló ante los mandos, mientras Evans continuaba en su asiento, con los ojos nublados por la incertidumbre.

Volvió a resonar el zumbido de los motores, tranquilizador y suave. Aquel sonido amortiguado era como una canción, y bajo los pies se sentía la extraña impresión de la suspensión y el movimiento, jamás experimentada en una nave espacial.

El Hilda avanzaba ya a través de la burbuja de agua que estaba atrapada bajo la mole caída de la parcela gigante, acelerando progresivamente.

-¿Qué espacio tenemos? -preguntó Bigman con inquietud.

-Cosa de un kilómetro -respondió Lucky.

-¿Y si no pasamos? -insistió el marciano-. ¿Y si al chocar nos quedamos atascados, como el hacha al golpear un tocón?

-Entonces, retrocederemos y probaremos de nuevo.

Durante un instante reinó el silencio, hasta que Evans murmuró:

-Estar encerrado aquí abajo, rodeado por la carnaza del monstruo, es como estar en una cámara -lo dijo casi para sí.

-¿ En una... qué? -inquirió Lucky.

-En una cámara -repitió Evans, aún abstraído-. Las construyeron en Venus. Son pequeñas cúpulas de transita instaladas bajo el nivel del suelo oceánico, como los sótanos contra los ciclones o los refugios contra las bombas en la Tierra. Serían una buena protección contra los aludes de agua en caso de una enorme grieta en una cúpula, o sea un venusmoto. Creo que jamás se han utilizado, pero los mejores edificios de apartamentos siempre anuncian que poseen servicio de cámaras para casos de emergencia.

Lucky le escuchaba sin decir nada.

El zumbido de los motores aumentó de volumen.

-¡Cuidado! -advirtió Lucky.

Tembló cada centímetro del submarino, y súbita, casi irresistible deceleración obligó a Lucky a caer contra el cuadro de mandos. Los nudillos de Bigman y Evans se pusieron blancos, y se tensaron sus muñecas hasta el límite cuando se asieron a las varillas de apoyo con toda su fuerza.

El submarino aflojó la marcha pero no se paró. Con los motores a pleno rendimiento y los generadores protestando con estridencia, lo que hizo que Lucky casi les guiñase un ojo de complicidad, el Hilda se internó por entre la piel, la carne y los tendones, a través de las venas vacías de sangre y de los inútiles nervios que parecían cables de medio metro de grosor. Lucky, con la mandíbula tensa y firme, mantuvo la palanca de impulsión al máximo contra la desgarradora resistencia.

Transcurrieron largos minutos, y de pronto, con un suspiro triunfal de los motores, llegaron al otro lado del monstruo... al otro lado del monstruo y una vez más a mar abierto.

Silenciosa y suavemente, el Hilda se elevó a través del agua fangosa y saturada de anhídrido carbónico del océano de Venus. El silencio mantuvo en suspenso a los tres amigos, un silencio que parecía deberse a la osadía con la que estaban luchando contra la fortaleza de la vida hostil de Venus. Evans no había pronunciado una sola palabra desde que el monstruo había quedado más abajo. Lucky sólo estaba atento a los man¬dos, sentado en el sillón giratorio del piloto, tabaleando suavemente con los dedos sobre sus rodillas. Incluso el irónico Bigman se hallaba sombrío en la portilla posterior, observando por el amplio campo visual.

-¡Lucky, mira esto! -gritó de pronto el marciano.

El aludido se dirigió a su lado. Juntos miraron en silencio. En toda la extensión dominada desde la portilla sólo se veía la quimérica luz de unos pequeños seres fosforescentes, espesos y blandos, pero en otra dirección había un muro, un muro monstruoso que brillaba en una amalgama de colores cambiantes.

Librodot

-¿Crees que es la parcela, Lucky? -preguntó Bigman medrosamente-. No brillaba así cuando bajamos; además, una vez muerta no puede brillar, ¿verdad?

-En cierto modo -replicó Lucky pensativamente-, sí, es la parcela. Creo que todo el océano se está reuniendo para el festín.

Bigman volvió a mirar y se sintió mareado. ¡Naturalmente! Había allí centenares de millones de toneladas de carne como alimento, y la luz que resplandecía pertenecía a los pequeños seres de las aguas superficiales que se nutrían con el monstruo muerto.

Aquellos animalitos pasaban velozmente por delante de la portilla, moviéndose siempre en la misma dirección. Avanzaban hacia popa, hacia la montañosa carcasa que el Hilda había dejado atrás.

Los más destacados eran los peces flecha de todos los tamaños. Cada uno presentaba una línea fosforescente recta y blanca que indicaba su espinazo (no era realmente un espinazo, sino solamente una varilla descoyuntada de una sustancia córnea). A un extremo de la línea blanca había una V de color amarillento que marcaba la cabeza. A Bigman le pareció que un enjambre innumerable de flechas animadas se cruzaban con el barco, aunque mentalmente distinguió sus mandíbulas de dientes agudos y afilados, cavernosas, hambrientas, furiosas en su voracidad.

-¡Grandes galaxias! -exclamó Lucky.

-¡Arenas de Marte! -añadió Bigman-. Todo el océano debe de estar vacío. Todos sus habitantes se reúnen en este sitio.

-A la velocidad que deben engullir esas flechas -calculó Lucky-, el monstruo habrá desaparecido en doce horas.

-Lucky, quiero hablar contigo -sonó la voz de Evans a espaldas de ambos amigos.

-Claro, ¿qué pasa, Lou? -preguntó Lucky, volviéndose.

-Cuando sugeriste subir a la superficie, preguntaste sí yo podía proponer una alternativa.

-Lo sé. Y tú no contestaste.

-Ahora puedo hacerlo. En realidad, mi respuesta es que debemos volver a la ciudad.

-Eh, ¿a qué viene eso? -gritó Bigman desde el mirador,

Lucky no tenía necesidad de hacer preguntas. Le palpitaron las aletas de la nariz, e interiormente se enfureció consigo mismo por aquellos instantes pasados en el mirador cuando todo su corazón, toda su mente y toda su alma hubiesen debido concentrarse en el asunto que estaban tratando.

Porque en la mano de Evans, cuando la levantó del costado, se hallaba el desintegrador de Lucky, y en las pupilas del consejero se leía una tremenda determinación.

-Sí, vamos a regresar a la ciudad -repitió Evans.

12
¿A LA CIUDAD?

-¿Qué ocurre, Lou? -Inquirió Lucky.

Evans indicó con impaciencia su arma.

-Invierte la palanca de los motores, emprende el viaje hacia abajo, pon la proa del submarino hacia la ciudad. Tú, no, Lucky. Deja que Bigman lo haga; luego, ponte a su lado para que pueda vigilaros a ambos, y también a los mandos.

Bigman tenía las manos levantadas, y miraba a Lucky. Este mantuvo los brazos a los costados.

-Bien, ¿quieres decirme qué te ocurre? -preguntó Lucky flemáticamente.

-No me ocurre nada -repuso Evans-. Nada en absoluto. A ti te ocurre. Tú mataste al monstruo, y luego volviste y anunciaste que íbamos a subir a la superficie. ¿Por qué?

-Ya expliqué mis razones.

-No las creo. Si afloramos, las V-ranas se apoderarán de nuestras mentes. Ya he sufrido una experiencia con ellas, y por eso sé que ya han penetrado en tu cerebro.

-¿Qué? -estalló Bigman-. ¿Estáis ambos locos?

-Yo sé lo que hago -aseguró Evans, vigilando estrechamente a Lucky-. Si lo meditas con frialdad, Bigman, comprenderás que Lucky está bajo la influencia de las V-ranas. No olvides que también es amigo mío. Le conozco desde antes que tú, Bigman, y me irrita tener que llegar a este extremo, pero no hay otra solución. He de hacerlo.

-Lucky -murmuró Bigman, después de contemplar a los dos hombres-, ¿es cierto que las V-ranas se han apoderado de ti?

-No.

-¿Qué esperas que diga? -sonrió Evans sin humor-. Claro que sí. Para matar al monstruo tuvo que ascender casi hasta la superficie. Y allí le aguardaban las V-ranas, lo bastante cerca para atacarle. Le dejaron matar al monstruo. ¿Por qué no? Las malditas debieron alegrarse de cambiar el control de la parcela por el control de Lucky, y, por esto éste empezó a querer convencernos de la necesidad de subir a la superficie, donde todos estaremos entre las V-ranas, atrapados por ellas... Atrapados los únicos individuos que conocen toda la verdad.

-Lucky... -suplicó Bigman, con incertidumbre.

-Estás equivocado, Lou -replicó Lucky, sin perder la serenidad-. Lo que haces ahora es el resultado de tu propio cautiverio. Estuviste ya bajo el control de esos seres, y ahora ellos ya conocen tu mente. Pueden penetrar en la misma a voluntad. Tal vez nunca te dejaron libre por completo. Sólo haces lo que te ordenan.

Evans apretó con más fuerza el desintegrador.

-Lo siento, Lucky, pero no me convences. Haz que el submarino regrese a la ciudad.

-Lou, si no estás bajo control... -objetó Luc¬ky-, si tienes la mente libre... dispararás contra mí si llevo el submarino a la superficie, ¿verdad?

El otro no contestó.

-Tendrás que matarme, Lou. -continuó Lucky-. Sería tu deber ante el Consejo y ante la humanidad. Por otro lado si te hallas bajo control mental, puedes verte obligado a amenazarme, a intentar que cambie el rumbo del submarino, pero dudo que puedas verte forzado a matarme. Asesinar a un amigo y consejero como tú, sería ir demasiado en contra de tus ideas básicas. De modo que... devuélveme el desintegrador.

Lucky avanzó hacia Evans con la mano extendida.

Bigman abrió los ojos, aterrado.

Evans retrocedió.

-Te lo advierto, Lucky -murmuró roncamente-. Dispararé.

-No. Y me entregarás esa arma.

Evans se hallaba pegado a la pared.

-¡Dispararé! -profirió a gritos-. ¡Dispararé!

-¡Detente, Lucky! -exclamó Bigman.

Pero el joven terráqueo ya se había detenido y empezaba a retroceder. Lenta, muy lentamente, retrocedía.

Evidentemente, la razón había abandonado las pupilas de Evans, el cual estaba de pie, como una estatua, con el dedo firmemente apoyado en el gatillo.

-Volvamos a la ciudad -ordenó, con tono seco.

-Pon, el submarino rumbo a la ciudad, Bigman -le instruyó Lucky al marciano.

Este se dirigió a los mandos.

-Se halla bajo control mental, ¿verdad? -musitó en voz muy baja.

-Temí que ocurriese esto -asintió Lucky en el mismo tono-. Lo han puesto bajo control intenso para asegurarse de que dispare. Y dispararía, no hay la menor duda. Ahora sufre amnesia. Cuando esto termine, no recordará nada de este episodio.

-¿Puede oímos?

Bigman se acordaba de los dos pilotos de la nave costera con la que habían llegado ellos a Venus y de su aparente indiferencia hacia el mundo que les rodeaba.

-No creo -repuso Lucky-, pero está vigilando los mandos, y si nos desviásemos de la debida dirección, dispararía. Trata de no equivocarte.

-Bien, ¿qué haremos después?

-Volver a la ciudad -fue Evans quien respondió con tono helado-. ¡Deprisa!

Lucky, inmóvil, con los ojos fijos en el cañón del desintegrador, empuñado por su amigo, le susurró un par de frases a Bigman.

El marciano asintió con el más leve de los gestos.

El Hilda avanzaba por donde había pasado ya camino de la ciudad.

Lou Evans, consejero de la Tierra, estaba adosado a la pared pálido y severo el rostro, con sus pupilas implacables yendo de Lucky a Bigman, y a los mandos. Su cuerpo, inmóvil por la obediencia debida a los seres que controlaban su mente, ni siquiera experimentaba la necesidad de cambiar el desintegrador de mano.

Lucky aguzó los oídos para captar el ligero rumor del rayo-guía de Afrodita, que parecía zumbar ya de manera constante en el mecanismo remolcador del submarino. El rayo-guía irradiaba en todas direcciones, en una longitud de onda definida, desde la cúspide de la cúpula de Afrodita. La ruta de regreso a la ciudad era tan obvia como si Afrodita estuviese ya a plena vista y sólo a cien metros de distancia.

Lucky sabía por el volumen exacto del bajo zumbido del rayo-guía que no se aproximaban directamente a la ciudad. Existía una mínima diferencia, muy poco audible. Para los oídos controlados de Evans, era fácil que aquella diferencia pasara inadvertida. Lucky lo deseaba con el máximo fervor.

Trataba de seguir la mirada vidriosa de Evans cuando sus ojos se fijaban en los mandos. Ahora estaba seguro de que aquella mirada estaba posada en el indicador de profundidad. Era un cuadrante grande y sencillo que medía la presión del agua. A la distancia a que se hallaba Evans, era fácil ver que el Hilda no apuntaba hacia la superficie.

Lucky estaba seguro de que, de variar un ápice la aguja de aquel indicador, Evans dispararía sin la menor vacilación.

Aunque no se atrevía a pensar por temor a que sus ideas fuesen captadas por las V-ranas, Lucky no pudo por menos de maravillarse ante la idea de por qué Evans no disparaba en cualquier instante. Los tres estaban ya sentenciados a muerte bajo la presión del monstruo marino, y en cambio ahora eran conducidos a Afrodita.

¿O dispararía Evans tan pronto como las V-ra¬nas venciesen los últimos escrúpulos que aún anidaban en la mente de su cautivo?

El rayo-guía bajó un poco más de tono. Los ojos de Lucky volvieron a observar agudamente a Evans. ¿Era imaginación suya, o brillaba una chispa de algo (no exactamente de emoción, pero sí de algo) en los ojos del consejero?

Una fracción de segundo más tarde fue ya algo más que simple imaginación, ya que los bíceps de Evans se atirantaron visiblemente, al levantarse el brazo con lentitud.

¡Iba a disparar!

En el instante en que esta idea pasaba raudamente por la mente de Lucky, y sus músculos se tensaban involuntariamente ante el inevitable disparo, el submarino chocó con algo. Evans, cogido por sorpresa, trastabilló hacia atrás. Y el desintegrador se deslizó de entre sus dedos.

Lucky actuó velozmente. El mismo impulso que arrojó a Evans hacia atrás, a él lo echó hacia delante. De este modo, cayó rodando sobre su amigo, al que asió por la muñeca con una garra de acero.

Pero Evans no era ningún pigmeo y luchó con el furor diabólico impuesto por sus captores. Dobló las rodillas hacia arriba, atrapó a Lucky por los muslos, y empujó. El

submarino, balanceándose aún, añadió por casualidad impulso al movimiento de Evans y éste quedó encima de Lucky.

El puño de Evans salió disparado, pero un hombro de Lucky paró el golpe. Entonces, levantó sus propias rodillas y apresó a Evans en una llave de tijera por encima de las caderas.

El rostro de Evans quedó desencajado por el dolor. Se retorció, pero Lucky se retorció con él y volvió a situarse encima. Sentose, con las piernas manteniendo su presa, y afianzándola más aún.

-Lou -murmuró Lucky-, no sé si puedes oírme o entenderme...

Evans no le hizo caso. Con una contorsión final del cuerpo, logró elevarse, y también a Lucky, por el aire, destruyendo la llave de aquél.

Lucky rodó al chocar de nuevo con el suelo y se incorporó con la velocidad del rayo. Asió el brazo de Evans cuando éste se puso en pie y lo torció por encima de su hombro. Un empujón y Evans cayó de espaldas. No se movió.

-¡Bigman! -gritó Lucky, jadeando y pasán¬dose una mano por su alborotado cabello.

-Aquí estoy -repuso el pequeño marciano, sonriendo y entregándole el desintegrador a Lucky-. Por si acaso, ya estaba preparado.

-Está bien. Guarda este desintegrador, Bigman, y ocúpate de Evans. Mira si tiene algún hueso roto. Luego, átale.

Lucky volvió a concentrarse en los mandos, y con precauciones infinitas condujo el submari¬no lejos de los restos de la carcasa del monstruo que había matado horas antes.

La jugada de Lucky había dado buen resultado. Había supuesto que las V-ranas, preocupadas con las mentalidades y sus controles, no tendrían un concepto claro del volumen físico de la parcela, lo cual, junto con su falta de experiencia de las travesías submarinas, les impediría comprender el significado del leve cambio de rumbo efectuado por Bigman. Toda la jugada se había apoyado en las frases susurradas por Lucky a Bigman cuando éste puso el barco rumbo a la ciudad bajo la amenaza de Evans.

-Al socaire del monstruo -había susurrado.

El Hilda volvió a cambiar de rumbo. Su proa apuntó hacia arriba.

Evans, amarrado a su litera, miró con el rostro enrojecido a Lucky.

-Lo siento -musitó.

-Lo comprendemos muy bien, Lou. No sufras por esto -repuso Lucky con tono ligero-. Pero no podemos soltarte por el momento. Lo entiendes, ¿eh?

-Sí. Y si quieres, ponme más nudos. Me lo merezco. Créeme, Lucky, apenas recuerdo nada.

-Mira, amigo, será mejor que duermas un rato -la mano de Lucky palmeó el hombro de su amigo-. Te despertaremos cuando Reguemos a la superficie, si llegamos.

Hubo una pausa.

-Bigman -le ordenó al marciano-, recoge todas las armas que encuentres a bordo. De cualquier clase. Busca en las alacenas, en las taquillas, en todas partes.

-¿Y qué hago con ellas?

-Tirarlas -fue la escueta respuesta.

-¿Qué?

-Ya me has oído. Empieza a moverte. Podrías quedar controlado, ¿entiendes? -explicó al observar la expresión asombrada del marciano- O yo. Y en tal caso, quiero que no pueda repetirse la escena de antes. Además, las armas físicas son inútiles contra las V-ranas.

Uno a uno, dos desintegradores, más los látigos eléctricos de cada traje submarino, pasaron a través del vaciador de basura. La abertura del vaciador se hallaba al ras de la pared, al lado del botiquín de urgencia, y todas las armas fueron arrojadas al agua a través de las valvas de un solo sentido.

-Esto me hace sentir desnudo -comentó Bigman, mirando por la portilla, ansiando ver por última vez aquellas armas.

Sólo una luz fosforescente pasó por delante del cristal, señalando la presencia de un pez flecha. Nada más.

El indicador de presión de agua descendía lentamente. Al principio estaban a más de mil metros de profundidad. Ahora, se hallaban a menos de setecientos.

Bigman seguía mirando por la portilla.

-¿Qué miras? -quiso saber Lucky.

-Pensé que habría más luminosidad a medida que subiéramos.

-Lo dudo -replicó Lucky-. Las algas marinas obstruyen por completo la superficie. Reinará la oscuridad hasta que afloremos.

-¿Crees que tropezaremos con algún pesquero, Lucky?

-No es probable.

Se hallaban ya a sólo quinientos metros.

-Oye, Lucky -exclamó Bigman, con un visible esfuerzo por cambiar el curso de sus propios pensamientos-, ¿por qué hay tanto anhídrido carbónico en la atmósfera de Venus? Con tantas plantas... Se supone que los vegetales convierten el anhídrido carbónico en oxígeno, ¿no?

-En la Tierra, sí. Sin embargo, recuerdo mi cursillo de xenobotánica. La vida vegetal de Venus posee una cualidad propia. Las plantas terrestres envían su oxígeno al aire; las de Venus almacenan el suyo en forma de compuestos de alto contenido de oxígeno en sus tejidos. -Hablaba distraídamente, como sí también utilizase sus explicaciones para no pensar-. Por esto no respira ningún animal venusiano. Obtienen todo el oxígeno necesario con sus alimentos.

-¿Cómo lo sabes? -se admiró Bigman.

-En realidad, su comida probablemente posee demasiado oxígeno para ellos, de lo contrario no les entusiasmarían tanto los alimentos con poco oxígeno, como la grasa de motores que tú le diste a aquella V-rana. Al menos, ésta es mi teoría.

Se hallaban a sólo doscientos metros de la su¬perficie.

-A propósito -comentó Lucky-, buena navegación. Me refiero a la forma en que atravesaste el monstruo, Bigman.

-Oh, no fue nada -repuso el marciano con modestia, aunque enrojeciendo de placer por la alabanza de Lucky.

Este contempló el cuadrante de la presión. Faltaban cien metros para la superficie.

Reinó el silencio.

De pronto se oyó un sonido chirriante, rasposo, arriba; hubo una súbita interrupción del suave ascenso; un jadeo de los motores, y una rápida claridad a través del mirador, junto con una visión parpadeante de un cielo nublado y una superficie marina fangosa por entre restos y fibras de algas. El agua estaba agitada por diminutos chapoteos.

-Está lloviendo -observó Lucky-. Y ahora temo que tendremos que aguardar a que las V-ranas vengan por nosotros.

-Bien... -añadió Bigman en voz baja-, pues... aquí están ya.

¡Porque moviéndose al otro lado del cristal, observando el submarino con sus ojos negros y acuosos, las largas patas plegadas bajo el cuerpo y los membranosos pies asiendo firmemente el tallo de un alga marina, se hallaba una V-ranal

13
ENCUENTRO DE MENTES

El Hilda continuó navegando por las agitadas aguas del océano venusiano. Las salpicaduras de la lluvia, fuerte y constante, -tamborileaban sobre el casco exterior en una especie de ritmo terráqueo. Para Bigman, criado en Marte, la lluvia y el océano eran algo extraño, pero a Lucky le recordaban su hogar con añoranza.

-¡Mira esa V-rana, Lucky! -le instó Bigman-. ¡Mírala!

Librodot

-Ya la miro -respondió Lucky calmosamente.

Bigman limpió el cristal con la manga y pegó la nariz al mismo para ver mejor.

«¡Eh -se dijo de pronto-, será mejor que no la mire muy de cerca! »

Saltó hacia atrás, y deliberadamente metió el meñique de cada mano en las comisuras de la boca, separándolas a la máxima distancia. Sacó la lengua, bizqueó y movió los demás dedos.

La V-rana le miró solemnemente. No había movido un solo músculo desde su aparición ante el mirador. Se limitaba a balancearse al impulso del viento. No parecía importarle, o no estaba enterada, de la lluvia que se abatía a su alrededor y sobre su cuerpo.

Bigman contorsionó su rostro de manera aún más horrible y le gritó: «¡A ... aaa... aaahhh! » al extraño ser.

-¿Qué estás haciendo, Bigman? -le preguntó Lucky por encima del hombro.

El marciano saltó, se quitó las manos de la boca y su cara volvió a adoptar su expresión normal.

-Le estaba demostrando a esa V-rana -sonrió luego- lo que pienso de ella.

-¡Y yo voy a demostrarte ahora mismo lo que pienso de ti!

El corazón de Bigman perdió un latido. La voz de Lucky contenía una nota de reprobación. Claro, en una crisis semejante, en momento de tanto peligro, él, Bigman, se dedicaba a hacer muecas como un tonto. Se ruborizó.

-No sé qué me ha pasado, Lucky -tartamudeó.

-Fue cosa de las V-ranas -le explicó Lucky-. Compréndelo. Esos bichos están buscando nuestros puntos débiles. Y cuando puedan, penetrarán en nuestras mentes, y una vez en ellas tal vez nos incapaciten para combatirlas. De modo que no cedas a ningún impulso hasta que estés seguro de ti mismo.

-Sí, Lucky -asintió Bigman, muy contrito.

-Bien, ¿y ahora qué?

Lucky paseó la mirada por el interior del submarino. Lou Evans dormía, moviéndose agitadamente y respirando con dificultad. Los ojos del terráqueo se posaron en él unos instantes y después los desvió.

-Lucky... -le llamó Bigman casi con timidez.

-Dime.

-¿No piensas llamar a la estación espacial?

Por un momento, Lucky contempló a su compañero sin entender la sugerencia. Luego, lentamente, desaparecieron las arrugas que rodeaban sus ojos y susurró:

-¡Grandes galaxias! Lo había olvidado. ¡Bigman, lo había olvidado! No había vuelto a acordarme de ello.

Bigman señaló con el pulgar por encima del hombro, en dirección al mirador, por el que todavía estaba atisbando la V-rana como un mochuelo.

-Quieres decir que...

-Sí, ellas. ¡Por todos los espacios, debe de haber millares ahí fuera!

Medio avergonzado, Bigman admitió esta declaración casi con alegría, al comprobar que Lucky también se había dejado atrapar por aquellas ranas venusianas. Esto le libraba de la vergüenza que, de otro modo, le habría abrumado. En realidad, Lucky ahora ya no tenía derecho a reñirle ni a...

El marciano cortó aquella corriente de ideas, sumamente confuso. Estaba experimentando rencor hacia Lucky. Ah, no era él, no... ¡Eran ellas!

Ferozmente, apartó toda idea de su cerebro y lo concentró en Lucky, cuyos dedos se hallaban ya en el transmisor, ajustando la longitud de onda necesaria par poder radiar al espacio.

De pronto, la cabeza de Bigman cayó hacía atrás ante un nuevo y extraño sonido.

Era una voz átona, sin acento alguno.

-No hagas nada con tu máquina de enviar sonidos muy lejos... Nosotros no lo queremos.

Bigman dio media vuelta. Abrió mucho la boca y, por un momento, fue incapaz de cerrarla.

-¿Quién ha hablado? -inquirió-. ¿Dónde estaba la voz?

-Tranquilo, Bigman -le aconsejó Lucky-. Ha sonado dentro de tu cabeza.

-¡No habrá sido la V-rana!

-¡Grandes galaxias! ¿Quién, si no?

Bigman se volvió hacia el mirador, para contemplar otra vez las nubes, la lluvia... y la sinuosa V-rana.

Una vez más en su azarosa existencia, Lucky experimentaba el dolor de que mentes ajenas a la suya imprimiesen sus pensamientos en su cerebro. La primera fue cuando encontró a los seres de energía inmaterial que moraban en las profundas oquedades de Marte. Allí, dichos seres también se apoderaron de su mente, pero la entrada de las nuevas ideas no fue penosa, al contrario, casi agradable. Se daba cuenta de su desvalimiento, pero a la vez se hallaba desprovisto de todo temor.

Ahora se enfrentaba con un peligro muy distinto. Los tentáculos mentales que sondeaban el interior de su cráneo se habían abierto paso a la fuerza, y los sentía con dolor, con odio, con resentimiento.

La mano de Lucky se apartó del transmisor, sin urgencia para volver al aparato. Lo había olvidado nuevamente.

-Haz vibrar el aire con tu boca -resonó la voz por segunda vez.

-¿Quieres decir que hable? -preguntó Lucky-. ¿Puedes oír nuestros pensamientos cuando no hablamos?

-Sólo confusa y vagamente. Es muy difícil, a menos que hayamos examinado muy bien una mente. Cuando habláis, vuestros pensamientos son más intensos y podemos oírlos.

-Nosotros os oímos a vosotras sin dificultad alguna -dijo Lucky.

-Sí. Nosotras podemos enviar nuestros pensamientos con gran poder y energía. Vosotros, no.

-¿Habéis oído todo lo que hemos dicho hasta ahora?

-Sí.

-¿Qué deseáis que haga?

-En tus pensamientos hemos detectado una organización de seres como tú muy lejos, más allá del fin, al otro lado del cielo. Tú la llamas Consejo. Deseamos saber más del mismo.

Interiormente, Lucky experimentó un chispazo de satisfacción. Al menos, tenía contestada una pregunta. Mientras se presentó como un ser individual, solo, el enemigo se contentaba con matarle. Pero en las últimas horas, el enemigo había descubierto que él conocía ya gran parte de la verdad, y esto le preocupaba con exceso.

¿Eran capaces los demás miembros del Consejo de aprender con tanta rapidez? ¿Cuál era la naturaleza de ese Consejo?

Lucky comprendía la curiosidad del enemigo, su nueva cautela, el súbito deseo de saber un poco más por medio de Lucky antes de eliminarle. No era extraño ya que el enemigo no hubiese intentado que Evans le matase, cuando le apuntó con el desintegrador y Lucky se halló indefenso, por un descuido demasiado largo.

Lucky enterró más profundamente sus ideas sobre el tema. Era posible, según lo declarado, que las V-ranas no pudiesen oír con claridad los pensamientos no formulados de viva voz. Pero también podían mentir al respecto.

-¿Qué tenéis contra mi raza? -inquirió bruscamente.

-No podemos decir lo que no es cierto -replicó la voz átona, sin emoción.

Lucky apretó la mandíbula ante estas palabras. ¿Habrían captado su último pensamiento respecto a si mentían? Debía mostrarse muy cauteloso, muy prudente.

Librodot

-No nos gusta tu raza -prosiguió la voz-. Pone fin a la vida. Comen carne. Es malvado ser inteligente y comer carne. Quien come carne termina con la vida, y un carnívoro inteligente hace más daño que otro sin raciocinio porque inventa más métodos de acabar con la vida. Poseéis unos tubitos que pueden poner fin a las vidas de muchos seres a la vez.

-Pero no matamos a las V-ranas.

-Lo haríais si os lo permitiésemos. Incluso os matáis unos a otros, en grandes y pequeños grupos.

Lucky evitó comentar la última observación.

-Entonces -preguntó en cambio-, ¿qué queréis de mi raza?

-Sois ya muy numerosos en Venus -prosiguió la voz-. Os propagáis y ocupáis mucho sitio.

-Sólo podemos ocupar algunas zonas -razonó Lucky-. Sólo podemos construir ciudades en aguas superficiales. Los abismos siempre serán vuestros, y forman la novena parte del océano. Además, podemos ayudaros. Si vosotras poseéis el conocimiento de la mente, nosotros conocernos la materia. Ya habéis visto nuestras ciudades y las máquinas de brillantes metales que van por el aire y el agua a los mundos del otro lado del cielo. Con este poder, podríamos ayudaros mucho.

-No necesitamos nada. Nosotras vivimos y pensamos. No tenemos miedo ni odiamos. ¿Qué más podemos desear? ¿De qué nos servirían vuestras ciudades, vuestros metales y vuestras naves? ¿Cómo mejorarían nuestra existencia?

-Entonces, ¿intentáis matarnos a todos?

-No deseamos poner fin a la vida. Nos basta con dominar vuestras mentes, para que de este modo no podáis hacernos daño.

Lucky tuvo una fugaz visión (¿propia o implantada?) de una raza de hombres viviendo y moviéndose en Venus bajo las directrices de los nativos dominadores, gradualmente apartados de toda conexión con la Tierra. Generaciones de seres humanos cada vez más acostumbrados a ser esclavos mentales.

-Los hombres no pueden verse sujetos a un control mental -exclamó Lucky, con una confianza que no compartía por entero.

-Es la única forma, y tú has de ayudarnos.

-¡Jamás!

-No te queda otro remedio. Tienes que hablarnos de esas tierras que se hallan más allá del cielo, de la organización de tu raza, de lo que piensan hacer contra nosotros, de cómo podemos protegernos.

-No conseguiréis de ningún modo que os diga todo eso.

-¿No? -se burló la voz-. Entonces, reflexiona. Si no nos das la información que necesitamos, te obligaremos a descender a las profundidades del océano con tu máquina de brillante metal, y una vez abajo abrirás la máquina para que penetre el agua.

-¿Y moriremos? -preguntó Lucky, torvamente.

-Será necesario el final de vuestras vidas. Con lo que sabes, no sería prudente permitir que regresaras junto a tus semejantes. Podrías hablar con ellos, y tal vez intentasen represalias. Y esto no sería bueno.

-Entonces, si no hablo no pierdo nada.

-Pierdes mucho. Si te niegas a lo que te pedimos, tendremos que escudriñar tu cerebro a la fuerza. Lo cual no es eficaz, ya que perderíamos gran parte de la información. Para reducir este peligro, tendremos que separar tu cerebro molécula a molécula, cosa que te resultará sumamente penosa. Para nosotros, y también para ti, sería mucho mejor que nos ayudaras por tu propia voluntad.

-¡No!

Se produjo una pausa.

-Aunque tu raza gusta de poner fin a la vida, temen morir -continuó luego la voz-. Nosotras te ahorraremos ese temor si nos ayudas. Cuando desciendas al fondo del océano para

poner fin a vuestras vidas, eliminaremos el miedo de vuestras mentes. Si pese a todo no quieres ayudarnos, pondremos fin a vuestras vidas, mas sin eliminar el temor. Al contrario, lo intensificaremos.

-¡No! -repitió Lucky, con más energía.

Otra pausa, más prolongada.

-No deseamos tus conocimientos -manifestó la voz- por nuestra seguridad, sino para no vernos obligados a adoptar medidas de naturaleza desagradable. Si nos quedáramos con un conocimiento incierto respecto a cómo protegernos contra tu raza del otro lado del cielo, nos veríamos obligados a terminar con esa amenaza poniendo fin a las vidas de todas las personas de este planeta. Haríamos penetrar el océano en las ciudades, como hicimos casi con una. Para los de tu raza, la vida terminaría como la extinción de una llama. Se apagaría, y la vida no ardería más.

-¡Obligadme! -rió Lucky, ferozmente.

-¿A hablar?

-Sí, obligadme a hablar. Obligadme a hundir el barco. Obligadme a lo que queráis.

-¿Crees que no podemos?

-Sé que no podéis.

-Entonces, mira a tu alrededor y ve lo que ya hemos logrado. Tu compañero atado se halla en nuestras manos. Y el que estaba a tu lado también.

Lucky giró sobre sí mismo. Durante la larga conversación, no había oído ni una sola vez la voz de Bigman. Era como si se hubiese olvidado por completo de su existencia. Y ahora vio al marciano a sus pies, con el cuerpo retorcido, hecho un guiñapo.

Lucky se dejó caer de rodillas, sintiendo un nudo de desesperación en su garganta.

-¿Lo habéis matado? -rugió.

-No, vive. Ni siquiera está malherido. Pero, como ves, estás solo. Nadie puede ayudarte. Tus compañeros no hubieran podido resistirnos, ni podrás tú.

-No -objetó Lucky, muy pálido el rostro-. No podréis obligarme a hacer nada.

-Una última oportunidad. Elige. O nos ayudas, con el objeto de que tu vida termine pacíficamente... o te niegas a ayudarnos y terminará con dolor y pesar, y quizá también pondremos fin a las vidas de todos los habitantes en las ciudades que hay debajo del océano. ¿Cuál es tu elección? ¡Vamos, responde!

Aquellas palabras resonaron una y otra vez dentro del cerebro de Lucky, al tiempo que se dis¬ponía a afrontar solo y sin amigos los latigazos de un poder mental que no sabía cómo combatir, excepto ofreciendo una voluntad obstinada, indomable.

14
BATALLA DEMENTES

¿Cómo es posible levantar una barrera contra el ataque mental? Lucky deseaba resistir, pero no había en su cerebro ningún músculo que flexionar, ninguna resistencia que oponer, ningún modo de luchar contra la violencia. Debía continuar resistiendo a todos los impulsos que inundaban su cerebro, que ni siquiera podía ya asegurar fuese el suyo.

¿Cómo podía saber si era el suyo? ¿Qué deseaba hacer él? ¿Qué deseaba hacer por encima de todo?

Nada se ofrecía a su mente. La tenía en blanco. Bien, tenía que haber algo. No podía haber subido a la superficie del océano sin un plan.

¿A la superficie?

Entonces, había subido. Al principio, estaba abajo.

Si, abajo, entre los repliegues de su mente. Exacto.

Estaba en un submarino. Y había subido desde el fondo del mar. Ahora se hallaba en la superficie del agua. Bien. ¿Qué más?

Librodot

¿Por qué estaba en la superficie? Recordaba vagamente que en el fondo estaba más seguro.

Inclinó la cabeza con gran dificultad, cerró los ojos y volvió a abrirlos. Sus pensamientos eran muy borrosos. Tenía que recibir una orden de algún sitio..., de algún sitio..., respecto a...

Era una orden.

Una orden.

¡Y la recibió!

Era como sí a muchos kilómetros en su interior hubiera apoyado un hombro contra una puerta, abriéndola. Captó un destello luminoso de objetivo, y recordó algo que había olvidado, claro, la radio del barco y la estación espacial.

-No me han controlado -murmuró, roncamente-. ¿Lo oís? No me habéis controlado. Recuerdo, y continuaré recordando.

No hubo respuesta.

Gritó lo mismo en voz alta, de forma incoherente. Su cerebro se hallaba débilmente ocupado con la analogía del hombre que lucha contra una sobredosis de somnífero. Tenía que conservar los músculos en actividad. Andar... Seguir andando...

En su caso, debía conservar la mente activa, mantener en funcionamiento sus fibras, sus células mentales. Hacer algo. Hacer algo... Si no actuaba, el enemigo se apoderarla de su mente.

Continuó gritando y el sonido se transformó en palabras.

-¡Lo haré! ¡Lo haré!

¿Hacer qué? Su voluntad volvía a huir de su personalidad.

-Radio a estación... Radio a estación... -repitió una y otra vez febrilmente.

Aquellos sonidos eran cada vez menos convíncentes.

Empezó a moverse. Su cuerpo se volvió, torpemente, como si sus articulaciones fuesen de madera, clavadas fuertemente. Sin embargo, continuó volviéndose. Frente a la radio. Durante un instante la vio con claridad, y luego empezó a girar y se nubló. Obligó a su cerebro y volvió a ver el aparato con toda lucidez. Podía divisar el transmisor, ver el mando regulador de distancias y los condensadores de frecuencia. Recordaba y entendía su funcionamiento.

Dio un paso al frente y experimentó en las sienes una sensación como si cien clavos al rojo vivo le atravesaran los temporales.

Se tambaleó y cayó de rodillas; luego, martirizado por una auténtica agonía, volvió a levantarse.

A través de sus ojos nublados por el dolor, todavía consiguió distinguir la radio. Movió primero una pierna, después la otra...

La radio parecía hallarse a cien metros de distancia, rodeada por una neblina sangrienta. A cada paso aumentaba el zumbido en la cabeza de Lucky.

Trató de ignorar aquel dolor, de ver solamente la radio, de pensar sólo en ella. Obligó a sus piernas a moverse contra una resistencia esponjosa que las ataba, arrastrándole al suelo.

Finalmente, extendió el brazo, y cuando sus dedos se hallaban a pocos centímetros del interruptor de la ultraonda, Lucky comprendió que su resistencia había llegado al límite. Pese a todos sus esfuerzos, le resultaba imposible acercar más su cuerpo. Todo había concluido. Había llegado el fin. Todo había terminado.

El submarino era una escena de parálisis. Evans yacía inconsciente en su litera; Bigman continuaba tumbado en el suelo, y aunque Lucky seguía obstinadamente de pie, sus temblorosos dedos eran la única señal que daba de vida.

La voz, fría e inexorable, volvió a resonar en la mente de Lucky, una vez más, monótona, intransigente:

-Estás inerme, aunque no perderás el conocimiento como tus compañeros. Tú sufrirás este dolor hasta que decidas hundir el barco, revelarnos lo que deseamos saber y poner fin a tu vida. Podemos aguardar con mucha paciencia. No puedes resistirte en modo alguno. No puedes combatimos. ¡No puedes sobornarnos! ¡No puedes amenazarnos!

Lucky, a través de una tortura insoportable, experimentó una sacudida en su cerebro embotado, atormentado por el dolor, como la chispa de algo nuevo.

¿No podía sobornar? ¿No podía amenazar?

¿No podía sobornar?

Aun a través de su semiinconsciencia neblinosa, la chispa de su cerebro prendió como una llama.

Abandonó la radio, apartó de ella sus pensamientos, e instantáneamente la cortina del dolor se elevó una fracción. Lucky dio un paso renqueante hacia atrás, y la cortina se levantó un poco más. Logró dar media vuelta.

Intentaba no pensar. Trataba de actuar automáticamente, sin plan establecido de antemano. Las V-ranas se concentraban en impedirle manejar la radio. No debían comprender el otro peligro con el que se enfrentaban. El implacable enemigo no debía deducir sus intenciones ni tratar de detenerle. Debía obrar con suma rapidez. No debían impedírselo.

¡No debían!

Llegó al botiquín de urgencia de la pared y abrió la puerta. No veía con claridad y perdió unos segundos preciosos buscando dentro del botiquín.

-¿Cuál es tu decisión? -insistió la voz.

La ferocidad del dolor volvió a entumecer las extremidades del joven consejero una vez más..

Lucky lo alcanzó: una lata muy grande de silicona azulínea. Sus dedos tantearon a través de lo que parecía algodón en busca del pestillo que cerraba el microcampo paramagnético que mantenía herméticamente cerrada la tapa de la lata.

Apenas sintió el chasquido cuando una uña atrapó el pestillo. Apenas vio cómo la tapa se movía hacia un lado y caía. Apenas oyó cómo chocaba con el suelo, con el sonido del metal contra el metal. Borrosamente, comprendió que la lata estaba abierta, y entre una niebla muy densa, levantó el brazo hacia el vaciador de basuras.

El dolor volvía a atenazarle con toda su furia.

Con el brazo izquierdo había levantado ya la abertura del vaciador; con el derecho levantó temblorosamente la preciosa lata hacia la abertura de quince centímetros de diámetro.

Su brazo se movió durante una eternidad. No veía nada. Una bruma rojiza lo envolvía todo.

Sintió cómo su brazo y el bidón que sostenía tocaban la pared. Empujó, pero no logró mover más el brazo. Los dedos de su mano izquierda descendieron lentamente desde la abertura del vaciador, y tocaron la lata.

No se atrevía a bajarla. De hacerlo, ya nunca en la vida tendría fuerzas para volver a levantarla.

La cogió con ambas manos y la fue levantando, en tanto él se aproximaba más cada vez al borde de la inconsciencia.

¡Y de pronto, la lata desapareció!

A un millón de kilómetros de distancia, al parecer, oyó el silbido del aire comprimido, y supo que la lata había sido arrojada al cálido océano venusiano.

Por un momento, el dolor continuó, y, de repente, como por una mano gigantesca, desapareció por completo.

Lucky se irguió cautelosamente y se apartó de la pared. Tenía el rostro y el cuerpo bañados en sudor, y su cerebro todavía vacilaba.

Tan pronto como sus temblorosas piernas pudieron llevarle, se dirigió al transmisor de radio, y esta vez nada logró impedírselo.

Evans se hallaba sentado en una butaca con la cabeza entre las manos. Ya había aspirado ávidamente aire y murmuraba una y otra vez.

-No recuerdo nada en absoluto... No recuerdo nada en absoluto...

Bigman, desnudo hasta la cintura, se mojaba el pecho y la cabeza con un paño empapado en agua, mientras una sonrisa vacilante le alegraba el semblante.

-Yo, sí. Yo me acuerdo de todo. Me hallaba allí de pie, oyendo cómo tú hablabas con la voz, Lucky, cuando sin previo aviso estuve en el suelo. No sentía nada. No podía volver la cabeza, ni siquiera podía parpadear, pero oía todo lo que sucedía. Oía la voz y lo que tú contestabas, Lucky. Te vi ir hacia la radio...

Exhaló el aire de sus pulmones y sacudió la cabeza.

-La primera vez no lo conseguí -gruñó el joven terráqueo.

-No lo sé. Saliste de mi campo visual, y después no pude moverme del suelo, esperando oír tu mensaje radiado. No ocurrió nada y pensé que las V-ranas también debían haberse apoderado de ti. Mentalmente vi nuestros tres cuerpos tendidos en una muerte en vida. Todo había concluido, y yo era incapaz de mover ni un solo dedo. Sólo podía respirar. Luego, volviste a reaparecer ante mi vista, y deseé reír, llorar y chillar al mismo tiempo, pero continuaba sin poder moverme. Sólo podía verte asido a la pared. No sabía qué diablos estabas haciendo, pero unos instantes después, la pesadilla había terminado. ¡Viva!

-Y ahora nos encaminamos definitivamente a Afrodita, ¿verdad, Lucky? -inquirió Evans, con voz cansada-. ¿Sin error posible?

-Hacia allí vamos, a menos que mientan los instrumentos, cosa que no creo -contestó Lucky-. Una vez allí, sin pérdida de tiempo, buscaremos ayuda médica.

-¡Dormir! -gritó Bigman-. Sólo quiero dormir... Dos días de sueño continuo.

-También dormirás -prometió Lucky.

Pero Evans se hallaba martirizado por la experiencia pasada, más que sus dos compañeros. Y lo demostraba claramente en el modo de acurrucarse entre sus brazos, sentado casi enroscado en su asiento.

-¿Ya no nos controlarán más? -quiso saber.

-No puedo garantizarlo -confesó Lucky-, pero en cierto modo, lo peor ya ha pasado. He conseguido enviar el mensaje a la estación espacial.

-¿Estás seguro? ¿No estarás equivocado?

-En absoluto. Incluso transmitieron el mensaje a la Tierra y conseguí hablar directamente con Conway. Esto está ya solucionado.

-Entonces, todo está solucionado -le corrigió Bigman, gozosamente-. La Tierra está advertida. Conoce la verdad respecto a las V-ranas.

Lucky sonrió, sin hacer ningún comentario.

-Una cosa, Lucky -prosiguió el marciano-. Dime qué sucedió. ¿Cómo nos liberaste? ¡Por las arenas de Marte! ¿Cómo lo hiciste?

-Se trata de algo -explicó Lucky- en lo que debí pensar mucho antes y nos habríamos ahorrado muchos quebraderos de cabeza. La voz nos dijo que lo único que deseaban era vivir y pensar. ¿Te acuerdas, Bigman? Después añadió que nosotros no podíamos amenazarles ni sobornarles. Pero sólo en el último momento me di cuenta de que esto no era cierto. Y esto lo sabíamos tú y yo, Bigman.

-¿Yo? -se extrañó el marciano.

-Ciertamente. Tú descubriste dos minutos después de ver la primera V-rana, que la vida y el pensamiento no eran lo único que necesitaban. Yendo hacia la superficie del océano te conté que las plantas de Venus almacenaban oxígeno, de modo que los seres venusianos lo obtenían a través de sus alimentos, por lo que no tenían que respirar. En realidad, añadí, probablemente consiguen demasiado oxígeno y por esto les encanta tanto un alimento bajo de oxígeno como los hidrocarburos. Corno, por ejemplo, la grasa industrial. ¿Lo recuerdas?

-Sí -afirmó Bigman, abriendo mucho los ojos.

-Entonces, imagínate cómo deben ansiar un hidrocarburo. Lo mismo que los niños un caramelo.

-Si -repitió Bigman.

-Bien, las V-ranas nos tenían bajo control mental, pero para ello debían concentrarse. Lo que yo tenía que hacer era distraerlas, al menos a las que estaban más cerca del submarino, cuyo poder sobre nosotros era más fuerte. De modo que arrojé al mar lo más necesario.

-¿Qué fue? Oh, no juegues conmigo, Lucky.

-Les arrojé un bidón abierto de gelatina de petróleo, que cogí del botiquín. Es hidrocarburo puro, de grado mucho más alto que la grasa industrial. Y no pudieron resistir. Aun con tanto por perder, no pudieron resistir la tentación. Las que estaban más cerca del bidón, se zambulleron a toda velocidad en su busca. Otras, que estaban más lejos, entraron en conexión mental con las primeras, y sus mentes se concentraron al instante en el hidrocarburo. Abandonaron nuestro control, y de esta forma conseguí enviar el mensaje. Eso es todo.

-Entonces, ya todo ha terminado -murmuró Evans.

-En realidad, no estoy muy seguro -masculló Lucky-. Hay algunos detalles...

Dio media vuelta, frunciendo el ceño y apretados los labios, como si ya hubiese hablado demasiado.

La cúpula relucía al otro lado del mirador, y a su vista, a Bigman se le ensanchó el corazón. Había comido, había dormido un poco, y su ánimo volvía a estar en las alturas. Lou Evans también se había recuperado de manera considerable de su pasada postración. Sólo Lucky no había perdido su aspecto fatigado.

-Repito que las V-ranas están desmoralizadas, Lucky -aseguró Bigman por enésima vez-. Fíjate, hemos cruzado cien kilómetros de océano, y ni siquiera se han acercado una sola vez. ¿No es una prueba?

-Lo que ahora me preocupa es por qué no tenemos respuesta de la cúpula -replicó Lucky.

Evans arrugó el entrecejo al oír esta observación.

-No deberían tardar tanto.

Bigman paseó su mirada de uno a otro.

-No pensaréis que algo anda mal dentro de la ciudad, ¿eh?

Lucky hizo un gesto pidiendo silencio. Por el receptor se oía una voz, baja y rápida.

-Identificación, por favor.

-Submarino Hilda -contestó Lucky-, fletado por el Consejo, zarpado de Afrodita y arribando a Afrodita. David Starr a su cargo, al habla.

-Tendrá que aguardar.

-¿Por qué motivo?

-En este momento, todas las escotillas están en funcionamiento.

-Eso es imposible, Lucky -murmuró Evans volviendo a fruncir el entrecejo.

-¿Cuándo habrá una libre? -inquirió Lucky-. Denme su situación y diríjanme a ella por medio de la ultraseñal.

-Tendrá que aguardar.

La conexión no se interrumpió, pero el operador no volvió a hablar.

-¡Pide hablar con el consejero Morris, Lucky! -exclamó Bigman, indignado-. ¡Que hagan algo!

-Morris cree que yo soy un traidor -rezongó Evans-. ¿Supones que ha llegado a la conclusión de que tú estás de acuerdo conmigo, Lucky?

-En tal caso, estaría ansioso de tenernos en la ciudad. No, opino que el hombre que acaba de hablar se halla bajo control mental.

-¿Para impedir que entremos en Afrodita? -preguntó Evans-. ¿Hablas en serio?

-Hablo en serio.

Librodot

-No podrán impedirnos que entremos a la larga, a menos que... -Evans palideció y se dirigió al mirador con dos rápidas zancadas-. ¡Lucky, tienes razón! ¡Nos están apuntando con un cañón desintegrador! ¡Pretenden hacernos volar dentro del agua!

Bigman también se hallaba ya en el mirador. No cabía el menor error. Habían deslizado a un lado un sector de la cúpula, y a su través, como algo irreal a causa del movimiento del agua, asomaba un tubo enorme, casi cuadrado.

Bigman vio cómo el cañón iba descendiendo lentamente, centrando la punteria en el submarino. El Hilda no llevaba armamento, pensó Bigman, horrorizado. Tampoco lograría desarrollar la suficiente velocidad para escapar a su destrucción. Al parecer, era imposible librarse de una muerte instantánea.

15
¿EL ENEMIGO?

Pero en tanto Bigman sentía cómo se le contraía el estómago ante la perspectiva de la inminente destrucción, oyó la voz de Lucky que hablaba esforzadamente por el transmisor:

-Submarino Hilda arribando con un cargamento de petróleo... Submarino Hilda arribando con un cargamento de petróleo... Submarino Hilda arribando con un cargamento de petróleo... Submarino Hilda...

Al otro extremo de la transmisión, una voz excitada respondió:

-Clement Heber al control de la escotilla de este extremo. ¿Qué pasa? Repito. ¿Qué pasa? Clement Heber...

-¡Lucky! -gritó Bigman-. ¡Retiran el cañón!

El joven consejero exhaló el aire de sus pulmones casi de golpe, aunque sólo en esto dio señales de su tensión interior.

-Submarino Hilda -pronunció ante el transmisor- solicitando entrada en Afrodita. Por favor, señale escotilla. Repito... Por favor, señale escotilla.

-Escotilla número quince. Sigan señal direccional. Al parecer, se ha producido cierta confusión aquí.

-Lou -le ordenó Lucky a Evans, abandonando el asiento de pilotaje-, lleva los mandos y haz entrar el barco en la ciudad lo antes posible.

Luego le hizo una señal a Bigman para que le siguiera a la otra sala.

-¿Qué..., qué... ? -tartamudeó Bigman, como una pistola encasquillada.

-Me imaginé que las V-ranas -suspiró Lucky-, intentarían impedir nuestra entrada en la ciudad, de modo que tenía ya preparado el truco del petróleo. Pero nunca creí que llegaran a apuntarnos con un cañón. Esto hizo que el asunto se pusiera realmente feo. Además, no estaba seguro de que el truco del petróleo diese resultado.

-¿Cómo es que ha funcionado?

-Por el hidrocarburo. El petróleo es hidrocarburo casi puro. Mis palabras se oyeron por la radio, y las V-ranas que tenían a los vigías de las escotillas bajo control, se distrajeron.

-¿Cómo sabían qué es el petróleo?

-Lo dibujé en mi mente, Bigman, con todo mi poder imaginativo. Las V-ranas, cuando uno agudiza un retrato mental por medio de la palabra, leen en el cerebro.

Lucky hizo una pausa y cambió de tema, bajando la voz.

-Bien, eso ya no importa. Si estaban dispuestas a eliminarnos en pleno océano, si se muestran tan violentamente exasperadas hasta llegar a este extremo, es que están desesperadas; y nosotros también lo estamos. Tenemos que terminar esto lo antes posible, sin el menor error. Una equivocación a estas alturas sería fatal.

Lucky extrajo un bolígrafo que tenía inserto en el bolsillo de su camisa y garabateó unas palabras febrilmente en una lámina.

-Esto es lo que harás -le ordenó al marciano, entregándole la lámina- cuando yo te lo diga.

-¡Pero, Lucky...! -Protestó Bigman, abriendo mucho los ojos.

-¡Chist! No te refieras a esto con palabras.

Bigman asintió. Había comprendido.

-¿Estás seguro de haber acertado?

-Eso espero -el hermoso rostro de Lucky estaba tenso por la ansiedad-. La Tierra ya está enterada de todo lo referente a las V-ranas, de modo que éstas jamás podrán vencer a la humanidad; pero todavía pueden causar grandes males en Venus. Y nosotros tenemos que impedirlo sea como fuere. ¿Entiendes ahora lo que has de hacer?

-Sí.

-En ese caso...

Lucky recogió la lámina, que arrugó entre sus dedos, y se metió la bolita resultante en el bolsillo de su camisa.

-¡Estamos en la escotilla, Lucky! -anunció Lou Evans desde los mandos-. ¡Dentro de cinco minutos estaremos en la ciudad!

-¡Bravo! -aprobó Lucky-. Llama a Morris por radio.

Se hallaban de nuevo en la central del Consejo de Afrodita, en la misma estancia, pensó Bigman, donde él había conocido a Lou Evans; la misma estancia en que vio por primera vez una V-rana. Se estremeció ante la idea de aquellos tentáculos mentales infiltrándose en su cerebro por primera vez, sin su conocimiento.

Sin embargo, la estancia había cambiado en algo. El acuario había desaparecido; los platos con guisantes y grasa industrial también. Las mesas situadas junto a los falsos ventanales no sostenían nada. Morris lo indicó calladamente tan pronto penetraron en la habitación. Tenía las mejillas abolsadas y sus ojos estaban rodeados por arrugas de tensión. Su apretón de manos resultó inseguro.

Bigman, con gran cuidado, dejó lo que llevaba encima de una mesa.

-Gelatina de petróleo -anunció.

Lou Evans tomó asiento. Lo mismo que Lucky.

Morris, no.

-Me he desembarazado de todas las V-ranas de este edificio -explicó-. Fue lo único que pude hacer. No podía pedirle a la gente que se desprendiese de sus animalitos preferidos sin dar una razón. Y, obviamente, no podía dar ninguna.

-Ya basta con esto -asintió Lucky-. Sin embargo, durante toda esta conferencia quiero que mantenga los ojos fijos en el hidrocarburo. Que grabe en su cerebro la existencia del petróleo.

-¿Cree que esto ayudará? -indagó Morris.

-Creo que sí.

Morris dejó inmediatamente de pasearse. De pronto, su voz creció de tono.

-Starr, no puedo creerlo. Las V-ranas llevan aquí muchos años. Desde que construimos la ciudad.

-Debe recordar... -le interrumpió Lucky.

-¿Que estoy bajo su influencia? -Morris enrojeció-. ¡No es verdad! ¡Lo niego!

-No tiene por qué avergonzarse de ello, doctor Morris -le calmó Lucky-. Evans ha estado varios días bajo su control, y Bigman y yo lo estuvimos varias horas. Es posible que un individuo crea honradamente que su mente está libre de todo control, no siendo así.

-No hay la menor prueba de ello..., pero no importa -rezongó Morris, con violencia-. Es posible que tenga razón. La cuestión es: ¿qué podemos hacer? ¿Cómo las combatimos? Enviar hombres contra ellas sería inútil. Sí traernos una flota que bombardee Venus desde el espacio, podrían obligarnos a abrir las escotillas, y, en venganza, inundarían todas las ciudades. Además, jamás conseguiríamos destruir a todas las V-ranas del planeta. Poseen tres mil millones de kilómetros cúbicos de océano para esconderse, y pueden multiplicarse con

Librodot

suma rapidez. Admito que ha sido magnífico que usted se comunicara con la Tierra, pero esto aún deja pendientes muchos problemas de importancia.

-Exacto -concedió Lucky-. Pero lo interesante es que no se lo dije todo a la Tierra. No podía decirlo hasta estar seguro de conocer la verdad. Yo...

El intercomunicador dejó ver un destello y Morris gruñó:

-¿Qué pasa?

-Lyman Turner acude a su cita, señor -repuso una voz.

-Un momento. -El consejero venusiano se volvió hacia Lucky y preguntó, en voz baja-: ¿Está seguro de que es necesaria su presencia?

-Usted le había citado para hablar del fortalecimiento de las barreras de transita dentro de la ciudad, ¿no es así?

-Sí, pero...

-Y Turner es una victima. En esto, la evidencia parece clara. Aparte de nosotros, es un funcionario de alta graduación que definitivamente parece ser una víctima más. Sí, su presencia será bien recibida.

-Que suba -masculló Morris por el intercomunicador.

El rostro demacrado y la nariz ganchuda de Turner fueron una máscara inquisitiva al entrar. El silencio de la estancia y el modo en que todos le miraron habrían llenado de presentimientos a un hombre menos sensible.

Dejó su computadora en el suelo.

-¿Ocurre algo, caballeros? -preguntó después.

Lenta, cuidadosamente, Lucky le explicó todo el asunto.

-Quiere usted decir... -Turner separó mucho los labios- que yo estoy controlado...

-¿De qué otro modo pudo saber el hombre de la escotilla la forma exacta de protegerse contra los intrusos? No era ingeniero ni estaba adiestrado, y no obstante supo aislarse con una perfección electrónica.

-No se me había ocurrido. No pensé en esto. -La voz de Turner era casi un murmullo incoherente-. ¿Cómo me pasó por alto?

-Ellas querían que le pasara por alto -respondió Lucky.

-Oh, me siento avergonzado...

-En esto no está solo, Turner. Yo mismo, el doctor Morris, el consejero Evans...

-Entonces, ¿qué podemos hacer?

-Esto es precisamente lo que preguntaba el doctor Morris cuando usted ha llegado. Necesitamos toda nuestra inteligencia. Una de las razones por las que sugerí que su presencia sería oportuna en esta conferencia es que tal vez necesitemos su computadora.

-¡Océanos de Venus, por supuesto! -exclamó Turner, con entusiasmo-. Si puedo ayudar en algo...

Se llevó una mano a la frente como temiendo tener sobre los hombros una cabeza ajena, no la suya.

-¿Estamos libres ahora? -quiso saber.

-Sí, mientras nos concentremos en esa gelatina de petróleo -respondió Evans.

-No lo entiendo. ¿Por qué nos ayuda eso?

-Nos ayuda. Por el momento, no importa cómo -contestó Lucky-. Bien, continuaré con lo que iba a decir cuando usted llegó.

Bigman retrocedió hacia la pared y se encaramó en la mesa donde antes se hallaba el acuario. Mientras escuchaba, no apartó la vista del frasco abierto, situado en la otra mesa.

-¿Estamos seguros de que las V-ranas son la verdadera amenaza? -preguntó Lucky.

-Vaya, si ésa es precisamente su teoría -exclamó Morris, sorprendido.

-Oh, concedo que constituyen el medio inmediato de controlar las mentes humanas; pero ¿son el verdadero enemigo? Están oponiendo sus mentes a las de los terráqueos, y demuestran ser unos contrincantes formidables, pero las V-ranas, individualmente, no parecen tan inteligentes.

-¿Cómo es eso?

-Bien, la V-rana que usted conservaba aquí, por ejemplo, no tuvo el buen sentido de mantenerse apartada de nuestras mentes. Y expresó su sorpresa de vernos sin bigote. Luego, le ordenó a Bigman que le diera guisantes mojados en grasa industrial. ¿Fue esto inteligente? Al contrario, de este modo se desenmascaró al momento.

-Tal vez no todas las V-ranas sean inteligentes. -Morris se encogió de hombros.

-Es algo más profundo. En la superficie del mar, nosotros nos vimos indefensos bajo su control mental. Sin embargo, a causa de ciertas sospechas, les arrojé una lata de gelatina de petróleo, y el milagro se realizó. Todas se diseminaron. Y tengan en cuenta que con ello se jugaban el éxito de su ataque. Necesitaban impedir que nos comunicásemos con la Tierra, radiando todo lo referente a ellas. Y pese a esto, arruinaron todo su plan por un simple bidón de petróleo. Después, estuvieron a punto de derrotarnos al llegar de nuevo a Afrodita. Incluso nos apuntaba el cañón atómico, y de pronto, la sola mención de la gelatina de petróleo volvió a estropear sus planes.

-Ahora comprendo lo que quiso decir al nombrar el petróleo, Lucky -murmuró Turner, estremeciéndose en su silla-. Todo el mundo sabe que las V-ranas se vuelven locas por los hidrocarburos. Y esa locura las domina por encima de todo lo demás.

-Pero ¿las domina hasta el extremo de arruinar los inteligentes planes para combatir a los terráqueos? ¿Renunciaría usted, Turner, a una victoria vital por un filete o una pastilla de chocolate?

-Claro que no, pero esto no impide que una V-rana obre al revés que yo.

-Sí, lo concedo. La mente de una V-rana no es como la nuestra y es posible que no funcione del mismo modo. Sin embargo, este asunto de dejarse distraer por los hidrocarburos es sospechoso. Y ello hace que compare las V-ranas con los perros, más que con los hombres.

-¿En qué sentido? -se interesó Morris.

-Piense un poco. A un perro es posible adiestrarlo para que realice cosas inteligentes. Un ser que jamás hubiese visto ni oído hablar de los perros, al ver cómo uno guía a su amo ciego, se preguntaría si el inteligente es el hombre o el perro. Pero si pasara ante ambos con un hueso incitante y observase que la atención del can al momento se sentía atraída por el hueso, adivinaría la verdad.

-¿Intenta decir que las V-ranas sólo son unos instrumentos de- los seres humanos? -inquirió Turner, con ojos llameantes.

-¿No lo cree probable, Turner? Como dijo hace poco el doctor Morris, las V-ranas llevan en esta ciudad muchos años, pero sólo han causado perturbaciones en los últimos meses. Y empezaron con trivialidades, como hacer que un hombre regalase su dinero en la calle. Parece como si algunos individuos hubiesen aprendido cómo utilizar la capacidad telepática natural de las V-ranas como un instrumento eficaz con el que introducir sus pensamientos, sus órdenes en las mentes humanas. Parece como si al principio sólo hubiesen practicado para aprender la naturaleza y las limitaciones de dicho instrumento, con el fin de aumentar el control, hasta que llegase el momento de realizar grandes cosas. Eventualmente, no era los hongos lo que buscaban sino algo más: tal vez el control de la Confederación Solar, o incluso de toda la galaxia.

-No puedo creerlo -murmuró el doctor Morris.

-Entonces, presentaré otra prueba. Cuando estábamos en el océano, una voz mental, supuestamente la de una V-rana, se comunicó con nosotros. Intentó obligarnos a ceder cierta información y luego a suicidarnos.

-¿Y bien?

-La voz llegó por medio de una V-rana, pero no se originó en ella. Se originó en un ser humano.

Lou Evans pegó un bote en su asiento y miró incrédulamente a Lucky.

-Ni Lou se lo cree -sonrió el joven consejero-, pero es verdad. La voz utilizó conceptos tales como «máquinas de brillante metal», en vez de «barcos». Debíamos pensar que las V-

ranas no estaban familiarizadas con ciertos conceptos, y la voz tenía que convencernos de que oíamos expresiones indirectas que significasen lo mismo. Pero la voz se superó. Recuerdo lo que oí. Y recuerdo que la voz dijo: «Para los de tu raza, la vida terminaría como la extinción de una llama. Se apagaría, y la vida no ardería más.»

-¿Y bien? -repitió Morris con sequedad.

-¿Aún no lo entienden? ¿Cómo pudo una V-rana usar una expresión como «la extinción de una llama» o «la vida no ardería más»? Si la voz fingía ser la de una V-rana, ignorante del concepto «barco», por ejemplo, ¿cómo podía conocer el del fuego?

Todos captaron la idea, pero Lucky continuó con animación.

-La atmósfera de Venus se compone de nitrógeno y anhídrido carbónico. No tiene oxígeno. Eso lo sabemos todos. Nada puede arder en la atmósfera venusiana. No puede haber llamas. En un millón de años, las V-ranas no pueden haber visto un solo fuego, ni saber qué es. Incluso admitiendo que algunas hayan podido ver fuego en el interior de las ciudades, no pueden comprender su naturaleza, del mismo modo que no comprenden la de un barco. Tal como yo lo veo, las ideas que recibimos no se originaron en una V-rana sino en un hombre que utilizó a las V-ranas sólo como el conducto para transmitir desde su mente a las nuestras.

-Pero ¿cómo pudo lograrlo? -preguntó Turner.

-No lo sé -confesó Lucky-. Ojalá lo supiera. Ciertamente, se trata de un cerebro muy inteligente. Para encontrar ese medio, un individuo ha de estar muy bien enterado del funcionamiento de un sistema nervioso y de los fenómenos eléctricos asociados al mismo. -Lucky miró a Morris con frialdad-. Se necesitaría, por ejemplo, un individuo especializado en biofísica.

Y todos los ojos se concentraron en el consejero de Venus, de cuyo redondo rostro huía toda la sangre hasta el punto de que su enorme bigote apenas resultó visible contra su pálida tez.

16
¡EL ENEMIGO!

-¿Está tratando de... ? -tartamudeó Morris, y la ronquera le impidió continuar.

-No se trata de ninguna declaración ni acusación definitiva -se apresuró a calmarle Lucky. Me he limitado a hacer una sugerencia.

Morris miró indefenso a su alrededor, paseando la mirada de un rostro a otro, viendo cómo los cuatro pares de ojos estaban obstinadamente fijos en él.

-¡Esto es una locura! -gritó ahogadamente-. ¡Una locura! Yo fui el primero en informar del caso... en decir lo que... lo que pasaba en Venus. Miren el informe original enviado al Consejo de la Tierra. Mi firma está allí. ¿Habría advertido al Consejo de ser yo... yo...? ¿Y el motivo? ¿Eh? ¿El motivo?

El consejero Evans parecía inquieto. Por la ojeada rápida que dirigió en dirección a Turner, Bigman adivinó que una acusación tal contra un consejero delante de un extraño no era de su agrado.

-Sí. -murmuró Evans, no obstante-, esto explicaría los esfuerzos del doctor Morris por desacreditarme. Yo era un extranjero y podía dar con la verdad. En realidad, ya había adivinado la mitad.

-¡Niego haber hecho jamás tal infamia! -proclamó Morris, jadeando-. Esto es una conspiración contra mí, y me propongo llevar este caso ante el Tribunal Supremo del Consejo de la Tierra, del sistema solar, de la galaxia... ¡De todas las galaxias!

Morris estaba sofocado, respirando afanosamente, como propenso a un ataque.

-¿Quiere decir que desea un juicio en el Consejo? -preguntó Lucky, muy dueño de sí-. ¿Desea presentar su caso delante de una asamblea del Comité Central del Consejo?

Librodot

Naturalmente, Lucky se refería al procedimiento ordenado para el procesamiento de los consejeros acusados de alta traición contra el Consejo y la Confederación Solar. En toda la historia del Consejo, jamás se había procesado a ningún consejero.

Al oír esto, los escasos restos de dominio que conservaba aún, Morris se desvanecieron. Rugiendo, se puso de pie y se abalanzó ciegamente contra Lucky.

Lucky saltó de lado, por encima del brazo de su butaca y, al mismo tiempo, le hizo una seña a Bigman.

Era la señal que el marciano aguardaba. Rápidamente se dispuso a seguir las instrucciones que Lucky le había dado, por escrito, a bordo del submarino mientras cruzaban la escotilla de Afrodita.

Se oyó el disparo de un desintegrador. Fue un sonido poco intenso, pero sus radiaciones ionizantes propagaron en el aire el acre olor a ozono.

La estancia se aquietó al momento. Durante un instante nadie se movió. Morris, con la cabeza contra la silla volcada, no intentó incorporarse. Bigman continuó de pie, como una estatua, con el desintegrador aún apoyado contra su cadera, como si se hubiese congelado en el acto de disparar.

Y el objetivo del disparo yacía destrozado en mil pedazos en el suelo.

Lou Evans fue el primero en recuperar el aliento, aunque sólo acertó a lanzar una exclamación:

-¡Qué diablos espaciales...!

-¿Qué ha hecho usted? -susurró Lyman Turner.

Morris, jadeando por el esfuerzo anterior, no habló, pero dirigió su mirada a Bigman.

-Buen disparo, Bigman -alabó Lucky.

El marciano sonrió.

La computadora de Turner yacía en el suelo, rota en mil pedazos y, en su mayor parte, desintegrada.

-¡Mi computadora! -gimió el ingeniero-. ¡Idiota! ¿Qué ha hecho?

-Sólo lo que debía, Turner -afirmó Lucky, con severidad-. Y ahora, quieto todo el mundo.

El joven se volvió hacia Morris, para ayudarle a incorporarse.

-Le presento todas mis excusas, doctor Morris -manifestó Lucky-, pero tenía que asegurarme que la atención de Turner seguía una falsa dirección. Y me atreví a utilizarle a usted para tal propósito.

-Quiere decir que no sospechaba de mí, ni... ni... -gruñó Morris.

-Ni por un segundo -sonrió Lucky-. Nunca sospeché de usted.

Morris se sentó con el rostro demudado y echando chispas por los ojos.

-Bien, si tiene la bondad de explicarlo todo...

-Antes de convocar esta conferencia -empezó Lucky- no me atreví ni una sola vez a comunicarle a nadie que sospechaba que detrás de las V-ranas se hallaba un hombre. Ni siquiera lo insinué en mi mensaje a la Tierra. Me parecía obvio que, de pregonarlo, el verdadero enemigo se sentiría acorralado y adoptaría medidas desesperadas, tales como inundar las ciudades, para tener la posibilidad de una extorsión suspendida sobre nuestras cabezas. Mientras él ignorase que yo no sospechaba ya de las V-ranas como nuestras auténticas enemigas, creí que nos daría tiempo para maquinar algún plan y vencerle, impidiendo entretanto que me matase, o matase a alguno de mis amigos.

Lucky paseó los ojos por los reunidos. Todos guardaron silencio.

-En estos momentos podía ya hablar libremente del caso porque sabía que el interesado estaría presente. Sin embargo, no me atreví a emprender ninguna acción contra él por miedo a que pudiera colocarnos bajo control, a pesar de la presencia del petróleo, y por temor a que sus acciones fuesen drásticas, al tenernos dominados. Tenía que distraer completamente su atención para que, al menos por unos segundos, estuviese demasiado absorto en las

Librodot

actividades superficiales del grupo para detectar, por medio de las V-ranas, las poderosas emociones que podían surgir de la mente de Bigman y la mía. Naturalmente, en este edificio no había ninguna V-rana, pero podía utilizar las de otras zonas de esta ciudad, tal como hizo con las que poblaban la superficie del océano a muchos kilómetros de Afrodita.

El doctor Morris asintió pensativamente.

-Para distraerle, pues, le acusé a usted, doctor Morris. No podía advertirle por anticipado de mis intenciones porque necesitaba que sus reacciones fuesen auténticas..., y confieso que lo fueron de un modo admirable. Su ataque contra mí fue el colofón anhelado.

Morris sacó un pañuelo de un bolsillo de la manga para secarse la frente.

-Tal vez obró usted con demasiada impetuosidad, mi joven amigo -murmuró el consejero de Venus-, aunque lo comprendo. Entonces, Turner es el enemigo.

-Exacto.

Turner estaba de rodillas, tratando de reunir los fragmentos fundidos y retorcidos de su computadora. De pronto, levantó la vista con intenso odio.

-¡Han destruido mi computadora!

-Dudo que fuese una computadora -replicó Lucky-. Era una compañera demasiado inseparable. Usted declaró que la utilizaba para calcular la resistencia de las barreras internas de la ciudad contra la amenaza de la inundación. Y la trajo aquí, supuestamente, para que le ayudase si en esta conferencia eran necesarios nuevos cálculos, con respecto al fortalecimiento de la resistencia de las divisorias de transita.

Lucky hizo otra pausa y continuó con una calma amenazadora en su voz:

-Pero yo le visité a usted en su apartamento a la mañana siguiente de la amenaza de inundación. Sólo pensaba formularle unas preguntas que no necesitaban cálculo alguno, y usted lo sabía. Pero nos recibió con la computadora a su lado. No pudo dejarla en la otra habitación. Tenía que estar junto a usted, a sus pies. ¿Por qué?

-¡Era obra mía! -rugió Turner-. La amaba. Siempre la llevaba conmigo.

-Estimo que pesaba unos diez kilos. Un poco pesada, aun para tanto cariño. ¿No sería posible que ese aparato fuese el instrumento de que se valía para estar en contacto con las V-ranas constantemente?

-¿Cómo intenta demostrarlo? -objetó Turner-. Usted mismo dijo que yo era una víctima. Todos los presentes lo oyeron.

-Sí -asintió Lucky-, el hombre que, pese a su inexperiencia, se parapetó con tanta pericia en la escotilla de la cúpula, obtuvo de usted su información. Pero ¿le fue esta información robada de su mente o la proporcionó usted con toda libertad?

-Permita que formule la pregunta directamente, Lucky -intervino Morris, indignado-. ¿Es usted, sí o no, el responsable de esa epidemia de control mental, Turner?

-¡Claro que no! -gritó el interrogado-. ¡No pueden hacerme nada sólo por las habladurías de un tonto que piensa poder mantener sus sospechas sólo por ser miembro del Consejo!

-Dígame, Turner -volvió Lucky a la carga-, ¿recuerda la noche en que un hombre estuvo sentado en una escotilla con una palanca en la mano? ¿Se acuerda bien?

-Muy bien.

-¿Recuerda haberme dicho que sí se abrían las escotillas, las barreras internas de transita no resistirían y que Afrodita quedaría completamente anegada? Usted pareció muy asustado. Al borde del pánico.

-Sí, lo estaba. Y aún lo estoy. Es una idea para asustar a cualquiera -añadió, curvando el labio inferior-. A cualquiera que no sea el valiente Lucky Starr, claro.

Lucky ignoró el sarcasmo.

-¿Me dio usted esta información a fin de aumentar un poco la confusión reinante, para asegurarse de que todos estábamos lo bastante desconcertados como para darle tiempo a sacar a Lou Evans de la ciudad y poder ordenar su muerte en pleno océano? Era difícil manejar a

Librodot

Evans, y sabía demasiadas cosas referente a las V-ranas. Tal vez pretendiera asustarme también a mí para que me marchase de Afrodita y de Venus.

-Todo esto es ridículo -se burló Turner-. Las barreras internas son inadecuadas. Pregúntele a Morris. El ya ha estudiado mis cifras.

-Temo que en esto Turner tiene razón -asintió Morris a pesar suyo.

-No importa -rechazó Lucky-. Consideremos que esto ya está solucionado. Existía un peligro real, y el pánico de Turner estaba justificado... Bien, usted está casado, Turner.

-¿Y qué? -inquirió el ingeniero, mirando a Lucky con cierta confusión.

-Su esposa es muy bonita y bastante más joven que usted. Y apenas llevan un año de matrimonio.

-¿Qué pretende demostrar con esto?

-Que usted probablemente experimenta por ella un gran afecto. Inmediatamente después de la boda, usted alquiló un lujoso apartamento para complacerla; le permitió decorarlo a su gusto, aunque fuese muy distinto del suyo propio. Bien, en este caso, jamás se olvidaría de la seguridad de su esposa, ¿verdad?

-No entiendo. ¿De qué está hablando?

-Creo que ya lo sabe. Aquella vez que hablé con su esposa, ella me contó que durmió toda la noche que duró el alboroto en la ciudad. Y pareció defraudada por haberse perdido el espectáculo. También alabó mucho el apartamento en que ustedes viven. Añadió que incluso poseían «cámaras». Por desgracia, entonces esto no significó nada para mí, de lo contrarío ya habría adivinado la verdad. Fue sólo más adelante, en el fondo del océano, que Lou Evans mencionó casualmente las cámaras, explicando lo que eran. «Cámara» es una palabra que se emplea en Venus para designar los refugios especiales construidos para resistir el ímpetu del océano si alguna vez penetrase en la cúpula de una ciudad. Y ahora, ¿sabe ya de qué hablo?

Turner no respondió.

-Si en aquella ocasión estaba usted tan asustado ante la inminente catástrofe que amenazaba a la ciudad -prosiguió Lucky-, ¿por qué no pensó en su esposa? Usted habló de salvar a la gente, de huir de la ciudad. ¿No se le ocurrió nunca pensar en la salvación de su mujer? En los sótanos de su edificio había «cámaras». Dos minutos para bajar y ella habría estado a salvo. Sólo tenía que llamarla, advertirla del peligro y todo solucionado. Pero, sin embargo, no lo hizo. Y la dejó dormir.

Turner musitó una frase incoherente.

-No diga que lo olvidó -objetó Lucky, como un trallazo-. Esto es totalmente increíble. Podría haber olvidado cualquier cosa, pero no la salvación de su esposa. Permítame que sugiera otra explicación. Usted no estaba inquieto por su esposa porque sabía que no corría un peligro real. Y sabía que no corría un peligro real porque la escotilla de la cúpula no se abriría. -La voz de Lucky se endureció por la cólera-. Usted sabía que la escotilla no se abriría porque usted se hallaba dominando mentalmente al individuo que asía la palanca. Fue el cariño que siente por su esposa lo que le traicionó. Usted no quiso molestarla en su sueño sólo para que su perfidia resultase más plausible.

-Sólo hablaré en presencia de un abogado... -declaró Turner, de pronto-. Ustedes no poseen ninguna prueba.

-Las suficientes para que el Consejo lleve a cabo una investigación completa de los hechos -le aclaró Lucky-. Doctor Morris, ¿querrá tener la bondad de encargarse de la custodia de Turner, en tanto preparamos la vuelta a la Tierra? Bigman y yo iremos con él. Y trataremos de que llegue allá sano y salvo.

De nuevo en el hotel, Bigman exclamó con cierta inquietud:

-¡Por las arenas de Marte, Lucky! No sé cómo conseguirás una prueba convincente contra Turner. Todas tus deducciones suenan muy plausibles, sí, pero no constituyen pruebas legales.

Lucky, con una opípara comida a base de hongos en su estómago, pudo relajarse por primera vez desde que él y Bigman habían penetrado la barrera de nubes que rodea a Venus.

-No creo que el Consejo esté demasiado interesado en las pruebas legales ni en que se ejecute a Turner.

-¿Por qué no, Lucky? ¡Ese miserable...!

-Lo sé. Ha sido varias veces criminal. Tenia ambiciones dictatoriales, y es un traidor. Pero más importante que todo esto es el hecho de que creó una obra genial.

-¿Te refieres a su máquina? -inquirió Bigman.

-Exactamente. Nosotros destruimos la única existente, y le necesitamos para construir otra. Además, hay muchas preguntas que requieren respuesta. ¿Cómo controlaba a las V-ranas? Cuando quiso matar a Lou Evans, ¿les dio instrucciones detalladas, con todo el procedimiento paso a paso, ordenándoles la presencia de la parcela gigante? ¿O les dijo simplemente: «¡Matad a Evans!», dejando que las V-ranas hicieran todos los preparativos libremente como si fuesen perros amaestrados?

Bigman consideró estas preguntas unos instantes.

-Además -continuó Lucky-, ¿te imaginas el uso que se podría hacer de semejante instrumento? Puede ofrecernos un método completamente nuevo de curar las enfermedades mentales, una nueva forma de combatir los impulsos criminales. Puede incluso, de manera concebible, utilizarse para impedir las guerras futuras o derrotar a los enemigos de la Tierra rápidamente y sin sangre, si alguna vez nos vemos obligados a defendernos. Así como la máquina era peligrosa en manos de un hombre roído por la ambición, podría ser útil y beneficiosa en manos del Consejo.

-¿Crees que el Consejo le obligará a construir otra máquina? -quiso saber Bigman.

-Sí, con las debidas garantías. Si le ofrecemos el perdón y la rehabilitación, ante la alternativa de una cadena perpetua, sin oportunidad de volver a ver a su esposa, creo que accederá colaborar con nosotros. Y, claro está, el primer uso que haremos de la máquina será explorar la mente de Turner, curarle de sus ansias anormales de poder, y salvar, en provecho de la humanidad, un cerebro de primera categoría.

Al día siguiente abandonarían Venus, volviendo, una vez más, a la Tierra. Lucky añoraba ya el bellísimo cielo azul de su planeta natal, el aire, el viento, los alimentos naturales, el espacio y la magnitud de la vida terrestre.

-Recuerda, Bigman -concluyó-, que es fácil proteger a la sociedad ejecutando a un criminal, pero que esto no resucita a sus víctimas. Si en cambio es posible curarle y lograr que se dedique a mejorar y perfeccionar la vida en bien de la misma sociedad... ¡se logra un triunfo mucho más valioso!

Librodot